



**La ciudad
roja**

Olga Ries

La ciudad roja

Olga Ries

Copyright © 2019 Olga Ries

Este ebook está pensado para su lectura personal.

No se permite la reventa.

¡Gracias por su apoyo!

Puede encontrar información adicional sobre el trasfondo histórico de la novela, las inspiraciones en la vida real, el país y los personajes en mi blog:

<https://bookslibrosknigi.blogspot.com/search/label/laciudadroja>

O encuéntreme en Facebook: <https://www.facebook.com/olga.ries.3>

Capítulo 1 La Imperial

El sendero serpenteaba lentamente bajo los cascos del caballo. Desde que había abandonado Santiago de Chile, el paisaje iba cambiando poco a poco: las colinas en los alrededores de la ciudad, cubiertas por ásperos espinos— aunque ahora, en primavera, relucientes de doradas flores, y rojas ñañucas habían dado lugar a una vegetación más generosa hace días, y con ellas desaparecieron los todavía jóvenes viñedos y olivares. Aquí crecían, en las cercanías de los minúsculos, aislados pueblos de los españoles a menudo manzanos y gigantes, espinosas moras, plantadas como protecciones vivas.

Cuanto más se adentraba al país de los Araucanos, tanto más profundo el verde de los árboles, fresco el aire y densos los bosques. Aunque muchas plantas le eran desconocidas, el paisaje en general le recordaba su país natal, Alemania.

No había pensado en ese lugar en años, no desde que a escondidas y con mucha prisa, vestida de hombre, se había escapado de allí. Siempre viajando, nuevas cosas, nuevos lugares, nuevas personas, todo le parecía más interesante. Además, tener que acostumbrarse a su nueva piel. Con el tiempo le costó cada vez menos copiar modos de ser y hablar masculinos, y las libertades que daba el ser hombre definitivamente valían la pena – como el viajar solo, decidir uno mismo a dónde ir. Las calzas eran también más cómodas para montar a caballo.

Por el otro lado, le era difícil explicar por qué al muchacho flaco nunca le llegaba el cambio de voz o el crecimiento de la barba, ni siquiera un bigote ralo. Por ello no se detenía demasiado en un lugar, nunca más de un año, nada raro para un mercenario, y cada cambio de lugar le ofrecía una nueva oportunidad para inventar un poco más de su historia. Así, en un par de años, Anna Blome, muchacha burguesa de la ciudad de Lübeck en Alemania, se había convertido en Miguel Flores, flaco, pero listo y tenaz, que destacaba más como correo que como soldado. Uno de tantos mercenarios extranjeros en el servicio de su Majestad Felipe II de España en el Nuevo Mundo. Simplemente había traducido el apellido, y el nombre le gustaba, sonaba bien. Un buen nombre, en fin, para esconderse entre los miles de aventureros del mundo entero.

Ya habían pasado casi 70 años desde que los españoles empezaran a explorar y conquistar este continente, pero todavía no se divisaba ningún final. Pensaban que el fin del mundo no podría estar muy lejos, pues aquí, en esta selva que se sentía interminable, todo era no sólo desconocido, sino al parecer completamente al revés, el último agosto había sido el más frío en toda su vida y ahora, poco antes de Navidad, era verano y los campos estaban en flor.

Era el Reino de Chile, fundado por españoles hace casi 50 años, pero la conquista avanzaba mucho más lento que en el norte, los nativos se defendían desesperadamente. Una y otra vez surgían levantamientos contra los españoles en lo más profundo de la selva, pero sin una urbe grande como Cuzco en el Perú o Tenochtitlan en México, que podría haber sido clave para el dominio, no quedaba otra que luchar contra caciques locales desde fortalezas minúsculas en el bosque. A una fortaleza así Anna (o más bien Miguel, el correo) cabalgaba ahora.

¡Pero ya! ¡No hay tiempo que perder! Había viajado el último trecho del camino sola, así que era imprescindible llegar a la fortaleza - La Imperial - antes de caer la noche: por infinita y abandonada que parecía la selva, en la zona habitaban varias tribus de mapuches, o araucanos, como les decían los españoles. Los habitantes de las fortalezas, armados hasta los dientes, vivían en una guerra perpetua con los indios locales, y estos no recibirían a un soldado español con los brazos abiertos. En realidad, ya era peligroso viajar solo.

Y sí, temer a los espíritus de la selva probablemente no era digno de un aventurero experimentado, pero había tantos animales y plantas raros y desconocidos en el Nuevo Mundo, y además los dioses y espíritus de los indios.... La imaginación de los colonos, y también la de Anna, casi se desquiciaba de tantas terribles criaturas, y ella se sorprendía una y otra vez imaginándose detrás de cada sonido o sombra un monstruo de esos...

Un poco más, unas cuantas curvas del sendero, y desde el verde azulado de la selva se levantó, en una colina en el borde de un río ancho y tranquilo, la masa oscura de la fortaleza. Rodeada por una alta muralla de toscas estacas de madera, desde lejos recordaba un hongo en el pasto. Sólo al acercarse se divisaban los destellos de las armas de los defensores, escondidos en las atalayas bajas, de ventanas minúsculas. Luego se reconocía la puerta maciza y fortificada.

- ¿Quién anda ahí? - gritó una voz ronca desde algún punto en la altura.

- Miguel Flores, correo de su Excelencia el Gobernador Martín García de Loyola, vengo de Santiago con un mensaje para Madre Isabel, abadesa del Monasterio Isabelino.

Anna entrecerró los ojos e intentó divisar una cara entre las aperturas de los troncos. Sacó despacio de una de sus alforjas un documento enrollado con el gran sello del Gobernador y estiró el brazo hacía arriba, donde suponía estaban los guardias.

- Déjalo pasar, las hermanas ya están esperando. - dijo otra voz y la puerta crujió, abriéndose lentamente.

Los dos guardias miraban con curiosidad, la noticia, fuera lo que fuera, seguramente se discutiría en todo el pueblo.

- Cabalgad hasta la Plaza de Armas, y en la segunda calle a la izquierda encontraréis el monasterio, es la única casa que tiene moras creciendo por todos lados.

Por alguna razón al soldado pelirrojo, propietario de la primera voz, la idea de plantas exuberantes le parecía sumamente divertida, pues su barbita rala y corta temblaba de risa suprimida.

Anna les agradeció y cabalgó en un trote lento por el pueblo. Ya era bastante tarde y los rayos del sol caían en largas diagonales doradas sobre los edificios que parecían hechos de ámbar. Aparte del hecho que aquí todo estaba construido de madera local, cuyos matices rojizos creaban esta impresión fantástica, era una típica población española en el Nuevo Mundo: todas las calles, rectas, partían de una plaza central, cruzándose luego con otras calles, también en un ángulo recto. En la Plaza de Armas estaban además la iglesia, las casas grandes de los ricos locales, y en los días de feria probablemente también los puestos del mercado. Ahora, sin embargo, todo estaba tranquilo, y había muy poca gente en las calles. Frente a la iglesia estaba un pesebre a medio terminar.

Si, claro, falta poco para Navidad. Aunque sea verano. - se acordó Anna, le costaba todavía acostumbrarse a la idea. Tal vez eso cambie cuando haya vivido varios años aquí.

Encontró la segunda calle a la izquierda de la plaza. Como había dicho el soldado, en efecto, una de las murallas estaba tan cubierta de moras, que la puerta quedaba casi invisible entre las ramas. Aparte de eso, por fuera parecía una casa común y corriente. Los monasterios que Anna había visto en otras ciudades del Nuevo Mundo, en cambio, eran todos mucho más grandes, ocupando a veces varias manzanas. Por otro lado, las demás casas en esa calle no eran más grandes y ninguna tenía moras, de modo que decidió intentar tocar allí, aunque con cautela.

- ¿Sí? - La puerta se abrió, y una muchacha joven de ojos muy vivos y muy oscuros, de pelo liso y negro, recogido en una trenza, la miró con curiosidad.

- Miguel Flores, correo de su Excelencia el Gobernador Martín García de Loyola, vengo de Santiago con una noticia para la Madre Isabel, la Abadesa. - repitió Anna su bien conocida fórmula.

- Ah sí, la vieja no cabe en sí de impaciencia. Ojalá sea buena noticia, o no se tranquilizará nunca. Entre, entre.

La cara sonriente de la muchacha no mostraba ninguna sombra de preocupación, “la vieja” y sus problemas al parecer le daban más que nada risa. ¿Por qué todo el mundo aquí se ríe tanto de las monjas? - pensó Anna. Cruzando el patio, observó a la muchacha de reojo. Claramente una indígena, llevaba traje español, pero no hábito de monja. Le recordaba a las araucanas cautivas que había visto en las ciudades españolas, pero era mucho más desenvuelta y segura. Además, era jovencita, no aparentaba más de 15 o 16 años.

- ¿También eres monja? - la preguntó finalmente.

- No, nosotros, mi hermana y yo, recibimos aquí educación católica de las monjas. Ellas me dicen Magdalena, pero mi nombre es Millaray. - contestó tercamente.

El patio del monasterio parecía por dentro incluso más pequeño que por fuera. Completamente engullido por moras como por un pulpo espinoso, casi no llegaban los rayos del sol, y las sombras verdosas y azuladas, junto con los sonidos apagados de la tranquila calle daban la impresión de que el patio estaba sumergido en un reino submarino.

Millaray se paró frente a una baja puerta desgastada e indicó con su dedo pulgar:

- Esta es la celda de la vieja. Pero toque primero, o pondrá el grito en el cielo.

Anna tocó con reserva. Sin respuesta. De nuevo. Y de nuevo nada. Millaray encogió los hombros.

- Quizás está rezando.

- Madre Isabel, soy el correo de Santiago. Es muy urgente.

Silencio.

- Si no le dice que yo se lo propuse, puede entrar no más.

- Como no - asintió Anna.

Mientras Millaray se retiraba de puntillas, Anna intentó empujar la puerta. No estaba cerrada y se abrió con un ligero crujido llorón. Dentro de la celda, nada se movía. Atisbando la oscuridad, Anna volvió a llamar.

- ¿Madre Isabel?

La celda permanecía silenciosa y oscura, solamente unos curiosos destellos plateados rasgaban la sombra de vez en cuando. Anna dio un paso hacia adelante y se petrificó: un puñal con una gran bola de plata pulida en la punta del mango estaba clavado en la espalda de una persona colapsada frente al pequeño altar.

Capítulo 2. El monasterio

Anna se apoyó contra el muro, pese a las moras que la picaban a través de la ropa. Todavía se sentía mareada, todo a su alrededor se tambaleaba y giraba, pero desmayarse aquí, frente a todos, era absolutamente imposible.

- Para un soldado no parecéis muy acostumbrado a ver muertos. - dijo una mujer flaca y alta en un tono de desaprobación. Llevaba un traje gris largo y un pañuelo en la cabeza, atado como una toca que le cubría completamente el pelo y el cuello. *¿De dónde salió ésta? ¿Es una de las monjas?*

- Soy correo, no soldado. - Anna se esforzó en sonar lo más confiada posible.

- Desafortunadamente no nos podemos permitir hacer divisiones tan exactas, Señor Correo. Aquí todo el mundo hace de todo. Pero eso ya lo verá. - La voz ronca pertenecía a un hombre alto y corpulento, de unos 50 años, que acababa de entrar por la puerta del patio.

- Soy el Capitán Tomás de Orosco, el comandante de la guarnición de La Imperial. La niña Magdalena me vino a buscar. Hermana Isabel, ¿sigamos con la conversación en la celda de la difunta? Magdalena, ve a buscar a las otras. Señor Correo, ayúdeme con el cuerpo, eso no es trabajo para monjas.

Con la seguridad de alguien acostumbrado a mandar, Orosco entró a la celda y Anna y la monja le siguieron. Anna le ayudó a sacar el puñal de la espalda del cadáver y luego poner el cuerpo en la cama. Trabajos, que a él no le parecían costar ni el más mínimo esfuerzo, volteando el pesado y rígido cuerpo como si estuviera hojeando documentos, mientras que a Anna le temblaban las manos y oleadas de náuseas amenazaban ahogarla. Nunca antes había visto un muerto tan de cerca, y le costó permanecer tranquila. Ahora vio que frente a ella estaba una mujer mayor, algo corpulenta, vestida con el mismo traje gris que la otra mujer. Debía tratarse realmente de un hábito monjil improvisado. La larga toca blanca, también igual a la de la otra mujer, se

había deslizado hacía atrás y largas mechas canosas estaban enmarañadas alrededor de la cara, sus sombras bailando como fantasmas inquietos con la luz insegura de las velas. Estos detalles reforzaban la impresión de sorpresa que tenía congelada en la cara. Con su boca abierta, parecía en esa luz incierta un espectro maligno y Anna desvió la mirada, para dedicarse a estudiar las caras de los otros, que también estaban observando en silencio la muerta.

Orosco tenía una cara ancha y maciza, de ojos hundidos y mentón cuadrado, enmarcada por una barba corta, que ya presentaba algunas canas. Su expresión era una mezcla de preocupación y sorpresa, como si no estuviera acostumbrado a que algo ocurriera en contra de su voluntad. Fue él quien habló primero:

- Bueno, Señor Correo, aclaremos entonces quiénes somos todos y qué es lo que Usted hace aquí. Usted es el Señor Miguel Flores, correo del Gobernador y viene de Santiago, eso ya lo sabemos. Yo, como ya dije, soy el Capitán OroSCO, comandante de la guarnición y por lo tanto el representante del Rey aquí. Usted ya conoce a la hermana Isabel de Tobar.

Indicó con la cabeza en la dirección de la monja delgada. Estaba en el pie de la cama y miraba apáticamente a la que debió de haber sido su amiga. Sus ojos verdes podían haber sido de piedra.

- Esta es su sobrina y la monja más joven, Isabel de Alfaro.

Ahora indicó a una muchacha en el mismo hábito improvisado, y que efectivamente tenía los mismos ojos verdes, manos angostas y nariz algo larga.

- ¿Cómo, también Isabel? - preguntó Anna, probablemente con demasiada indiscreción, pero nadie reaccionó aparte de OroSCO, quién le contestó con una sonrisa:

- Pues, ¿Por qué, cree, que se llama esto Monasterio Isabelino? - Después de una breve pausa añadió con un tono más serio: - Y ésta es Diana de Quiroga, la hija de la difunta, que, junto con sus hijos, lleva solamente unos pocos meses en nuestra ciudad.

Fue ahora que Anna se dio cuenta de la presencia de una persona más en la celda, una mujer joven, de veintitantos años, cuya vestimenta se parecía en un primer momento a la de las monjas, sólo que completamente negra. Una segunda mirada, sin embargo, revelaba que el vestido estaba hecho de seda, con un cuello de encaje y algunos bordados de oro. Era mucho más elegante y recordaba las modas que Anna había visto en la corte del virrey en Lima. La mujer tenía unos enormes ojos negros de pestañas largas y cejas finas del mismo color. Con su boca carnosa y nariz delgada era una versión juvenil de la difunta, y esa similitud entre los vivos y los muertos le produjo escalofríos a Anna.

Pero ahora los ojos negros de la joven miraban fijamente la nada, parecía no escuchar nada y no ver a nadie. Dos niños pequeños, un niño y una niña, estaban con Millaray en la puerta, detrás

de ellos se veían otras mujeres que conversaban en voces muy bajas, pero sin pausa.

- La destinataria del mensaje, Madre Isabel de Soto, lamentablemente falleció antes de poder leerlo. Por lo tanto, según mi opinión, no hay ahora un impedimento para que lo leyéramos todos, pues puede ser importantísimo para el futuro del monasterio, y todas las personas involucradas en ello están aquí presentes. - concluyó Orosco finalmente.

Anna, sin decir nada, le entregó el documento enrollado. Él lo tomó, lo desenrolló con una lentitud casi exagerada y lo leyó en silencio. Pasaron varios minutos hasta que por fin volviera a hablar.

- Hmm... Pues aquí dice: „Su Excelencia, el Gobernador Antonio García de Loyola, *etc. etc.*, entrega al niño Diego del Solar, 5 años, los terrenos de su difunto padre, Martín del Solar, muerto el año pasado, a la edad de 32, en una batalla con los indios. Eso incluye todas sus posesiones en las regiones del Sur del Reino de Chile, incluyendo las minas de oro y 5 pueblos con los indios que allí viven, 160 personas, y también sus derechos de herencia de los bienes de la familia del Solar en Plasencia, España. Hasta que alcance la mayoría de edad, la administración de dichos bienes estará en las manos de su madre, la viuda Diana de Quiroga, o, en el caso de que entre al monasterio de Isabel de Hungría “- es decir, a nuestro monasterio isabelino - „, de la abadesa del monasterio”. Bueno, Hermana Isabel, todo eso no suena tan mal, ¿verdad? Ahora, no veo ninguna manera en la que podría estar relacionado con la muerte de Madre Isabel...

- ¡Desde luego que no está relacionado! - lo interrumpió bruscamente la joven Isabel – ¡¡Es más que obvio que fue una de esas hembras araucanas medio salvajes!! ¡Esa Magdalena siempre anda merodeando por ahí en lugar de trabajar, y encima se pone fresca! ¡Que tengamos que compartir nuestra casa con ellas!

Las dos mujeres en la celda no dijeron nada, seguían mirando fijamente la nada, y el cuchicheo en la puerta se hizo más fuerte, como un zumbido de abejas.

- Bueno, Hermana Isabel, Magdalena fue vista por el correo, y casi todas las araucanas estaban con Usted ... ¿qué dijo? ¿tejiendo? Además, una asesina probablemente no se hubiera quedado aquí, ¿verdad? -

Isabel se calló, pero no parecía convencida. Las otras dos seguían sin decir palabra. Orosco suspiró y dijo firmemente:

- Voy a mandar a alguien de la guarnición para que se lleve el cuerpo. Lo mejor ahora es que descansan. Váyanse a dormir tranquilamente, y mañana discutiremos con la hermana Isabel – miró expresamente a la mayor – y la señora de Quiroga, cómo seguirá el monasterio. Seguro que habrá mucho de qué hablar antes que el señor correo pueda entregar una misiva en Santiago sobre cómo

aquí resolvemos los problemas exitosamente, ¿verdad? Señor Flores, vamos a dejar a las señoras hasta mañana, Usted será un invitado en mi palacio de comandante por todo el tiempo que fuera necesario.

Sin esperar una reacción, Orosco se dio la vuelta y abandonó la celda. Las dos Isabelas lo siguieron con la mirada, pero Diana seguía sin moverse, tanto que Anna empezó a dudar si había entendido algo de lo ocurrido. Después de un breve momento de duda, y todavía un poco mareada por todo lo ocurrido, Anna siguió al comandante, alejándose por fin de las monjas. Pasó a las mujeres que susurraban en la puerta, todas ellas muchachas de menos de veinte – Anna podía sentir sus miradas como un hormigueo en la espalda, y finalmente ya estaba fuera del patio tenebroso. Salir a la calle se sentía como emerger de un pozo oscuro, hacia los rayos solares y aire fresco. Siguió a Orosco en silencio, hasta llegar a la Plaza de Armas.

El palacio del comandante estaba hecho, como todas las casas en la ciudad, de rojizos, toscos troncos sin pulir, los mismos que hasta hace poco resplandecían como ámbar en la luz de la tarde, y ahora, con los últimos rayos del día, habían tomado un color apagado marrón rojizo, como manchados de sangre coagulada. Era el edificio más lujoso en la plaza después de la iglesia, pero se distinguía de los otros edificios solamente en que tenía dos pisos, y en el piso superior, en la fachada que miraba hacia la plaza, un balcón con decoraciones toscas talladas en madera, parecido a los que se veían en las casonas en Lima y otras metrópolis del Nuevo Mundo.

Entraron por la casa a través de la maciza puerta principal, directamente a una sala grande, apenas iluminada. Esta sala ocupaba por lo menos la mitad del piso inferior, con una mesa de madera a la izquierda, gigantes armarios tallados a la derecha y un fogón en la pared trasera. Al parecer, aquí funcionaba tanto el escritorio como el comedor privado del comandante. El mobiliario era una mezcla de pobreza – muebles toscos, fogón enmarcado por palos de hierro torcidos – y un lujo casi fantástico – el sillón del comandante con los brazos elegantemente labrados y cuero repujado y dorado, - con toda seguridad traído de Europa - , y dos banderas bordadas de seda y oro, una de la Virgen María y otra de Santiago Matamoros – Apóstol Santiago, quién ya en España había ayudado a los cristianos contra los moros y ahora se había convertido en el patrón de la lucha contra los indios paganos en el Nuevo Mundo.

Un niño de no más de doce años estaba sentado al lado del fogón, masticando algo. Orosco enseguida le gritó:

-Pedro, ¿qué estás haraganeando, ayúdame!

El niño vino corriendo, tomó las armas y la gorra de Orosco y se las llevó para guardarlas.

Más bien servidor que pariente, pensó Anna.

Orosco, quien ya había tenido tiempo de hablar con una sirvienta mayor, invitó Anna a tomar asiento en la mesa.

- Lamentablemente no estamos preparados para una visita, entonces no tenemos nada digno de alguien de la metrópoli, solamente nuestros sencillos platos.

- ¡Son siempre los mejores! - solo ahora, con los aromas que salían de la cocina, Anna se percató de lo hambrienta que estaba.

Se quitó su alforja y, siguiendo el ejemplo de Orosco, también su gorra y aflojó las cintas de su jubón. Ambos se sentaron en la mesa grande, en un sencillo banco de madera, mientras la sirvienta mayor ya traía sonriendo la comida de la despensa.

- Gracias, Francisca – dijo Orosco, aunque Anna miraba el contenido del plato de madera con desconfianza. Allí estaban un trozo de carne en salmuera y unos tubérculos redondos que se parecían un poco a nabos, pero no olían como nabos. Orosco vio su cara escéptica:

- Estas cosas se llaman papas. Son sabrosas, no se pudren tan fácilmente... En lugares como éste, donde el arroz y el trigo no se dan con tanta facilidad, son simplemente la salvación. Sé que en metrópolis como Lima o Santiago los españoles no comen comida de indios, pero aquí no nos podemos permitir tales lujos. Y algunos hasta le encuentran placer.

Dijo eso y mordió uno de los tubérculos con visible gozo.

- La bebida es chicha, una especie de vino de diversas frutas. Vino de verdad, importado de España, lo reservamos para ocasiones especiales. Pero si lo deseáis, Francisca puede traer algo.

- No, para nada.

Anna mordió un trozo de un tubérculo y tomó un trago del vaso de greda. Nada mal. El vino afrutado picaba algo en la nariz, el tubérculo le supo mejor que nabo. Mientras ella masticaba, Orosco siguió hablando:

- No debe tomar tan en serio lo que dijo la joven Isabel. Es huérfana y vivía con su tía, la vieja Isabel y su marido cerca en Villarrica, a distancia de más o menos un día de cabalgata de aquí, hasta que lo mataron durante un ataque de indios. Los araucanos hacen esto de vez en cuando, para obtener caballos y esclavos nuevos. La chica y su tía fueron secuestradas, pero nuestros soldados las rescataron después de pocos meses. Así fue la vida aquí hasta hace poco, ellos nos atacan a nosotros, nosotros los atacamos a ellos, ellos nos roban como esclavos, nosotros los robamos a ellos como esclavos.

Luego de una breve pausa , Orosco siguió:

- Después las dos mujeres se fueron a vivir con la otra Isabel, quien también era viuda y llevaba años soñando con fundar un monasterio, el primero en el país de los araucanos. Entonces, las tres fundaron una especie de monasterio – vos ya visteis que no es un monasterio de verdad, como los de Lima. Sólo, el tener que educar a las araucanas en la Fé Católica no le gusta para nada a la joven – ya visteis que espera lo peor de ellas. Pero eso era el deseo expreso de la fundadora y además la única fuente de ingreso para las tres – pues no tienen casi nada aparte de eso. Es también, por el otro lado, un hecho que el cacique actual, Pucón, no desea una guerra. El cacique está pensando más bien en el comercio, caballos, lana, pan, armas... Sus hijas, Magdalena y Catalina, son alumnas en el monasterio y si todo va como yo quiero, por lo menos una de ellas se casará con un español, y entonces tendremos aquí en el Sur una dinastía mestiza como las hay en México, Lima o Santiago. Entonces también habrá menos ataques y más ciudades prósperas....

La voz de Orosco sonaba tan entusiasmada, como si no se cansara nunca de pintar esa visión. Como si en su mente La Imperial ya hubiera dejado de ser una fortaleza de troncos de madera, y se hubiera convertido en una capital, con una catedral, calles pavimentadas y estatuas de oro, la más austral del imperio español. Aunque Anna no quería interrumpir este sueño, tenía que preguntarlo:

- Pero si el monasterio administrará los bienes de la joven viuda, ya no serán tan pobres, ¿verdad?

- Correcto, si Diana permanece en el monasterio. Pero su madre falleció, y no sé si sin ella vaya a querer quedarse. Es todavía joven, 26 años, y, como escuchasteis, bastante adinerada. Seguramente se podría volver a casar. Justamente por eso necesito vuestra presencia aquí por un par de días más, hasta que todo esté aclarado y podáis volver con un informe detallado a Santiago. No queremos que el gobernador García de Loyola piense que aquí en el sur anda el diablo suelto.
- Orosco guiñó un ojo al “correo”. - ¿O es difícil para vos?

- No, para nada.

- Excelente, entonces os podéis quedar aquí en el palacio, Francisca ya os ha preparado una cámara. Buenas noches, Señor Flores.

- Buenas noches, Capitán Orosco.

Algo mareada por el largo día, los eventos y la espumosa chicha, Anna siguió a Francisca por una escalera oscura al segundo piso. Al entrar en la recámara, se dejó caer en la cama angosta sin quitarse la ropa, y se durmió enseguida.

Capítulo 3. El italiano

Anna despertó porque sentía como algo tibio le acariciaba la mejilla. Abrió los ojos y vio una recámara pequeña y sencilla, con paredes de madera. Por la ventana se veía un árbol, cuyas hojas bailaban con la brisa – había sido el calor de los rayos solares, que se colaba entre las hojas, lo que le había producido esa sensación. *Pero, ¿qué habitación era esa? ¡Sí, la casa del comandante!* Por la oscuridad y su cansancio de la noche pasada nunca había mirado a su alrededor...

Antes de levantarse, se estiró lentamente y con gozo, inhalando los aromas del aire. Madera, pasto, lienzo limpio... No tenía prisa. Hacía mucho tiempo que no había disfrutado de tanta comodidad, tal vez desde Lima, o antes. La recámara tenía la misma mezcla de pobreza y lujo que la sala en el primer piso, pero acentuando más la confortabilidad: los muebles sencillos de madera eran firmes y acolchados, la cama blanda y cubierta de lino blanquísimo, con una abrigadora manta de lana para las noches frescas. Estaba lejísimo de los rústicos camarotes de los campesinos chilenos en los que a Anna le había tocado dormir hasta entonces – un trozo grande de cuero, atado en las esquinas a cuatro estacas gruesas clavadas en el suelo, con un poncho como manta.

En un rincón de la recámara había, sobre un pequeño pilar de madera, una estatua, también de madera pintada y dorada, del Arcángel Miguel con una espada. Seguramente de Lima. O incluso de España.... La casa, aún más que la ciudad, parecía una isla de lujo y civilización dentro de una selva interminable y contaba mucho sobre su propietario. Orozco entonces realmente tenía grandes ambiciones, incluso en una minúscula fortaleza perdida en un bosque...

¡Esa mezcla excéntrica era entonces el verdadero Chile! En Panamá y Perú le habían contado tantas historias fantásticas sobre las tierras más al sur, de batallas épicas, españoles valientes e indios nobles de Chile, de manera que se presentó enseguida cuando se enteró de que se buscaban hombres para un barco a la capital chilena. (En realidad no le importaba tanto a dónde iba, pero las noticias sobre el otro lado de los Andes no sonaban demasiado alentadoras: los españoles no lograban echar raíces, sus ciudades fueron destruidas una y otra vez. Ahora se esperaba que su última fundación, Santísima Trinidad y Puerto de Santa María del Buen Aire, sobreviviría por más

tiempo, pero eso nadie lo sabe, mejor era esperar un poco...) Ser aventurero no es ser suicida, se dijo Anna entonces y se subió al barco hacia Chile.

Cómo surgió exactamente la idea de irse sola al nuevo mundo, no lo sabía bien ni ella misma, pero cuando cuajó – habría tenido unos quince, catorce años -, nunca la volvió a abandonar, y de alguna manera todo fue muy rápido. Aprovechándose de que nadie se fijaba en una señorita que anda de compras, daba vueltas por los mercados para informarse – para escuchar conversaciones ajenas, habría que decir más bien –, pues había más que suficiente marineros y comerciantes ambulantes en Lübeck. Así desarrolló un primer plan, a lo mejor no muy sofisticado, pero fácil de ejecutar. Era evidente que sólo un hombre podía estar seguro viajando solo, así que robó la ropa de Martin, el aprendiz, y se llevó como capital inicial la pesada cadena de oro que iba a ser el tesoro principal de su dote – claro no se iba a casar mientras tantas aventuras estaban esperando. Esos dos robos fueron la primera vez que hizo algo injusto, en eso momento juró que también sería la última, y así las cosas se quedaron hasta ahora.

Después, todo fue bastante fácil, como siempre en esos casos: siempre se necesitaban grumetes, y así llegó por un par de estaciones a Cádiz y de allí a Panamá, donde la contrataron enseguida como correo. Inicialmente había copiado el lenguaje y comportamiento de Hinrich, su imperturbable arrogancia también le ayudó a esconder el miedo aplastante que les tenía a los marineros: nunca antes había estado sola con tantos hombres, y menos con ejemplares tan recios, así que las primeras noches las pasó petrificada de miedo en su camarote sin poder pegar un ojo. Su orgullo era lo único que en aquellos días le impedía abandonar todo y volver a casa, pero después de varios cambios de barco, en Cádiz, ya tenía a „Miguel “ tan pulido que nadie le hacía preguntas incómodas - flaco, pero valiente y siempre un buen amigo, eso siempre funcionaba bien con marineros y soldados.

La aparentemente pequeña tarea de entrega de misiva fue su primer trabajo como correo oficial en el Reino de Chile, unas pocas semanas después de su llegada, y posiblemente era una oportunidad de mostrar sus habilidades y lograr tener una carrera. ¡Si sólo pudiera hacerlo bien! Dando vueltas y vueltas por la pequeña habitación, Anna decidió seguir ese episodio, por cruento que fuera, hasta el final, para luego poder entregar al gobernador García Oñez de Loyola un reporte completo (e independiente). Así, toda esa historia podría convertirse no sólo para Orosco en un buen empujón hacia arriba en el escalafón de los servicios reales. Durante su estancia en Santiago, ella solamente logró ver al gobernador de lejos, pero un reporte así, espectacular, pero bien hecho, ¡sería perfecto para que de una vez la dejaran pasar más que simplemente a la antesala! Quién sabe, quizás se podría encontrar así también un lugarcito cálido para Anna, sea en Santiago o sea aquí, por un tiempo, algunos años... Sí, sonaba razonable, ¿verdad?

Eso decidido, Anna se cambió, revisó cómo estaba la tira de tela que por cautela siempre llevaba atada en el torso debajo de la camisa, peinó su corto cabello castaño y de nuevo se veía como un muchacho respetable. Abrió la puerta, sencillamente un pedazo de cuero muy grueso con un lazo de sogas que funcionaba como pomo y cierre al mismo tiempo, respiró profundo y bajó por la angosta escalera de madera hacia la sala, donde se escuchaban voces masculinas.

- ¡Señor Correo! ¡Allí estáis por fin! ¡Sentaos, todavía hay desayuno, y Francisca prepara unos excelentes huevos fritos! ¡Seguramente tenéis hambre? - gritó Orosco.

Anna, agradecida, asintió con la cabeza y se sentó en una esquina de la mesa, mientras Francisca ya le servía un plato con pan chileno, de miga densa, todavía caliente, y algunos huevos. Fritos en aceite hirviendo, tenían finos bordes crujientes y yemas doradas, apenas cuajadas. Disfrutando la tranquilidad y abundancia, como no lo había hecho en semanas, Anna mojaba los claros, saladitos por la ceniza, pedacitos de pan en la deliciosa y aromática yema. No dejaba escapar ni gotita de la masa dorada, ni un trocito de la costra crujiente y se olvidó de su entorno. Difícil decir cuántos minutos pasaron hasta que recordara que no estaba sola. Vio que Francisca, muy halagada por su entusiasmo, parecía feliz, pero aún más importante, se acordó de que había escuchado más de una voz masculina.

Levantó la mirada y vio que los hombres se habían sentado en la esquina opuesta de la mesa larga y conversaban en voz baja, por lo que le era imposible distinguir ni palabra. Aparte de Orosco había otro hombre, a quien Anna observaba de reojo. Mucho más joven que Orosco, probablemente no más de treinta, era, con sus ojos oscuros, piel tersa y una barba elegante, demasiado atractivo y sofisticado no solamente para La Imperial, sino para todo lo que Anna había visto fuera de la corte virreinal de Lima. Incluso su poncho, la capa ancha de los indígenas que los españoles habían adoptado de modo general por cómoda y abrigadora, era de lana suave y teñida, no tan rústica como la mayoría de los ponchos masculinos, y elegantemente drapeado. Rizos oscuros y muy bien cuidados se asomaban bajo un birrete de terciopelo, y los puños de su camisa estaban adornados de encaje. Podría estar paseándose exactamente así por un palacete de Madrid o Nápoles, y al lado del rudo soldado Orosco con su atuendo de lana y cuero parecía un ser de otro mundo.

En plena conversación, levantó la cabeza, se percató de la mirada de Anna y sonrió... Tenía algo más que simple cortesía frente a un extraño, y Anna sintió horrorizada como un rubor muy poco masculino se extendía por su rostro. En pánico de traicionar su secreto tan torpemente, se levantó rápido y se obligó primero a agradecerle a Francisca y luego caminar, no correr, hacia la puerta.

- Miguel, ¿ya os vais? ¿Espero que no estéis ofendido porque no tengo tiempo para vos?

- ¡No, para nada! - Anna todavía intentaba desaparecer detrás de la puerta.

- Entonces dejéis presentarnos brevemente, y estáis libre, pues todos estamos muy ocupados.

Ambos hombres se levantaron y se acercaron a la puerta. Anna no se movía ni un poco, la sonrisa del extraño no le gustaba para nada.

- Señor Di Neri, esto es Miguel Flores, el correo de Santiago, el mismo que ayer encontró el cadáver. Señor Flores, esto es Girolamo Di Neri, enviado por su Alteza el Virrey de Perú, García Hurtado de Mendoza, desde Lima. Está buscando un cómodo paso al otro lado de los Andes, pues ese territorio también pertenece a los dominios del Virrey, como sabéis.

- Mucho gusto.

Anna se esforzó por hablar con la voz más grave de la que era capaz y mirar firmemente a los ojos de los dos hombres. El nuevo no dijo nada, simplemente inclinó la cabeza con una sonrisa un tanto irónica. Después de una breve pausa, Anna dijo finalmente:

- Me permiten. - abrió la pesada puerta que crujía con cada y salió inmediatamente. *¡No debía traicionarse por ningún motivo! ¡Cómo se puede ser tan estúpida y enrojecer! ¿Y qué nombre de imbécil es “Girolamo”?*

El resplandor del sol la cegó después de la sala semioscura, tanto, que en los primeros momentos de intentar cruzar la plaza apenas lograba distinguir siluetas, hasta de pronto chocar a ciegas con alguien. *¡Maldición! ¡Esto es cada vez peor!*

- ¡Señor Correo! ¿A dónde vais tan rápido? ¿No queréis ver nuestro pesebre? - le preguntó una voz conocida. ¡Millaray!

- ¡Por favor, llámame Miguel! ¡Buenos días, Millaray! Yo sólo quería...

- Sí, yo también me escondería del Capitán y sus amigos - se rio Millaray.

En sus manos tenía una especie de bulto con algo como muñecas. Sólo en este momento Anna se dio cuenta de que había cruzado buena parte de la plaza y ya estaba frente al pesebre a medio terminar. Era muy grande, cubría más de un cuarto de la plaza, y en él se desplegaba un alegre y colorido universo en miniatura, con pequeños edificios, peñascos, árboles confeccionados de haces de ramas y senderos de arena. Este diminuto paisaje estaba poblado por figuras que le llegaban más o menos hasta la rodilla, diversos animales y humanos, algunos vestidos en traje español, otros en traje mapuche. Todo estaba hecho con una impresionante atención al detalle, hasta el pelo de las muñecas trenzado con tiras de lana. Millaray vio la mirada de Anna y explicó:

- Nosotras nos ofrecimos a construir el pesebre este año. Es una costumbre divertida, mucho mejor que los rezos que las monjas nos obligan a decir el resto del tiempo. La muchacha allá

atrás, la que está arreglando todo, es mi hermana Kalfüray. La mayoría de las cosas aquí era idea suya, llevamos meses confeccionando esas muñecas.

Indicó con un dedo una muchacha seria, más o menos de la misma edad que ella, y quien, arrodillada, estaba posicionando varias figuras.

- Y ¿por qué el establo con el niño Jesús está aquí, en el borde, y no en el centro? - preguntó Anna llena de curiosidad, pues el pequeño establo estaba construido en la esquina delantera derecha, al final de un sendero de arena que cruzaba todo el pesebre diagonalmente de la izquierda a la derecha y de atrás hacia delante.

- ¡Porque necesitamos espacio para los Reyes Magos! ¡Navidad empieza cuando llega Melchor! Kalfüray ya instaló la estrella...

Y sí, una estrella de latón, pulida hasta brillar con el sol y fijada en un palo de hierro, estaba a la izquierda del sendero de arena, abajo de ella Kalfüray estaba posicionando muñecas de caballos y guanacos, primeras señas de los Reyes Magos. Ahora esperaba impacientemente que Millaray le pasara más muñecas. Anna se disculpó.

- Sí, tenemos que seguir con esto. - se rio Millaray. - ¿Os quedáis aquí ahora? ¡Entonces nos volveremos a ver! Mañana después de la misa con Kalfüray vamos a visitar la puebla de nuestros padres, ¿queréis ir con nosotras?

- Sí, si el capitán Oroasco me lo permite, por supuesto. Entonces nos veremos después de la misa. -

Antes de que Anna pudiera darse vuelta, Millaray le gritó:

- Si estáis buscando la taberna, ¡está en la calle a la izquierda del monasterio!

Anna asintió con la cabeza y desapareció entre la gente en la plaza.

Capítulo 4. La Taberna

Anna pasó un tiempo caminando sin rumbo por los callejones angostos, observando las calles de tierra pisoteada, sin pavimento, las casas siempre de la misma madera rojiza, con ventanas pequeñas, aquí y allá asomaban arbolitos frutales, manzanos europeos, cubiertos de espuma rosada de floración, y avellanos locales, con su follaje brillante y delicadas flores blancas. A veces se escuchaban pollos y cabras en los patios. En todo hervía y burbujeaba esa particular mezcla vivaz de rasgos europeos e indígenas que se vivía todos los poblamientos mayores del Nuevo Mundo, en los hombres vestidos de gorro español y poncho mapuche, en los rasgos faciales de las personas, la melodía del habla...

También en La Imperial los hombres armados formaban la mayor parte de la población, pero una y otra vez se mezclaban artesanos, mujeres o niños en pequeños grupitos entre los soldados. Era curioso - pero por el otro lado bastante normal en el Nuevo Mundo - que había muy pocas mujeres españolas, pero tanto más hombre de ese país, sobre todo entre los soldados. Sólo entre los artesanos y comerciantes había más indios, y Anna se volvió a preguntar, como ya lo había hecho en el pasado, cómo los habitantes antiguos encontraban su lugar en este mundo nuevo y violento.

Orosco iba en serio con eso de construir una metrópolis, hasta los mínimos detalles, pensó Anna, mientras intentaba liberarse de un juvenil y muy energético vendedor de empanadas.

Voces conocidas interrumpieron repentinamente sus vagos pensamientos. En efecto, estaba de nuevo frente a la casa cubierta por moras, la puerta del patio estaba abierta, y la monja más joven jugaba despreocupadamente con los hijos de Diana. Era imposible un contraste más fuerte con la noche anterior, hasta el patio ahora estaba lleno de luz y risas, alegría y felicidad. Anna levantó del suelo una pelota de trapo que se había escapado y entró.

- ¡¡Señor Correo!! - La joven Isabel aparecía sorprendentemente alegre y despreocupada. - ¿Todavía seguís aquí? Bueno, si estáis esperando un informe completo para el gobernador, esto no puede tardar mucho más. Mi tía será nombrada abadesa, y con las tierras de Diana podremos ser un monasterio de verdad, ¡el primero al sur del Bio Bio! Entonces podremos aceptar más monjas, y ¡tampoco necesitaremos a esas brutas araucanas! Sabe que ¿la antigua abadesa hasta llegó a quitarme mis libros? ¡Tenía miedo de que estas niñas tontas pudieran leer algo abiblico! Y, ¿visteis su pesebre ridículo? ¡Estas salvajes creen que la figura más importante de Navidad es el Rey Melchor, porque es tan moreno como ellas! Por eso hacen todo este alboroto con la estrella. ¡Jesús no les interesa para nada! Ellas....

Como el torrente de las palabras se hacía cada vez más rápida y rabiosa, Anna decidió interrumpirla.

- Pues, ¿está vuestra tía?

- Sí, está en la celda de la abadesa. - contestó Isabel bastante molesta.

- Entonces ... - Anna se despidió brevemente y se dirigió a la ya conocida pequeña habitación en el rincón trasero del patio.

La puerta estaba abierta para dejar pasar más luz, permitiendo que Anna fuera testigo de una escena curiosa. Papeles y pergaminos estaban esparcidos por toda la cámara, cubriendo la cama y el suelo, y la mayor Isabel hojeaba algunos papeles densamente cubiertos de escritura. En la pequeña mesa había una Biblia y a su lado un volumen mucho más grueso, con un grabado dorado en la tapa. Letras muy decorativas, también de oro, declaraban orgullosamente el título: *Amadís de Gaula*. Eso era entonces el libro prohibido de Hermana Isabel – o por lo menos uno de ellos.

Anna se acordaba bien de Amadís. Su padre, un comerciante muy importante, una vez aceptó una lujosa y antigua edición como pago, y Anna pasaba horas hojeando el grueso volumen incluso antes de que supiera leer. Al inicio se divertía con los grabados de reyes y caballeros, y más tarde leyó las aventuras fantásticas, sobre el valiente caballero Amadís y la encantadora princesa Oriana, viajes lejanos y terribles monstruos. Tal vez sea un poco por este libro que decidió abandonar la casa de sus padres. Y aquí, tan lejos, entonces también se leía, qué divertido. Anna todavía se acordaba exactamente cómo sus padres la encontraron inclinada sobre el libro.

- Qué frivolidad. - dijo su madre con desaprobación.

- Mejor que Plauto. - le contestó el padre secamente y su hermano mayor Hinrich soltó una carcajada.

Escuchando eso, Anna se adentró tercamente en su novela. Ahora se preguntaba si aquí había ocurrido algo parecido cuando la Madre Superiora se lo quitó a Isabel.

Por fin, después de esperar un poco, Anna tosió delicadamente, la monja levantó la cabeza y se esforzó por producir algo como una sonrisa:

- ¡Señor Correo! ¿Tenéis una noticia para mí del Capitán Orosco? - Cuando Anna lo negó, su decepción era visible. - En ese caso, por favor ¡déjeme sola, si veis que tengo asuntos importantes del monasterio que necesitan mi atención! En el caso de que Isabel le pidió preguntar por su ridículo libro, ¡sabe que está prohibido!

Se dio la vuelta y siguió hojeando, al parecer ya se sentía la dueña en los espacios de la antigua abadesa. A Anna no le quedaba otra que volver al patio. Dos ventanas a la derecha, el pequeño Diego estaba llamando a su madre. Anna decidió intentar hablar con Diana y golpeó cautelosamente en el postigo.

- ¿Girolamo? - sonó enseguida desde la celda.

- No.... Soy Miguel Flores, me debéis haber visto ayer... - balbuceó Anna, confundida.

- ¡¡Por favor tengáis un poco de respeto, sabéis que estoy de luto por mi querida madre!!
¡¡Diego, vete a jugar!! - gritó Diana y cerró abruptamente la ventana.

Anna solamente logró divisar el breve destello de un brazalete dorado en su muñeca. Interesante manera de llevar luto... Desde el patio sonó en tono burlón:

- Bueno, Señor Correo, ¿habéis encontrado interlocutores más interesantes que yo? - La joven Isabel estaba al parecer todavía ofendida.

Anna apresuró a despedirse, estaba confundida y enojada. *¡¡Malditas mujeres!!* ¿Cuánto tiempo más tendría que quedarse aquí? Un par de minutos más recorriendo las calles, e inesperadamente se sintió invadida por un ruido bullicioso, acompañado por aromas intensamente alcoholizados. ¡La taberna! Anna de repente se dio cuenta de lo hambrienta que estaba de nuevo, y sin pensar mucho entró por un portal ancho, bajo y ennegrecido de humo y grasa, a un espacio pequeño muy lleno de mesas y taburetes.

En la pared trasera, colgando de un calderil enhollinado, se cocinaba sobre un fuego la omnipresente cazuela de carne y verduras. Sus olas de vapores y aromas, mezcladas con los olores de carne y pescado en escabeche, alcohol y armaduras sudadas, formaban la inconfundible, casi palpable atmósfera de la felicidad soldadesca en el Nuevo Mundo.

Al lado del fogón, en una barra cargada de odres de vino, estaba sentado, como en un trono rodeado de vapores, un hombre calvo, alto, macizo y de cara roja, supervisando todo el espacio. A sus pies, un perro, una enorme negra bestia chascona, estaba tirado en el suelo, levantando de vez en cuando la cabeza con pereza y bostezando. Con cada bostezo, sus gigantes colmillos y la larga lengua rosada brillaban en la luz inquieta del fogón. Ahora, era casi la hora del almuerzo, ya estaba bastante lleno, como si todos los soldados de La Imperial que no estaban de servicio se hubieron juntado en la taberna. Varias sirvientas trabajaban sin respiro, pues los soldados bebían y comían sin parar, y una y otra vez el tabernero tenía que calmar a los borrachos a gritos. Algunos de los gritos, los más fuertes, el perro los acompañaba con ladridos roncacos, haciendo así callar a cualquiera.

Anna vio un asiento libre en la esquina de una mesa, se sentó y pidió a la sirvienta, que llegó corriendo, pescado en escabeche, pan y chicha. Dentro de minutos tenía frente a sí un plato de madera con trozos de pescado en un aromático caldo rojizo y una copa de chicha de uno de los odres.

- Es bastante buena, ¿verdad? Uno no llega a extrañar el vino. - le habló una voz vagamente conocida.

Anna levantó la cabeza y vio a los dos guardias de la puerta citadina. Les sonrió y asintió con la cabeza:

- Pero su ciudad parece más peligrosa de lo que yo pensaba. Con esas monjas muertas...

- Sí, una pena lo de la vieja. Aunque estaba un poco loca, con su monasterio de indias y todo... Y eso que no siquiera era un monasterio de verdad, simplemente había recogido esas dos mujeres de Villarrica en su casa y persuadió a Orosco dejarla educar a esas muchachas indias.

- Orosco es bastante blando en ese tipo de cosas – dejó caer el otro. - No siquiera esperó el permiso del arzobispo. Por cierto, ¿es verdad que vos finalmente trajisteis el permiso?

- Creo que es mejor que preguntéis eso a Orosco. - dijo Anna con cautela.

Los dos estaban visiblemente decepcionados, y fue en ese momento que Anna notó lo mucho que se parecían, el mismo pelo rojizo, las orejas un poquito despegadas y ojos castaños de mirada un tantito pícara. Les dijo en tono alentador:

- Todo eso va a cambiar ahora, y vais a estar mucho mejor informados que yo. ¿Cómo os llamáis?

- Somos los Peñalosa, este es Gonzalo, yo soy Miguel, como vos. - dijo el más flaco y sonrió.
- Somos de Teruel y llevamos cinco años en Chile. Nos dijeron que aquí era donde había más aventuras.

La expresión de la cara de Gonzalo decía a Anna que Chile no había cumplido plenamente con las expectativas de los hermanos.

- ¿De dónde sois vos? Vuestro acento es un poco raro, los dos no lo podemos ubicar.

- Soy de Flandes. - dijo Anna y cambió rápidamente el tema. - A mí también me habían contado que aquí pasan muchas cosas. ¿No es verdad que aquí está la última verdadera frontera con los indios?

Bueno, eso sí. - contestó Gonzalo. - Pero la vida aquí consiste mayormente de guardias interminables. En los dos años que llevamos en esta ciudad no hubo ni una verdadera batalla, ni siquiera un ataque. Sólo una vez, cuando devolvimos las secuestradas de Villarrica de los araucanos, se puso un poco peligroso, e incluso entonces el viejo Pucón negoció un compromiso...

- De esa manera no habrá ni gloria ni oro. - añadió Miguel. - Pero eso todavía puede cambiar.

Pretendió hesitar, pero apenas necesitaba una muestra de interés de Anna para seguir hablando.

- Uno de los cautivos que volvió de aquella expedición...

- ¿La misma en la que llegaron las dos Isabelas? - Anna apenas alcanzaba meter palabra. Los dos confirmaron con un gesto de la cabeza y continuaron excitados:

- De cualquier manera, algunos de los cautivos que recuperamos ...

- Algunos habían sido esclavos de los indios durante años – añadió Gonzalo.

- Sí, y ellos contaron que ¡conocen caminos a la Ciudad de los Césares! Vos sabéis qué es, ¿verdad? - cuando Anna negó, muda, casi gritaron:

- Pero, ¡si es la última ciudad dorada de los indios sin descubrir! ¡Dicen que allí hay calles pavimentadas de oro y palacios construido de oro y piedras preciosas! ¡Se supone que esa ciudad es más grande y espléndida que Cuzco y México!

- Esas ciudades también han sido conquistadas desde hace mucho... - eso era Gonzalo de nuevo.

- De cualquier manera, se dice ya desde la expedición de Sebastián Gaboto – y eso ya debe haber sido hace medio siglo – que la Ciudad de los Césares está en alguna parte más al sur, pero nadie sabe dónde o qué tan lejos, o si está por este o el otro lado de los Andes. Comprendéis, ¡nadie ha logrado ni acercarse a ella! Y ¡si esos cautivos tienen razón! ¡Podríamos ser más grandes que Pizarro! ¡Y entonces todos esos años en esa jaula de madera habrían valido la pena!

A estas alturas, muchos en su mesa y las mesas vecinas estaban escuchando a Miguel. Algunos, absortos y fascinados, intentaban no perderse ni palabra, mientras que otros interrumpían gritando lo que sabían de la ciudad legendaria:

- ¡Dicen que allí todo, hasta platos y vasos, está hecho de oro!

- ¡He escuchado que allí no hay enfermedades!

- Pero ¡sí hay una tribu de caníbales defendiendo el camino!

- ¡No son caníbales, son brujos que escupen fuego!

- ¡No, lo que hacen es confundirte, para que te pierdas en la selva y te coman los leones!

- ¡Por eso hay que tener un brujo en la expedición, para que vea el maleficio!

- ¡Todo eso son mentiras de Gaboto, porque no encontró nada!

- ¡Yo escuché que sí la encontró, pero nunca quiso revelar el secreto!

Los hermanos Peñalosa, sobre todo Miguel, sonreían, felices por tanta atención y admiración, y muy pronto, todos en la taberna se vieron involucrados en una apasionada discusión de sus vidas

y sus esperanzas en América. Reforzados por un río interminable de chicha, carne y cazuela, - que las sirvientas bajo la guía del calvo proporcionaban sin descanso - los soldados pasaron horas contando sus propias experiencias, tramando planes de expediciones, soñando con la gloria inmortal y contándose entre sí qué harían con las riquezas una vez que hubieran por fin conquistado esa ciudad mágica, que en el transcurso de la conversación se había convertido en el mayor tesoro del Nuevo Mundo, y habrían fundado el reino más rico y poderoso, más grande que Perú y México.

Capítulo 5. Las rukas

Turbias humaredas de incienso y velas de sebo llenaban la pequeña iglesia de madera de La Imperial, tanto que la luz débil de las velas y de las pequeñas, altas ventanas no podían hacer nada para combatirlas, de modo que la mayor parte del espacio se llenaba de la misma oscuridad rojiza como en todas partes de esa curiosa ciudad. Sólo en el altar, estatuas doradas interrumpían con su brillo suave la oscuridad.

Estaba muy lleno, al parecer todo el mundo menos los soldados de guardia habían venido a misa, y una y otra vez Anna sintió miradas curiosas sobre sí. Aunque no era sorprendente - un extraño, además venido desde Santiago, encontró el cadáver de Madre Isabel, algo sobre lo que toda la ciudad estaba hablando - esa atención le resultaba desagradable. Se sentía vigilada. Que Orosco haya prohibido categóricamente todo tipo de “habladurías inútiles” sobre el asesinato, sólo servía para fomentar los rumores. Respiró profundo, se abrió el camino a empujones a través de la multitud al muro lateral del edificio, se apoyó contra él y empezó a observar a los presentes.

Reconoció a Orosco, siempre en su armadura de cuero, delante en un asiento de honor, al italiano ricamente vestido - ¿cómo se llamaba, di Neri? - cerca de él, los hermanos Peñalosa, al parecer todavía con algo de resaca, cerca de la puerta de entrada. Se había hecho muy tarde anoche con las especulaciones sobre la ciudad de los Césares, y los Peñalosa fueron finalmente sacados de la taberna por unos soldados enojados porque se les había olvidado completamente su

turno de guardia en la puerta de la ciudad.

Anna tenía suerte de que La Imperial no era grande y la casa de Orosco estaba en un lugar central, de otra manera nunca lo hubiera encontrado en la noche negra como tinta y apenas iluminada por unas pocas estrellas. Su cabeza todavía zumbaba con la resaca, pero Orosco solamente se rio al ver al correo de Santiago con borrachera y pelo alborotado. Francisca, sonriendo, le ofreció caldo. Cuando Anna le contó sobre la invitación de Millaray y le pidió permiso de viajar a la población mapuche, sonrió y dijo nada más que:

- Pero tengáis cuidado para no volver como hombre casado. Dicen que las dos harían cualquier cosa para no tener que quedarse en el monasterio, y se dice que su padre, Cacique Pucón, no se opondría a una unión con un español.

Entonces sólo le quedó esperar el fin de la misa. Intentó buscar otras caras familiares, pero conocía muy poco a los soldados, y las relativamente pocas mujeres llevaban casi todas la última moda chilena, los mantos de humo – largas capas negras, semitransparentes, que cubrían completamente su portadora y la hacían parecer envuelta en humos misteriosos. En España ese tipo de traje ya no se usaba, el rey Felipe ya hacía años que había prohibido cualquier prenda que escondiera el rostro o la figura, pero en el Virreinato de Perú – del cual Chile formaba parte – el juego con lo escondido seguía formando parte de la vida de las mujeres, entre otras cosas porque el cubrirse les ofrecía pequeñas libertades, como paseos anónimos, las que sus primas españolas, que nunca podían escaparse de las miradas de los vecinos, probablemente no tenían.

La mayoría de las veces la reacción de Anna a esos mantos oscilaba entre compasión – por los mantos incómodos y seguramente también muy pesados – y envidia por la seguridad y anonimato con que las mujeres locales se movían solas por las calles de las ciudades. Nunca había visto algo así en ninguna otra parte.

Pero ahora que los negros paños, casi transparentes, se mezclaban en la iglesia semioscura con el humo de las velas y del incienso, a su lado las inmóviles, débilmente destellantes armaduras de los soldados, la escena podría haber sido un encuentro espectral. En algún momento, cuando el incienso parecía subir más, el humo más oscuro, más oloroso que antes, le pareció que uno de los mantos de humo un poco delante de ella, empezó a ... a cambiar, sus profundos pliegues se sacudían como si les moviera un viento fuerte ¿Por qué y cómo habría viento dentro de una iglesia repleta de gente? Pero la tela seguía moviéndose, Anna no podía desviar la mirada. Los pliegues temblaban, formaban ángulos y círculos que se hacían y deshacían, hasta que la masa pulsante pareció levantarse flotando en el aire. Había algo amenazante en este juego imparables de sombras y más sombras y Anna intentó concentrarse en la voz baja y adormecedora del sacerdote para salvarse, pero no había caso. Después de lo que parecía una

espera interminable, el remolino de tela dio otra vuelta y cuajó en la en la rígida mueca de la monja muerta. La miraba con una sonrisa maliciosa y ojos vacíos, en absoluto silencio. ¿Por qué se calló el cura? ¿También la veía? No había equivocación, la cabeza cadavérica de Madre Isabel flotaba en la iglesia de La Imperial. Se agarró a la rojiza pared de madera y cerró los ojos.

El fin de la misa era un alivio, la luz y el aire fresco que irrumpían a través de la puerta de la iglesia devolvieron a Anna a la realidad. Se dejó llevar por la multitud afuera, a la espléndida mañana de verano. En la plaza, sin embargo, la mayoría se paraba, se escuchaban muchos “ahs” y “ohs”. Anna luchó por abrirse camino entre la gente y vio que se estaban acumulando frente al pesebre: las dos hermanas deben haber salido clandestinamente durante la misa. Las muñecas de animales en el caminito de arena ya casi habían alcanzado la mitad del recorrido, les seguía una muñeca de jinete ricamente vestida: El Rey Gaspar había llegado, no faltaba mucho para Navidad. La lúgubre atmósfera de la misa dio lugar a una pequeña fiesta popular, por primera vez Anna vio vendedores callejeros que vendían comida, y también todo tipo de cosillas que podrían interesar a los locales. La construcción de las hermanas se había hecho famosa en La Imperial, y las dos disfrutaban visiblemente la atención y admiración, charlaban con los espectadores y discutían con ellos sobre cómo seguir decorando el pesebre.

Tanto más alegre empezó el viaje a la población de su padre. Cabalgaban por bosques densos, brillantes de jugosas hojas verdes, de aromáticos arbustos florecidos y corrientes murmurantes. No había contraste más grande imaginable a la polvorienta ciudad roja. Millaray estaba de excelente humor y no se perdía ninguna oportunidad de explicar al extraño su entorno:

- Esa, la con las hojas lisas y gruesas y con las flores blancas, se llama canelo. Es una planta sagrada, el bastón del cacique se hace con ella, y de todas las partes se hace medicina. Esos – indicó hacia unos enormes arbustos cubiertos de flores blancas, que crecían abundantemente en los bordes del sendero – son los makis, sus frutos son deliciosos, mucho mejor que el monstruo espinoso de las monjas... En aquellos árboles grandes crecen hongos riquísimos en primavera, pero su época probablemente ya pasó. O ¿ves algo tú, Kalfüray?

- No, creo que es demasiado tarde para eso... Tal vez ya haya algunas bayas, déjame ver. - diciendo eso, se bajó del caballo y se puso a buscar golosinas.

-Viéndolas desde cerca, las dos hermanas, aunque casi de la misma edad, no se parecían demasiado, el rostro de Kalfüray era más angosto, su boca pequeña, nariz recta y mirada seria le daban un aire algo melancólico, mientras la mirada pícaro de Millaray y su nariz respingona por el otro lado le daban un aire siempre un poco burlón. Se llevaban, no obstante, espléndidamente y, felices de haber dejado atrás el monasterio, bromeaban ente ellas y con su nuevo amigo, el correo.

En esta atmósfera relajada pasaba el viaje, la comúnmente reservada Kalfüray se relajó y

empezó a hablar sobre las hierbas y las medicinas, al parecer sabía de todas las plantas curativas y de cualquier enfermedad que exista.

- Es que Kalfüray originalmente quería ser una machi, una curandera y conocedora de hierbas, y ya había empezado el aprendizaje, pero cuando nuestro padre me mandó a vivir con los españoles, no quería que yo fuera sola, y ella me tuvo que acompañar. Nuestro padre dijo que podría terminar el aprendizaje más tarde, pues tarda varios años.

De vez en cuando aparecían pequeños claros en el borde del camino, uno de ellos, algo más grande que los otros y ubicado en una curva, le robó el aliento a Anna por un momento: como un ejército mudo, estatuas gigantescas de madera, de por lo menos ocho pies, llenaban todo el espacio. Millaray vio la mirada de Anna y explicó:

Esos son chemamull, hombres de madera. Los ponemos sobre las tumbas de antepasados destacados, como recuerdo y señal de respeto.

Anna volvió a mirar y, de hecho, las estatuas, por sencillas que parecieran, tenían rasgos individuales: algunos eran masculinas, otras femeninas, algunas tenían algo como sombreros, y mirando bien, bajo todos se encontraban pequeños túmulos funerarios, algunos con tierra fresca, otros ya cubiertos por pasto largo.

Todo eso explicaba esa sensación rara que se había apoderado de ella, como si se hubiera abierto de nuevo, como en la iglesia, una ventana al mundo de los espíritus y espectros, pero no le ayudaba a librarse de esa impresión, incluso mucho tiempo después de haber pasado el claro del bosque. Más bien se sentía inundada de una enorme sensación de inseguridad, su propia pequeñez y soledad, y los rumores que había escuchado en Santiago volvieron a rodarle por la cabeza, hasta que no pudo aguantar más y preguntó a Kalfüray, que estaba cabalgando a su lado:

- Es verdad que ¿tenéis miradores en los árboles? ¿Así como espías?

- Sí, pero sólo en tiempos de guerra. Si no hay nada, obviamente nadie va a perder su tiempo con algo así.

- Pero ¿no es que nosotros, es decir los españoles y los mapuches, estamos en guerra continua desde hace años? - preguntó Anna con cautela.

Kalfüray simplemente sonrió por respuesta y siguió cabalgando en silencio. Poco tiempo después volvió a desaparecer en los arbustos en el borde del camino y dejó a Anna sola con sus inquietudes.

Inesperadamente desaparecieron los árboles, y sobre un claro había varios edificios ovalados con techos cubiertos de paja, un lugar diligente, bullicioso, y para el alivio de Anna muy

simpático y muy real, la residencia del padre de Millaray y Kalfüray.

Por fin pudo respirar libremente y se tomó tiempo para observar bien su alrededor. Las casas, llamadas rukas, formaban un óvalo alrededor de una plaza central. En los edificios más grandes, los frontones formaban unas cruces oblicuas en el techo, cuyos brazos terminaban en figuras como cabezas de águila. Era ese detalle, desconocido en el resto de Chile, lo que fascinaba a los españoles en este lugar y les hizo nombrar su ciudad La Imperial. En la cercanía de las casas, entre el poblamiento y la selva, había pequeñas huertas, donde abundaban las hierbas y las hortalizas.

- Este huerto es el de mi madre, y aquel allí atrás el de la madre de Kalfüray – explicó Millaray, y cuando Anna la miró sorprendida, añadió:

-Mi padre tiene seis mujeres, ¿no lo sabíais? ¡Trangolemu!

Con un chillido infantil corrió hacia un joven alto. Este contestó el entusiasmo de Millaray con un abrazo cordial. Anna nunca antes había visto un guerrero mapuche del sur, así que se fijó de inmediato en él. Atlético y musculoso, llevaba una camisa ancha y chiripá, un paño drapeado en las caderas formando una especie de pantalón, como también lo llevaban los campesinos en Chile central, y hasta algunos españoles en el campo. Su pelo liso y negro lo ataba con una cinta tejida de lana. Tenía los mismos ojos vivaces y pómulos altos que Millaray. En su cinturón se podía adivinar alguna especie de arma, probablemente algo como una navaja o un hacha. Aunque ahora se veía feliz y relajado, Anna suponía que en una batalla sería un oponente formidable.

Conversó animadamente con sus hermanas y después mostraron el lugar a Anna, el canelo sagrado en el centro de la plaza, el interior de las rukas, donde convivían familias enteras. Dentro de la ruka, cada mujer del cacique tenía espacio propio, como también tenía jardín propio, de manera que cada una disponía de su propio “reino”. Pero el cacique se encontraba ahora en otro lugar, entendió Anna de la conversación.

Los hermanos conversaban en mapudungun entre ellos, la lengua de los mapuches, y las hermanas traducían para Anna, pero ella no se podía liberar de la impresión de que Trangolemu entendía mucho más que algunas palabras sueltas, como lo decían sus hermanas. Parecía reaccionar a las palabras del “correo”, sin tener que esperar las traducciones de sus hermanas.

Mimados por la cariñosa madre de Millaray y Trangolemu, finalmente se sentaron a comer cerca de su huerto y observaban la vida en la puebla. Niños corrían por el suave polvo entre las rukas, tirando pelotas de madera o jugando a escondite, y nadie los retaba. Sólo cuando un grupito se metió en una de las huertas, aplastando las jóvenes plantas de calabaza y poroto, varios adultos, entre ellos Trangolemu, los sacaron a gritos. Los adultos preferían dedicarse a sus propios

asuntos. Las mujeres tejían o trabajaban en la huerta, algunos hombres, acomodados en un lugarcito soleado, tallaban tranquilamente utensilios de madera. Anna, encantada de ese mundo tan idílico, familiar y exótico a la vez, no se cansaba de observar nuevos y fascinantes detalles, mientras hermanas visiblemente disfrutaban de estar en un entorno conocido, la comida familiar, la ausencia de las siempre críticas monjas, pero también estaban felices con la curiosidad de Anna.

Animada por su franqueza, Anna les preguntaba sobre todo lo que se le ocurría, sobre sus costumbres, la vida cotidiana e incluso un poco sobre sus creencias (las que las hermanas, como ella lo había supuesto, nunca habían abandonado por completo). Le contaron que sus nombres tenían un significado: Trangolemu significaba „río quebrado“, Millaray “flor de oro“ y Kalfüray „flor azul“, y no la sorprendía que prefirieran esos nombres a las variantes cristianas sin significado alguno. Además, decidió que, la próxima vez que estuviera en una ciudad grande, averiguaría si acaso „Anna“ también significaba algo. Y „Miguel“.

También le contaron historias sobre machis buenas y brujos malos, los que roban niños y los convierten en monstruos para que guarden sus cuevas de tesoros, sobre cómo de noche se convierten en pájaros y vuelan, o sobre monstruos acuáticos que acechan en los lagos para llevar a los viajeros consigo al fondo.

En algún momento empezó a sentir, pese a la luz del sol, verdaderos terrores y, para distraerse, cambió el tema para hablar sobre la puebla y las costumbres locales. Aprendió a saludar correctamente y probó todo lo que se le ofrecía. Había la inevitable chicha, esta vez hecha con alguna fruta local, muchas verduras frescas y porotos verdes, pero también carne y pescado. Le gustó particularmente una carne oscura, casi negra y magra, y se dio cuenta que las hermanas se empujaban entre ellas con los codos mientras comía

- ¿Pasa algo? - preguntó finalmente.

- ¿Sabéis qué carne es? - la preguntó Millaray.

- No... ¿Qué es?

- ¿Lo podéis adivinar?

- No, la verdad que no. ¿Algún animal local?

- Mejor. Caballo. Vosotros los españoles no coméis esto, pero a nosotros nos gusta mucho y queríamos ver vuestra cara cuando os ibais a dar cuenta.

Anna lo consideró brevemente. Efectivamente, nunca había comido carne de caballo, antes ¡no se lo hubiera podido ni imaginar! Por el otro lado, ella, que antes había sido una buena niña de Lübeck, estaba ahora sola en el otro lado del mundo, Navidad era en verano, ella misma era para

todos los demás un hombre y un soldado, involucrada en política y ahora hasta en un asesinato... A veces se sentía como la heroína de su propia novela, y que conste que se sentía como el caballero, no la doncella. Quizás como una amazona. En comparación con todo eso, caballo para el almuerzo no parecía gran cosa. Entonces se encogió de hombros y para el ilimitado deleite de las hermanas siguió comiendo su carne.

Poco después Millaray preguntó causalmente entre dos bocados:

- ¿Por qué nunca nos dejan leer el libro de Isabel?

- ¿Estáis hablando de *Amadís de Gaula*? ¿El de las imágenes doradas?

-Sí. A mí los libros no me gustan mucho, pero Kalfüray lo quería leer, ¿verdad Kalfüray? - porque le gustaba tanto a esta monja joven, pero cuando la vieja se enteró, empezó a gritar terriblemente y le quitó el libro.

- Probablemente sólo pensaba que no es un libro para muchachas jóvenes, muchos piensan así.

- ¿Por qué? ¿Tiene brujería española? - preguntó Millaray curiosa.

- No, son aventuras de un caballero – guerrero – y su amor a una princesa.

- Oh, qué aburrido – Millaray parecía decepcionada y rápidamente perdió el interés.

Después de una breve discusión con su hermano, las muchachas ofrecieron a Anna a dar un paseo a un lago cercano.

- Se llama Budi, tiene agua salada y muchos cisnes. Es hermoso allá...

Pero a Anna nunca le había gustado mucho el agua, y estaban tan a gusto en la puebla, que prefirió no ir, y la conversación siguió acerca de los planes para el futuro de las hermanas.

Habían pasado horas, pero el cacique todavía no aparecía, y de la ruka donde se encontraba, la más grande de todo la puebla, salía un ruido sordo, como zumbido de abejas. Cuando ya era de tarde y Anna había perdido toda la esperanza de conocer al cacique, se abrió la puerta y un grupo de personas, casi todos hombres mayores, empezó a salir poco a poco.

El cacique Pucón, un anciano serio y amable, era fácil de reconocer: estaba vestido casi como su hijo, pero con un toqui, un hacha de piedra como símbolo de poder político y militar colgando en el pecho, se comportaba con mucha dignidad y obviamente estaba en el centro de todo lo que ocurría. Saludó cariñosamente a sus hijos y preguntó al correo de Santiago por novedades políticas.

Anna estaba sorprendida de lo bien que estaban informados aquí, en el fin del mundo, sobre los grandes eventos políticos del imperio español, no solamente sobre Santiago, sino también

Lima y Madrid. Pucón al parecer estaba determinado a sacar lo mejor para sí y los suyos de la cercanía de los españoles, sin sufrir el destino triste de los gobernadores de Perú y México.

Cuanto más supo de él y Orosco, más creía que los dos podrían verdaderamente alcanzar este balance difícil, hasta entonces imposible: una metrópoli española en el borde del imperio, al lado de un independiente estado indígena con el cual hacer negocios. Por primera vez en mucho tiempo volvió a tener esa sensación la que había venido a buscar al nuevo mundo: ver cómo se hace historia, o incluso participar en ella.

Era tal vez por eso que Anna tardó un poco en entender por qué había vuelto a tener esa sensación rara que había sentido por primera vez en el cementerio mapuche y que aún la seguía, esa impresión de irrealidad, como si algo falso o incluso de otra realidad se hubiera metido en la escena. Se dio cuenta de que uno de los hombres vestidos de traje local, camisa y chiripá, pareció de alguna manera falso, algo en su manera de moverse y portarse era diferente de los otros y al mismo tiempo como si ya lo hubiera visto en alguna parte.

Una y otra vez le siguió con la mirada, hasta que sintió un escalofrío bajarse por la espalda: ¿era este italiano, el que había visto en la casa de Orosco! ¿Cómo se llamaba? Girolamo algo... Era claramente él, aunque sin sus ridículas ropas de terciopelo y encaje, pero sus movimientos, su manera de portar la cabeza, eran los mismos y la cinta tejida de los mapuches en la cabeza no lograba esconder su pelo corto, cortado a la europea. ¿Qué estaba haciendo aquí solo? ¿Sabe hablar la lengua de los mapuches? Orosco no le había contado nada de eso...

- ¿Miguel? ¿Me estáis escuchando? - Millaray estaba casi enojada.

- Oh, perdonad, pero me pareció que vi aquí al huésped de Orosco, sabéis, ese emisario de Lima, el que está buscando el paso al otro lado de la Cordillera. Estuvo aquí hace un momento, acaba de entrar en una de las rukas...

- ¿Estáis hablando del que siempre tiene ropa tan colorida? Tal vez esté buscando una mujer aquí – rio Millaray - pero justamente a él lo habría visto, con la pinta que él tiene...

- No, estaba vestido como los demás hombres aquí – dijo Anna con cautela.

- ¿De verdad? ¿Pero por qué haría eso? Los españoles – si es que logran llegar aquí a solas – suelen llevar aquí más, y no menos armaduras... ¿Estáis seguro de que era él?

- Además, ¿por qué buscaría el paso aquí? Está a varios días de viaje de aquí, y no es precisamente un secreto – añadió Kalfüray, obviamente aburrída por la conversación y para nada interesada en el guapo soldado de Lima.

Pero Anna no cedía:

- Pero ¿por qué su padre no permite españoles en la puebla? - insistió - pensé que era amigo de Orosco.

- Sí, correcto, amigo – Trangolemu sonrió cínicamente y guiñó un ojo a sus hermanas.

¿Dije algo equivocado? - preguntó Anna – después de todo, también soy un español, o casi, y estoy aquí porque pensé que estoy entre amigos.

- No se refería a eso, Miguel, no os preocupáis – la interrumpió Millaray

- Y tú, no seas así – eso era para Trangolemu.

- ¿Sabéis qué es una encomienda, Miguel? - preguntó Kalfüray.

- ¿Encomienda? No... Es decir, sé que muchos en Santiago y Lima tienen algo así y por eso son ricos, ¿pero yo pensaba que eso es algo como poseer tierras?

- Bueno – Trangolemu sonrió sin alegría, y Kalfüray traducía inicialmente, hasta que él finalmente le señaló y siguió hablando en un español seguro y correcto, sólo con un acento ligero – encomienda significa que un español obtiene, digamos, una puebla, o tal vez dos, „encomendadas“, con todas las personas y propiedades que están allí. Se supone que el convertirá a las personas a vuestra fe, y como recompensa puede hacer que trabajen para él y quedarse con sus posesiones. ¡Es simplemente otro nombre para esclavitud! ¡Y vuestros sacerdotes andan diciendo que esto es para nuestro bien!

Trangolemu hablaba cada vez más fuerte y emocionado, y Anna se dio cuenta de que hacía tiempo que había querido decir eso a alguien del „otro lado“, hasta que la voz tranquila de Kalfüray finalmente lo interrumpió:

- Entenderéis entonces, Miguel, que nuestro padre, si bien no es un enemigo de los españoles, no quiere que vuestra gente eche raíces en nuestras pueblas. Estamos contentos si los españoles se quedan dentro de los muros de sus ciudades, que les importan tanto. Y nosotros nos quedamos en nuestros bosques.

Sus hermanos asintieron con la cabeza y Anna no sabía bien qué contestar.

La conversación volvió a cambiar de tema, sobre todo porque Trangolemu pronto se levantó y se disculpó, y las hermanas pasaron el resto del día explicándole al correo la red de senderos y las curiosidades locales. Di Neri no se veía en ninguna parte.

Capítulo 6. En las calles de La Imperial

La mañana siguiente Anna descubrió sangre en su camisa. ¡Maldición! El sangrar era uno de los problemas más complicados en su vida de hombre, nunca era fácil de explicar. Tenía suerte de que en tiempos particularmente duros a veces no llegaba a pasar. Pero justamente ahora, con todo ese embrollo ...

Anna miraba fijamente la fresca, oscura mancha e intentaba mantener sus pensamientos bajo control. Necesitaba trapos limpios, muchos... Francisca seguramente tendrá, uno siempre necesita ese tipo de cosas por la casa... va a ser más difícil hacer desaparecer la sangre sin ser vista...

Una vez, en el inicio, hasta llegó a cortarse la mano, para poder explicar la cantidad de la sangre, pero estúpidamente la herida tardó semanas en sanar, y casi se infectó por el calor tropical, así que Anna tenía más cuidado la próxima vez. Y siempre se inventaba algo para distraer a su entorno.

Bajó por la escalera y entró de puntillas, sin hacer ruido, en la cocina, donde según su experiencia la mayoría de las amas de casa guardaba trapos limpios, y en efecto, en una cesta de mimbre en la esquina encontró trapos limpios, suaves de tanto lavar. Rápidamente se metió varios en la camisa y además se llevó un jarro de agua.

De vuelta en su cámara, arregló los trapos para atrapar la sangre y de inmediato se volvió a sentir algo más segura. Tuvo menos éxito en su intento de lavar la mancha de sangre: por mucho que se esforzara, una traicionera pálida sombra rosada seguía en la camisa. Bueno, sangre en la ropa de un soldado en realidad no es nada, con un poco de suerte esa mancha en su vieja, zurcida camisa pasará desapercibida.... En los días siguientes simplemente meterá los trapos enjuagados entre la ropa sucia, y así todo irá bien. Sí.

Se enfocó en respirar profunda-y tranquilamente y concentrarse en otros problemas, igualmente importantes: no podía quitarse al italiano de la cabeza. Tan seguras como estaban las muchachas de que un funcionario limeño no entraría en una población mapuche así como así, y además en traje indígena, tan segura estaba Anna de que lo había visto. La sonrisa misteriosa de Trangolemu durante su conversación, la seguridad de que entendía más de lo que él (¿o sus hermanas?) admitían, y de que también debería saber más, todo aumentaba su inquietud. Y,

además, ¿Diana no había llamado su nombre durante su última visita en el monasterio? En aquel momento Anna no le había prestado atención, pero ahora...

Puede ser que su antipatía frente a ese sujeto haya jugado un papel, pero después de una noche alborotada, cargada de pesadillas, de la misma cabeza esquelética, que ahora se ha colado en su dormitorio, decidió perseguir el asunto ya, aunque fuera solamente para ahuyentar con sus actividades el espectro de la monja muerta, que desde la iglesia parecía determinada a no dejarla respirar en paz nunca más.

No quería preguntar a Orosco – le importaba mucho su opinión, y quería evitar el peligro de parecer ridícula, sobre todo si di Neri realmente resultara ser un funcionario de alto rango y Orosco estuviera informado de sus maniobras en la puebla mapuche.

Anna decidió empezar con los chismosos hermanos Peñalosa. Como era de esperar, estaban en su lugar de guardia en la puerta de la ciudad y se aburrían infinitamente. La aparición del correo era como un soplo de aire fresco, y un jarrito de chicha, que Anna había sonsacado a Francisca, les soltó la lengua. La falta de aventuras en el fin del mundo era de nuevo su tema preferido:

- Habíamos oído que aquí había grandes cantidades de oro, todo todavía sin dueño y prácticamente al alcance de las manos - le contaba Miguel.

- Y luego venimos aquí – siguió Gonzalo con su sonrisa reservada – y el oro ya está casi agotado, los indios no quieren trabajar para nosotros y nos hacen guerra sin parar, de manera que estamos atrapados en la fortaleza como ratas.

- Mejor nos hubiéramos quedado en Perú – añadió Miguel – allí uno por lo menos puede alcanzar una buena posición en la corte virreinal, o a lo mejor echar a andar algún negocio... Nunca escuché que alguien allá se hiciera pobre...

- Bueno, hermanito, ya es tarde para eso. Ahora tienes que hacerte rico aquí. - le contestó Gonzalo y guiño un ojo a Anna.

Esta de repente sintió cómo se calentaban sus mejillas y pretendió tomar chicha del jarrito, aunque era poco probable que en la sombra del muro se pudiera ver su cara enrojecida. ¿Qué le pasaba últimamente? Rápidamente guió la conversación en la dirección que necesitaba.

- Pero... si el virrey envía a un emisario, tiene que haber algo aquí, ¿no? Un señor así no viajaría a la nada así como así, ¿no?

- Ah sí, el elegante caballero limeño... - sonrió Gonzalo sardónicamente.

- Sí, ese – confirmó Anna – para un hombre como él no hay mucho que hacer aquí, ¿verdad? Oro, terciopelo y agua de colonia en La Imperial no se pueden ni comprar ni llevar mucho, y no

parece interesarse por otra cosa.

- Bueno, pero aquí hay muchas más señoras que se dejan impresionar por esas cosas, por lo menos más que por nuestros caparazones de cuero – esta vez era Miguel el que sonreía, mientras Gonzalo tenía una cara sombría. Parecía que ya habían discutido sobre el tema. - Tal vez vos también deberíais intentar algo así, Señor Correo, a lo mejor tendríais más éxito. - Miguel le guiño un ojo con un gesto cómplice, y Anna enseguida volvió a encauzar la conversación en di Neri.

- Pero eso no puede ser todo para un hombre en su posición, ¿no? ¿O quizás no esté absolutamente ... limpio?

Anna intentó recordar febrilmente si había escuchado hablar de él en Lima, pero por lo que ella pudo recordar, su nombre no estaba ligado a ningún escándalo en esa ciudad. Los hermanos callaron y sólo se miraban entre ellos.

- Es que si yo supiera algo... - volvió a intentarlo Anna, y cuando Gonzalo asintió con la cabeza de manera casi imperceptible, Miguel se inclinó hacia delante y dijo en voz baja:

- Bueno, pero tiene que quedar entre nosotros, solamente os lo contamos, porque sois nuestro amigo. Orosco no puede saber nada de eso, ¿lo juráis?

- Sí, por supuesto, juro.

- Anna, intrigada, juró y Miguel siguió:

- ¿Os acordáis de nuestra conversación sobre la ciudad de los Césares? - siguió hablando sin esperar respuesta – Orosco no cree que exista, dice que todo esto son locuras de gentes que se quedaron sin nada en la Conquista, pero di Neri dice que el año pasado algunos indios cautivos fueron llevados a Lima, que habían estado allí y podían describir la ubicación de la ciudad! ¡Entendéis, la ciudad existe y habrá una expedición! Di Neri está aquí, porque en esta zona también hay personan de estuvieron allí, como sabéis. Está preparando todo, reclutando gente, y cuando todo esté listo, nos vamos de aquí y ¡ya no tenemos que seguir vigilando palos! ¡Por fin haremos lo que siempre quisimos hacer en estas tierras

El entusiasmo de los dos hubiera sido contagioso, si no fuera por la desconfianza de Anna, y las pesadillas de la monja muerta con su boca abierta y su pelo gris enmarañado... Se sacudió para librarse de la memoria y se obligó a sonreír:

- Sí, hasta en el Nuevo Mundo es difícil encontrar aventuras de verdad. ¿Creéis que me podría unir a la expedición? Eso es, ¿si la habrá? Pensáis que ¿será algo así como Cuzco?

Los dos estaban felices como niños pequeños, la idea de seguir a un desconocido a la nada no

les daba miedo, todo lo contrario, era lo que les había sacado de su existencia sosa en la provincia española, y ahora, por fin, después de tantos años, les llamaba la gigantesca, fantástica aventura. En esa situación, ni lo dudoso de esa secreta y al parecer no totalmente oficial misión les podría hacer parar.

Anna se preguntaba si era la avaricia de riquezas o puro deseo de aventuras lo que empujaba a los hermanos. Ella misma se había ido de casa por motivos similares, aunque su vida sola en el Nuevo Mundo pronto le enseñó a tener más cuidado. Por otro lado, esos dos no estaban solos... De alguna manera no podía evitar encariñarse de los dos y su entusiasmo, sobre todo con el más tranquilo, Gonzalo... Anna les hizo prometerle que la informarían sobre todos los planes que tengan que ver con la ciudad de los Césares y bajó de la torre para volver a la ciudad.

Lentamente caminaba por las calles de La Imperial. Ya era casi pasado mediodía, y el ardor centelleante, como inundado de una inmóvil luz solar, que había bajado sobre la ciudad era un mensajero del paralizador calor veraniego que reinaría en las próximas semanas. Ese laberinto dormido no era la misma tibia ciudad color ámbar en la que Anna había entrado hacia unos pocos días. Ahora todo parecía cubierto por un opaco velo rojizo – probablemente polvo, pensó -, los edificios, las calles, hasta las plantas. También la tierra aquí es rojiza, un poco otro tono, más amarillento o anaranjado, pero el rojo aparece siempre y en todas partes bajo los otros colores, como sangre bajo la piel.

Una silueta oscura estaba doblando la esquina, el único movimiento en la calle. ¡Que lleven esos pesados mantos de humo incluso con este calor! - pensó Anna algo aburrida - lo mismo en Lima, mujeres de negro de la cabeza hasta los pies, sin importar el tiempo que haga, anónimas bajos sus ondeantes envoltorios, que sólo ocasionalmente dejan escapar una mano, una joya o una parte de la cara...

Como un eco de sus pensamientos, un brazalete dorado chispeó bajo el manto semitransparente de la mujer tapada. Quizás fuera sólo la desconfianza, últimamente ilimitada, de Anna frente a todo en esa ciudad tan engañosamente apacible, pero estaba enseguida convencida de que era el mismo que había visto brevemente en la muñeca de Diana el día después del asesinato de su madre. Decidió seguir la silueta que se deslizaba rápida-y silenciosamente por las calles, como si supiera exactamente a dónde iba sin siquiera tener que levantar el velo. Era imposible reconocer su cara desde una distancia segura.

Por fin la mujer se paró y golpeó en una puertecita casi invisible desde lejos, de un edificio grande de madera. Anna se escondió detrás de una esquina e intentó orientarse dónde exactamente se encontraba en la ciudad.

Pero fue sólo cuando escuchó el ligero chirrido de la puerta al abrirse que Anna se dio cuenta de que estaba frente a la entrada trasera de la residencia de Orosco: era la discreta, casi invisible puerta de la cocina que tantas veces había escuchado crujir a la hora del desayuno. Francisca en general no estaba en la cocina a esa hora, y una figura masculina salía a la calle. Con su camisa de impecable blancura y los rizos oscuros no podía haber dudas sobre su identidad. Los dos se retiraron en un rincón cubierto de una especie de hiedra, y la mujer por fin levantó el velo. Era definitivamente Diana.

Esta pareja tan atractiva en el muro oscuro cubierto de hiedra, el velo, las capas, brillantes joyas de oro, gestos apasionados: todo parecía una escena de las novelas de caballería que Anna había devorado de niña en Lübeck. O hubiera sido así si los dos no se estuvieran muy claramente – si bien en casi total silencio – peleando. Anna se esforzó por entender lo que decían, pero estaba demasiado lejos, y acercarse más en una calle completamente vacía era imposible. Así no le quedaba otra que intentar adivinar el contenido de la conversación por los gestos, pero no llegó muy lejos. Finalmente, Diana, obviamente descontenta, cubrió su cara con el velo y salió casi corriendo del callejón en la dirección del convento.

Di Neri le siguió pocos segundos después, moviendo la cabeza, como ... descontento, y con su habitual sonrisa cínica. Anna se presionó con todas sus fuerzas contra el muro, pero los dos estaban demasiado preocupados con sus asuntos para enterarse de su presencia. Vaciló brevemente a quién debería seguir, y se decidió por di Neri.

Capítulo 7. Rumores

La persecución de di Neri ocupó todos los días siguientes. Así, Anna conoció todos los callejones y rincones de La Imperial, pues el italiano al parecer tenía sus compinches en todas partes. Su primer asunto después de la conversación con Diana no lo llevó al convento, como Anna había supuesto originalmente, sino por callejones angostos a una parte de La Imperial donde ella no había estado nunca. Aquí, a unas pocas calles detrás de la taberna, vivían los artesanos

pobres y soldados en sencillas casuchas de madera, muchos con sus mujeres indígenas y los hijos comunes. Perros, cerdos y pollos revolvían el polvo rojizo de los callejones.

Incluso ahora, poco después del mediodía, un intruso no hubiera podido pasar desapercibido, pero al parecer todos los perros conocían a di Neri, y su apariencia por ahí no causó más que unos contentos meneos de cola por parte de los animales. Los primeros pasos de Anna en el angosto callejón, por el otro lado, provocaron enseguida gruñidos y dientes a la muestra de algunas bestias muy grandes y claramente peligrosas, de modo que se tuvo que esconder rápidamente detrás de la esquina de una casa. Desde allí apenas pudo reconocer que di Neri tocó en una de las puertas y entró de inmediato.

Esperó pacientemente, pero di Neri no daba señales de volver a salir, mientras varios al parecer muy desconfiados y hambrientos perros callejeros empezaron a juntarse en la esquina donde se escondía Anna. Entre ellos, gruñendo y mostrando sus enormes, afilados y amarillentos colmillos, estaba la enorme bestia del tabernero. ¿Su dueño vivía aquí y no en la taberna? ¿O qué estaba haciendo aquí? La idea de tener que enfrentarse a los dos, di Neri y el tabernero, a la vez, le dio náuseas. Decidió no arriesgar nada y se retiró. Había mucho en qué pensar.

Una vez en su cámara, se echó sobre la cama y, mirando por la ventana, intentó ordenar sus pensamientos. Entonces: las monjas no le eran muy simpáticas, pero en sus sospechas de que las muchachas mapuches – o por lo menos alguien de su población – podría estar involucrado en el asesinato, podría haber algo de verdad. Después de todo, la situación no resultaba tan idílica como Orosco decía... Por el otro lado, también ese supuesto emisario de Lima está seguramente involucrado de alguna manera... ¿Está con los indios? O ¿los está espionando?

Significaría eso que ¿también está involucrado en el asesinato? ¿Fue por eso que se juntó con Diana? Maldición, ¡ni siquiera había preguntado cuándo llegó él a La Imperial! Y su excursión al barrio de los artesanos.... ¿Sabrá Orosco de eso? Muchos soldados, campesinos y artesanos en el nuevo mundo estaban casados con mujeres indígenas, y en Perú ella había visto que muchos mantuvieron conexiones con las poblaciones indígenas de esa manera. ¿Era lo mismo aquí, pese a la guerra y la frontera? Eso debería poder averiguarse... De cualquier manera – a esas alturas ya estaba caminando enérgicamente por la cámara – si era así, eso de nuevo apuntaba hacia los mapuches, y si no.... bueno, en este caso habría más intrigas en ciudad, tuvieran que ver con Madre Isabel o no. Tantos hilos enmarañados empezaron a darle náuseas de nuevo. ¿Si no se habrá metido en un callejón sin salida? No tenía precisamente mucha experiencia con asuntos así: toda su carrera militar y diplomática hasta ahora se limitaba a transportar y entregar documentos...

Para distraerse y recuperar energía, bajó a la cocina a buscar golosinas. Se dirigió directamente al macizo armario donde se guardaba todo tipo de comestibles, pero al momento de

entrar en la cocina se dio cuenta de que no estaba sola. Francisca estaba allí, inclinada sobre una pila, lavando un montón impresionante de ropa sucia. Habló con Anna sin darse vuelta.

- Ah, Miguel, ¡allí estáis! Escuchad, os quería preguntar, ya que dejáis vuestra ropa aquí para lavar...

- ¿Sí, Francisca? - preguntó Anna vacilando.

- También podéis dejar arreglar vuestras cosas para afeitar aquí. Javier Gatica, uno de los soldados, fue aprendiz de herrero y sabe hacer unas cuchillas de afeitar bastante buenas, las sabe afilar y todo eso. Sois muy joven, pero el bigote ya se está asomando, ¿no? Ya no sois un niño...

- Bueno ... - Anna pensaba febrilmente – en mi familia nadie tiene una barba muy imponente. A todos nosotros el crecimiento de la barba nos llega muy tarde y muy poco, por eso nunca me he preocupado por cosas como cuchillas de afeitar, este poquito de pelusa no merece la pena... Pero quizás – añadió rápidamente al ver la mirada escéptica de Francisca – ya le puedo comprar una cuchilla a Javier, si es tan bueno como decís, ¿no puede tardar mucho hasta que me crezca una barba de verdad!

- Ah sí, ¿pelusa? No he visto nada – le contestó Francisca secamente – pero bueno. ¿Qué dijisteis, cuántos años tenías, cuando os fuisteis de casa?

- Dieci- ... trece! O casi.

Sí, eso debería ser suficiente para explicar la falta de barba. ¿Qué quiere?

- Ah sí, entonces ¿fuisteis algo como niño soldado?

Francisca levantó, sin decir palabra, enérgicamente una carga de ropa mojada de la pila, la puso en un banco de madera, probablemente para colgarla después, tiró una última carga de ropa mojada y sucia a la pila y empezó a frotarla con fuerza contra la tabla de lavar. Anna intentó controlarse.

Bueno, de alguna manera sí, pero muchos grumetes lo son.

¿Es de eso que quiere hablar?

- ¿Cómo os llamáis? No siempre ha sido Miguel, ¿verdad?

- Bueno, no soy español...

No me refiero a eso.

Francisca la interrumpió y levantó en alto una pieza de tela, una camisa blanca, en la que se veía una mancha de sangre mal lavada. La débil luz solar de la pequeña ventana caía exactamente sobre pequeñas gotas color rosa pálido que se deslizaban sobre la tela blanca de lino.

Anna se atragantó.

- Yo... eso es....

- ¿Cómo te llamas, mi niña? - preguntó Francisca con tanta ternura inesperada que Anna, en una sorpresa para sí misma, susurró:

- Anna... ¿se lo vais a contar a Orosco?

- No, pero no entiendo por qué hicisteis eso... ¿entendéis lo peligroso que es? ¿Qué pasaría contigo si los soldados se enteraran de que eres una mujer? Aquí, ¿donde la voluntad de gente como Orosco o di Neri es ley y nada ni nadie te puede proteger?

- Pero es todavía mejor que si estuviera viajando sola como mujer, ¿verdad? - contestó Anna obstinadamente, y le parecía que nadie podría negar lo razonable de este argumento.

- ¡¡Pero mi niña!! - Francisca, por su parte, parecía haber perdido el don de hablar por un momento.

- Se puede preguntar ¿cuáles son tus planes para el futuro?

Anna parpadeó, confundida. ¿Planes? ¿Qué planes? Francisca se dio cuenta.

- Pues entonces ¡es hora de que empieces a hacer planes! ¿Cuántos años tienes, dieciocho, veinte?

- Diecisiete.

Anna admitió de voz baja, y Francisca siguió hablando.

- Tienes que volver a vivir como mujer en algún momento y ¡mejor que hagas eso cuanto antes! Pero no aquí... Mi hermano Luis vive en San Juan, en el otro lado de los Andes. Es lo suficientemente lejos para que nadie se diera cuenta de tu transformación en el camino... Yo te daré un mensaje para Luis, y juntos podríamos encontrar una solución para tu futuro. Todo es mejor que ser descubierta, ¡créeme!

Anna hesitaba, pues por un lado Francisca sonaba insistente y creíble, pero por el otro, y según ella, hasta ahora todo le había funcionado bastante bien, y salir corriendo ahora, por pura cautela, era muy cobarde, ¿no?

- ¡Piensa un poco, niña! Hablemos mañana de nuevo, y me dirás qué es lo que quieres hacer, ¿sí

Anna asintió entusiasmadamente con la cabeza y desapareció lo más rápido que pudo de la cocina, sin siquiera reaccionar a la última pregunta de Francisca, que qué era lo que ella quería en la cocina.

Anochecería pronto, una tibia noche de verano, y Anna, con su alboroto emocional, no se le ocurrió nada mejor que volver a la taberna. Aquí, como a cualquier hora del día, todo era ruido y movimiento, puesto que era el único lugar público de La Imperial aparte de la iglesia, un lugar tanto como para divertirse como para hacer negocios, y entre los días de mercado la única fuente para todas aquellas cosas que no podían ser confeccionadas en casa.

Por eso estaba ahora, poco antes de la cena, lleno a reventar: soldados que tenían tiempo libre, artesanos que no tenían prisa de volver al taller o a la casa, y también amas de casa que en una hora tranquila llenaban sus provisiones de cosas como sal o aceite. Entre ellas Anna vio a una de las muchachas del monasterio. El tabernero gordo reinaba sobre esto caos como un imperador romano, contestando con pereza a las mujeres y a veces intercambiando palabras con algunos de los hombres que entraban y salían. En esta multitud Anna podría reordenar sus pensamientos sin ser molestada, y quien sabe, tal vez se pueda averiguar algo nuevo sobre di Neri.

En el pequeño mundo de la fortaleza militar el joven correo de Santiago ya era más conocido que la ruda y su llegada causó de inmediato un murmullo de aprobación. Anna saludó y se sentó en una de las mesas de tal manera que pueda ver la puerta abierta y los movimientos en la calle. Pero aun así no vio nada hasta que de repente Francisca estaba sentada a su lado. *¡Maldición! ¿Cómo llegó aquí tan rápido?* Anna tenía que mejorar urgentemente sus habilidades de observación, si eso de descubrir al asesino iba a tener éxito...

Ya sabía que Francisca era algo como una asistente no oficial de Orosco y mantenía un ojo en los soldados también en su tiempo libre – y efectivamente, cada vez que ella estaba cerca, los chistes se hacían algo menos vulgares y riñas menos violentas. ¿Ahora también la estaba vigilando a ella? ¿Acaso sabe Orosco algo? Antes, en la cocina, no sonaba así... Francisca interrumpió abruptamente sus pensamientos:

- ¿No me digáis que tenéis hambre? ¿No habéis almorzado lo suficiente?

No era realmente eso, ¿verdad? - pensó Anna - ¿Me está intentando espiar?

- No – Anna se esforzó por sonreír – sólo tengo sed, es todo. No esperaba que aquí hiciera tanto calor. En Santiago me habían contado que aquí siempre llovía y hacía frío.

- Ah, esos santiaguinos engreídos, ¡siempre piensan que lo saben todo! -

Con eso, Anna tocó un punto sensible, pues Francisca era, como ella misma decía, „una chilena de verdad“, hija de un soldado español y una mujer indígena de las cercanías de la ciudad portuaria de La Serena. Pero su actitud hacia la gente de su padre era más bien escéptica,

soldados perezosos, por ejemplo, no podían esperar clemencia de ella, y era particularmente dura con los capitalinos, “que tampoco no son nada mejor”, y contra los cuales nunca podía contener críticas. Anna se preguntaba sobre el porqué de tanto rechazo, pero nunca antes había querido indagar en algo que claramente era un asunto sensible. Pero ahora estaba dispuesta a todo, si le ayudaba distraer la atención de sí misma.

El calor de verdad todavía no llega, será después de Navidad, aunque hoy ya está haciendo bastante calor... - siguió Francisca mientras tanto.

La muchacha del monasterio estaba abandonando la taberna con un jarro en las manos, y Francisca la despidió con un gesto. La acompañó con la mirada hasta que la joven estuviera en la calle y sólo entonces se volvió a dedicar a Anna:

-¿Conocéis a esas santurronas del monasterio? ¿Qué siempre ponen la cara de beatas? De cualquier manera, ahora allí anda el diablo suelto, me lo acaba de contar la niña aquella, Marcela. Ellas empezaron de una manera muy humilde ...

- Ah, sí, me habían contado algo. ¿Vos sabéis cómo se fundó el monasterio?

Anna decidió aprovechar la oportunidad de averiguar más sobre las monjas, sobre todo porque Francisca estaba tan locuaz y al parecer dispuesta a olvidar el episodio de antes. Además, si le gusta tanto contar...

- Bueno, la Isabel más vieja – ah, vos la encontrasteis, ¡pobrecito! Lamentablemente en este país ese tipo de cosas se da muy a menudo – pues ella era la viuda del viejo de Soto, un viejo amigo y mentor de Orosco. Mi marido difunto había servido con ambos. - por un momento, una expresión de tristeza se deslizó por la cara de Francisca, pero se la sacudió enseguida. - Después de la muerte del viejo de Soto, Isabel se metió entre ceja y ceja queriendo entrar a un monasterio. Orosco ya había empezado a buscarle una oportunidad para viajar al norte, para que pudiera entrar en un monasterio en Santiago o Lima, pero en ese momento aparecieron aquí las otras dos Isabelas – antes habían vivido en Villarrica, no lejos de aquí, hacia la cordillera, sabéis – y allí se les ocurrió fundar un monasterio aquí, “el primer en el Sur del Imperio Hispánico”. Se quedaron obsesionadas con la idea y ¡además enredaron a Orosco! ¿Sabéis que Isabel incluso intentó meterme a mí? - Francisca se rió, como si todavía le costara creerlo - “Francisca, querida, si tú también eres viuda, podemos vivir juntas una vida contemplativa” me decía. ¡Yo antes seré sirvienta que encerrarme en una celda por el resto de mis días! Bueno, de cualquier manera, obtuvieron su monasterio, pero apenas tenían de qué alimentarse – puede que de Soto haya sido un héroe de guerra, pero eso no lo hizo rico, y las dos otras no tenían ni un céntimo entre ellas. Casi hubieran tenido que mendigar, y eso aquí, donde la mayoría de la gente apenas tiene para sobrevivir. Fue su suerte que Orosco tuviera esa idea de dejar a las monjas educar a las niñas

indias, y el cacique mantener al monasterio a cambio. Y después apareció Diana, la única que se había casado con un hombre verdaderamente rico, y en el monasterio por fin podían esperar la “vida contemplativa” que tanto deseaban, sin problemas de dinero o huéspedes...

- Ah sí, la joven Isabel mencionó que no le gustaban las muchachas indias, al parecer por su cautiverio – Anna la interrumpió, excitada. ¿Estaba aquí tal vez una pista? ¿E incluso el fin de sus pesadillas?

- Oh sí, eso – le contestó Francisca con una sonrisa rara – ¿seguramente sabéis que todos los indios cuentan que durante su supuesto cautiverio ella vivía en pecado con un guerrero mapuche? ¡Incluso hay rumores sobre un embarazo! Y mientras esas muchachas siguen en la ciudad y se lo recuerdan, nadie le cree su cuento de santa mártir... - se encogió de hombros.

- ¿Dónde estaba? Ah sí, de cualquier manera, estaban esperando el dinero de Diana, pero parece que después de la muerte de su madre ya no está tan segura de querer quedarse, y supuestamente ha pensado en volver a casarse. Os podéis imaginar qué piensan las otras dos de eso. Dicen que el escándalo era enorme, incluso que la nueva Madre superior, que, por cierto, todavía no ha sido confirmada en su posición – el padre de aquí, Padre Tomás, no tiene la autoridad de hacer eso - ayer intentó impedir que Diana abandonase el patio del monasterio, y parece que ahora no se hablan.

- Es verdad, - se entremetió su vecino en la mesa – yo vivo al lado, y el griterío era imposible de ignorar. Sonaba como si tuvieran sus buenas razones para todo ello.

Se rió, y su fisionomía ancha y roja adquirió rasgos diabólicos en el aire semioscuro y lleno de humareda de la taberna.

- También estuvimos especulando que quién será el novio. Los hermanos Peñalosa hasta están aceptando apuestas. -

Antes de que Anna pudiera digerir ese nuevo detalle sobre los omnipresentes hermanos, el cararroja movió la cabeza con la expresión de alguien compartiendo un gran secreto.

- Aunque, yo personalmente creo que sé en quién voy a apostar mi dinero.

Anna siguió su mirada y quedó petrificada: di Neri acababa de entrar en la taberna. Saludó a algunos soldados, abrazó cariñosamente a Francisca, que se alegró visiblemente, y se sentó en la mesa de ella y Anna. El propietario gordo le trajo personalmente su vaso de chicha – era imposible de ignorar que era muy popular en la ciudad, pero también, que los rumores ambiguos sobre las monjas peleadoras callaron el momento que él entró.

Más bien, varios soldados se esforzaron por superarse entre ellos con historias sobre hazañas

heroicas y cómo estaban dispuestas a otras aventuras más. Caminaban descalzos por desiertos, cruzaban los Andes solos y luchaban días enteros contra hordas atacantes de indios. Con tanta bravura parecía difícil de creer que todavía había tierras sin descubrir e indios vivos en alguna parte. Di Neri parecía divertirse con eso y participó con entusiasmo en sus discusiones sobre expediciones famosas y supuestas hazañas.

Particularmente el cararroja destacaba con sus historias, con las cuales también quiso medio impresionar, medio asustar al novato Miguel – y había que admitir, con bastante éxito:

- ¡Aquí somos gente ruda, mi pequeño! - se rio sardónicamente. - Todo el mundo anda diciendo: Cuzco, México, El Dorado... Pero aquí es donde está la verdadera conquista, ¡aquí están los verdaderos salvajes!

- ¿Os referís a la Ciudad de los Césares?

Anna no estaba segura de qué estaba hablando el soldado, pero seguramente valdría la pena.

- Esa, bueno, no suena nada mal - si es que existe - pero me refiero a los indios de aquí, los araucanos. Son gente sin Rey, sin Ley y sin Dios. ¿Sabéis qué hacen?

Levantó un gordo dedo índice, esperó con una rara, ávida sonrisa la muda negación de Anna y luego siguió:

- Sabéis ¿qué hicieron con el descubridor y primer gobernador de Chile, Capitán Valdivia?

- Le tendieron una trampa y lo asesinaron cruelmente. Me lo contaron en Lima.

Cararroja ahora sonreía tanto que su cara parecía en la semioscuridad no más que puros dientes y barba, pasó la lengua por los labios y dijo:

- Bueno, seguramente se podría describir así. Le vertieron oro fundido en la garganta. Después le arrancaron su corazón del pecho y se lo comieron, y de su calavera hicieron una copa. Por todo lo que se escucha, a nosotros dos – indicó con el dedo hacia si mismo y luego hacia Anna – nos espera lo mismo, si nos agarraran.

Anna debía haber tenido una cara muy horrorizada, pues la taberna literalmente explotó de risa. Cuando los soldados se tranquilizaron algo, uno de ellos guiñó un ojo a Anna:

-No os preocupéis, muchacho, no os pasará nada. Muchos de nosotros llevamos media vida aquí, y mientras no os separéis de los demás españoles, estáis seguro.

Cuando Anna había digerido algo el susto – que, como mínimo, mostraba una perspectiva diferente de su visita en la población de los mapuches – el momento le pareció adecuado para mencionar lo ocurrido hace poco. No estaba completamente segura de haber visto a di Neri en la

población mapuche, pues él había estado casi todo el tiempo en la ruka del cacique, y Anna siempre se había mantenido en el borde de la zona poblada. Mientras estaban aquí, rodeados de otros, valía la pena intentar averiguar si di Neri había estado allí a escondidas o si ese tipo de visitas a personas, que en Santiago eran considerados enemigos mortales, aquí tal vez se consideraba algo común y corriente. No por último se podría ver cómo reacciona di Neri, si tal vez se traicionaría... Se sentía de repente mucho más segura que hace poco en el callejón y preguntó a todos, en voz alta:

- Pues yo hace poco estuve con las pupilas de las monjas en la puebla de los mapuches. Todo estaba muy tranquilo, y algunos de allá hablan español. Casi me pareció escuchar algunas voces conocidas. ¿Ocurre ese tipo de cosas a menudo? Digo, ¿expediciones a las tierras de indios y cruzando la cordillera? ¿Pese a todo? Después de todo estamos en la frontera. Porque si es así, a mí me gustaría participar en algo, antes de volver a Santiago.

- Bueno – comenzó uno de los soldados – la mayor parte del tiempo la pasamos aquí encerrados, pero el Cacique Pucón es un hombre pacífico, ya ves que algo así puede ocurrir...

- Aunque yo en vuestro lugar no andaría solo con sus hijas por el bosque, tienen un hermano grande, ¡quién sabe qué se le puede ocurrir a este! - gritó el cararroja, riéndose de nuevo.

Irrumpió otra explosión de risa general, y pese a los chistes sucios que siguieron, Anna pensó aliviada que por lo menos los soldados no tienen ni la menor duda de que ella efectivamente es un hombre.

-¿Entonces realmente soy el único quien estuvo sólo con los indios? Bueno, ojalá se encuentre una expedición en la que pueda participar, entonces sí que tendría algo que contar en Santiago...

- Podría haber algo, seguramente ya habéis escuchado hablar. - Di Neri habló por primera vez, y Anna se estremeció involuntariamente. - Siempre se necesitan hombres valientes y aventureros, pero desde luego sería poco aconsejable perder a alguien importante... Si yo o el viejo Gatica aquí tenemos que palmarla – indicó con la cabeza en la dirección del cararroja, quien gruñó descontento, pero al parecer no se atrevía a protestar –, no será gran pérdida, pero si le pasara algo a alguien de buena familia.... Vos sois uno de los Flores de Santiago, o ¿es coincidencia?

Sonó como una simple curiosidad, pero a Anna le pareció una amenaza implícita. Efectivamente, hacía algunos meses que ella había intentado, algo torpemente, sacar algún provecho del parecido de apellido con el difunto conquistador Bartolomé Flores, un nativo de Wurzburg en Alemania, que se había convertido en uno de los hombres más ricos de Santiago. ¡Cómo pudo haber sabido que su única hija no sólo estaba viva, sino también tenía muchos hijos! Los nietos de Flores, los Lisperguer, no le creían ni palabra, tampoco, que este extraño, Miguel

Flores, sólo había bromeado, y no fue nada fácil salir del embrollo. El joven Pedro Lisperguer no sólo era miembro del cabildo de Santiago, sino también un conocidísimo espadachín, su padre un general, y sus hermanas tenían una lúgubre fama de brujas y envenenadoras, de modo que los viajes de Anna casi terminaron en Santiago... Incluso se tuvo que esconder algún tiempo, y todo el asunto era la comidilla de toda la ciudad, por lo menos hasta el próximo duelo en la Plaza de Armas.

Pero ¿cómo podía di Neri saber todo eso? En Santiago no lo había visto, estaba segura, y Santiago tampoco era una ciudad tanto más grande que La Imperial... Y si él sabía algo, ¿qué estaría dispuesto a hacer? ¿Orosco le creería? Y, sobre todo, ¿qué era lo que estaba planeando? De qué Miguel Flores debía mantenerse alejado?

Memorias casi olvidadas y miedos nuevos le cerraban la garganta. Lo que más quería hacer en este momento era olvidarse de todo y huir – y lo haría, si su huida no atrajera atención, algo que seguramente pasaría. Se obligó a permanecer tranquila, a contestar con desenvoltura: “Coincidencia, ¡obvio! ¿O tengo yo pinta de niño rico?” y escuchó con alivio cómo los soldados se rieron y empezaron a hablar sobre conquistadores famosos, y sobre cómo sería estar emparentado con alguien así y no tener que arriesgar el pellejo por cada escudo. Pero siguió observando a Di Neri por el resto de la tarde de reajo.

Capítulo 8. El mercado.

¡Era día de mercado! La ciudad rezumbaba como una colmena casi desde la madrugada, y este sonido inquieto llegaba hasta los últimos recovecos de las casas, sobreponiéndose a todos los demás sonidos, hasta llegar a entremezclarse con las pesadillas de Anna. Se formaban visiones raras, de figuras de humareda, que zumbando volaban para acá y para allá entre ramas que se remecían incansablemente. El humo formaba pliegues como mantos negros, y por entre estos pliegues la miraba a veces el rostro perfecto, dramático de Diana, a veces la desencajada sonrisa muerta de su madre, a veces las caras de las dos Isabelas vivas, que luego se confundían en una y

de repente aparecía la sonrisa grotesca de una calavera...

Despertar era un alivio enorme. Ya era casi mediodía y Francisca había salido, pero no sin dejar listo el desayuno de Anna, pan todavía tibio y leche, en la mesa bajo una toalla de lino blanquísima. Eso mejoró enormemente el ánimo de Anna, y decidió echarle un vistazo al gran mercado prenavideño de La Imperial.

Cada pie de la plaza mayor parecía ocupado y se agitaba: en todas partes puestos de venta o vendedores ambulantes, compradores curiosos, que al parecer provenían no sólo de La Imperial, sino también de las poblaciones vecinas de los mapuches. El pesebre frente a la iglesia era el único lugar tranquilo de la ciudad, e incluso aquí se veían algunos cambios: dos de los tres reyes ya estaban en el sendero, la estrella había cruzado más de la mitad del pesebre y se ubicaba en su pica de metal casi encima del establo, además Kalfüray posicionó todas las muñecas de hombres y animales de tal manera que parecían saludar a los caballeros que llegaban. Una y otra vez se introducían niños en el pesebre para jugar con las muñecas, e incansablemente Kalfüray los echaba una y otra vez.

Anna observó la escena por algunos minutos y empezó a explorar el mercado. Era cautivador y muy diferente de los mercados que había visto más al norte, pues en esta alejada ciudad fronteriza el mercado no ofrecía tantos artículos de lujo, frutas, sedas, joyas, estatuas costosas como en Lima.

En cambio, olía intensamente a cuero, tierra y metal, vendedores de caballos llenaban las calles laterales con su mercancía inquieta, soldados españoles y guerreros mapuches regateaban por los mejores ejemplares. Anna sabía ya desde Santiago que los mapuches, quienes antes de la llegada de los españoles no conocían los caballos, en las últimas décadas se habían convertido en excelentes jinetes. Pero seguían obteniendo sus caballos principalmente de los españoles, a veces robando – se estaba en una guerra, después de todo - pero a menudo también por el comercio, como aquí. Intentó buscar a los Peñalosa, pero ni Gonzalo ni Miguel se encontraban en ninguna parte. Bueno, no es siempre necesario rodearse de caras conocidas. Y viendo cómo ella reaccionó frente a Gonzalo la última vez que se vieron, tal vez era mejor así...

Artesanos de madera, metal y cuero ofrecían sus servicios directamente al lado, y Anna echó un vistazo a unas riendas decoradas de plata repujada para su caballo. Un poco más abajo había un sector grande con lino de las regiones más al norte de Chile y gruesos ponchos de lana del territorio mapuche, algunos con maravillosos diseños tejidos, que costaban lo mismo que un caballo. Anna observó, divertida, como un comerciante llegado de Santiago regateaba por un lote entero de ponchos. Su argumento, de que hacía demasiado calor para lanas tan gruesas, y en Santiago los tendría que regalar, el vendedor viejo rechazó con un indiferente “Volverá a llover

pronto, y si en Santiago tuvieran ponchos así, vos no estaríais aquí”, y el regateo no daba señales de llegar a un fin.

Otro vendedor ambulante ofrecía desde una cesta de mimbre bordados y cintas de seda, lo que lo dejaba sin competencia entre las mujeres de La Imperial, no acostumbradas a tales lujos – algunas de las muchachas del monasterio se estaban peleando por algunas piezas particularmente bonitas, y Anna se preguntó qué diría la nueva madre superiora cuando se enterara.

A una distancia segura, para no poner en peligro los tejidos costosos, los vendedores de alimentos extendieron sus productos. También aquí se veía una mezcla excéntrica de productos locales y europeos. Embutidos a la manera española colgaban al lado de verdes, brillantes ajíes picantes, la carne amarilla de las calabazas resplandecía al lado del verde profundo diferentes hierbas comestibles.

Francisca estaba allí y discutía con la verdulera, el pequeño Pedro a su lado, cargado de compras. En su cesta ya tenía varios comestibles, y enseguida se apuró en ofrecerle a Anna algo. Había una botella de salsa camelina, traída del Perú, muy especiada y muy cara, lo más adecuado para la cena del jefe de la guarnición, huevos frescos, embutidos y también una cestita llena de frutas pequeñas, redondas, salpicadas de puntitos minúsculos.

-¡Las tenéis que probar! Son frutas locales, en ningún otro sitio encontrareis algo así, y no conozco a nadie a quien no le gustara. Pero su temporada es muy corta, y hoy las tendremos para postre.

Anna probó una fruta dulce y aromática y prometió a Francisca a llegar puntualmente a la cena. A escondidas le dio otra fruta a Pedro, quien se la metió en la boca antes de que Francisca pudiera darse cuenta.

Por un par de momentos Anna vaciló si debería comprar un puñado de esa delicia o mejor las riendas, y finalmente decidió volver al comerciante de cuero. Justo estaba pagando su nueva adquisición, cuando a unos pocos pasos, cerca de los caballos, vio a Trangolemu.

Lo iba a saludar cuando éste se dio vuelta y dijo algo en voz baja al hombre que estaba a su lado. Aquel hombre llevaba una mezcla de ropa española y mapuche y mantenía su cabeza siempre baja. Anna miró detenidamente – era di Neri, vestido casi como el otro día en la puebla mapuche. En el bullicio general del mercado esos dos, que cualquier otro día en La Imperial no pasarían desapercibidos, no eran nada más que figuras anónimas.

Anna esperaba que en su caso fuera lo mismo y los dos no la verían, aunque estuviera solamente a un par de pasos de ellos. Sólo le quedaría no hacer ni el más mínimo ruido y tener cuidado de que siempre haya alguien entre ella y los dos hombres.

Lo último era muy fácil, pues los dos se adentraron algunos pasos en el callejón de los caballos, donde un hombre estaba sentado sobre unos bultos, a primera vista durmiendo. Ambos pararon frente a él y empezaron a conversar. El que estaba sentado, para nada dormido, también participaba. Anna, escondida entre los cuerpos de los animales, intentó escuchar la conversación, pero fue en vano: los caballos relinchaban, los hombres hablaban bajo... Con mucho cuidado sacó su cabeza entre los caballos para por lo menos ver quién era el tercer hombre. Tenía razón ¡era el tabernero! También para él era el mejor momento para hacer algo desapercibido... La conversación duró un buen rato, una vez di Neri hizo una señal con la cabeza, y el tabernero entregó algo a Antu, pero desde su escondite, detrás de los cuerpos de los caballos, Anna no podía reconocer qué era. Trangolemu miró brevemente en su alrededor y escondió ese algo bajo su poncho. De la misma manera relajada, los dos hombres jóvenes se dieron vuelta y caminaron lentamente por toda el área de caballos y cueros del mercado, donde había casi exclusivamente soldados, y casualmente intercambiaban algunas palabras con otros, en su mayoría mapuches, pero también algunos españoles, a quienes Anna, para su molestia, no conocía.

Finalmente, los dos se alejaron del mercado con el mismo paso ocioso, pasando la taberna cerrada – el tabernero al parecer todavía no volvía, ¿Cómo estaba involucrado en todo eso? Habrá que averiguar un poco más sobre este personaje... – y se dirigieron hacia la misma casa en la que Anna había visto entrar a di Neri el día anterior. Y esa vez tampoco les pudo seguir, entonces se tuvo que devolver al mercado, donde fingió interés por los caballos ofrecidos a la venta.

Parecía que tendría que esperar infinitamente, varias veces tuvo que deshacerse de los vendedores y evitar a conocidos, hasta que empezó a preguntarse en serio si aquella maldita casucha no tendría otra salida. En algún momento pasó el tabernero, respirando ruidosamente, pero Anna decidió seguir esperando.

Por fin, después de una espera casi infinita, Trangolemu entró con rápidos y ligeros pasos al callejón, dijo algo al pasar a algunos mapuches jóvenes, quienes le siguieron enseguida y abandonaron juntos el callejón. Sin saber qué debería hacer, Anna les siguió algunos pasos y sí se dio vuelta de nuevo – como si se le hubiera olvidado algo.

Y de verdad: en la salida opuesta del improvisado callejón de los caballos, dos figuras estaban entrando en una calle lateral. La segunda figura era di Neri, todavía disfrazado como antes, mientras la primera, cuya cara Anna no había podido ver, llevaba el improvisado hábito gris de las Isabelas. Sin pensar mucho, Anna se dio vuelta y siguió, corriendo, a los dos.

Capítulo 9. Los últimos rayos del sol en el callejón

Llegando al cruce de las calles, Anna redujo sus pasos y miró con cautela por la esquina. Dos siluetas oscuras se movían rápidamente por el callejón, y Anna les siguió a cierta distancia sin hacer ruido. Menos mal que el bullicio del mercado tapaba la mayoría de los sonidos en las calles laterales. Probablemente iban camino al monasterio, pero ella no se ubicaba suficientemente bien en los callejones de la ciudad para estar segura, y la pareja frente a ella hacía todo para evitar las calles grandes y llenas de gente.

Anna intentaba adivinar por la manera de andar o por lo que era visible de la figura cuál de las tres mujeres era, pero en vano. Por lo menos creía no ver centellear el brazalete de oro, y también la manera de caminar no le parecía tan suave como la de Diana. Debe ser una de las dos Isabelas... Pero si lo tuviera que jurar...

Cuando rodeó con cautela la siguiente esquina, en un callejón particularmente oscuro y angosto, se percató que ya no había ni rastro de los dos. En el reducido espacio entre los muros lisos no había donde esconderse ni por dónde desviarse, entonces observó todo con más atención. En un muro polvoriento, de color tierra, había una puertecita baja, casi invisible desde la distancia en la penumbra del callejón. Se cerraba, en lugar de un cerrojo, simplemente con un lazo de cuero tosco. Era probablemente por eso que Anna no había escuchado nada. Intentó abrir la puerta suavemente y, efectivamente, la hoja de madera se abrió sin el menor ruido.

Con mucho cuidado, Anna miró adentro, y el patio oscuro, como si estuviera hundido bajo agua y tapizado de moras, confirmó su vaga sospecha – había llegado al monasterio, aunque por otra entrada que en sus visitas anteriores. Pero ahora estaba completamente abandonado. Anna se paró en la puertecita y esperó si se podía ver o escuchar algo – las “celdas” de las monjas estaban a unos pocos pasos de distancia.

Efectivamente, voces femeninas se escuchaban sordamente por una de las ventanas, así que Anna se deslizó un par de pasos por la muralla y se presionó contra ella, pese a las espinas que el jubón no lograba domar – esperando permanecer invisible en la semioscuridad bajo la enmarañada mata de moras. Sonaban las voces de tía y sobrina, susurrando fuerte, y estaban

agitadas.

- También sé que él estuvo aquí aquel día, supuestamente estaba con Diana – eso debía ser la sobrina – pero si este impertinente de correo no ha dicho nada hasta ahora, entonces no habrá visto nada, o ya lo sabríamos. Y Diana también sigue muda como un pez.

- Esperemos que permanezca así – eso era la tía – porque de lo contrario nos podría arruinar todo en el último momento. Ya le escribí a Padre Alonso pidiéndole que llegara antes del invierno y fundara oficialmente el monasterio. Ojalá funcione mejor por los canales de la iglesia que a través de Orosco y el gobernador. Pero ¡Diana tiene que callar la boca y firmar el traspaso de tierras por fin! No me interesa qué hace con su amante, pero ¡necesitamos su firma para el monasterio!

- Pero ¡en una ciudad tan pequeña como esta, esos secretos no pueden permanecer escondidos por mucho tiempo! Y ¡cuando se sepa que él estuvo aquí, el asunto con la vieja no se olvidará tan pronto!

- Por mí que desaparezca de aquí una vez que haya firmado, no la necesitamos a ella, sino a sus propiedades. Tal vez eso sería lo mejor para todos. Y nosotras tenemos que permanecer tranquilas para que todo, particularmente la vieja, se olvide cuando antes.

- ¿Entonces me devolverás mis libros cuando haya pasado todo?

- ¡Ah, déjame en paz con tus ridículas fábulas, sobre todo ahora que tenemos el asesinato encima!

- Igual los quiero y los voy a ir a buscar si hace falta. Y, ¿si tienes tanto miedo, por qué lo trajiste acá? Tú...

En otro rincón del patio, donde debía ubicarse la cocina, alguien se empezó a mover, chacoloteaba la vajilla, seguramente alguien empezaría pronto con la cena. Antes de que alguien la pudiera ver, Anna se echó a correr con todas sus fuerzas hasta la casa de Orosco.

Llegada a la puerta de la cocina, se apoyó, sin aliento y de repente muy agotada, en la muralla. Por primera vez en varios días volvió a darse cuenta del color rojo sangre que la madera local adquiría con la luz del anochecer: los rayos solares y sombras de las casas pintaban manchas y estrías ensangrentadas en los muros. Nada para ánimos sensibles, no va bien con conspiraciones y complots asesinos que tanto parecen abundar aquí.

O ¿acaso las monjas sólo intentan aprovechar la situación? Anna cerró los ojos para concentrarse y pensar sobre qué era lo que acababa de escuchar y qué era lo que había que hacer ahora. Cuando los volvió a abrir, di Neri estaba a unos pasos de ella.

La miraba, fijamente, sin rastro de su habitual ironía arrogante, pero con una ira fría sin disimular, que hizo que Anna se apretara instintivamente contra la muralla, como si quisiera fundirse con ella. Él se le acercaba en absoluto silencio.

Nunca antes se había fijado en que era mucho más alto que ella, que le sacaba más de un codo, pero ahora, que le estaba bloqueando el acceso tanto a la casa como al callejón, se le hizo presente con un agudo dolor casi físico. Si quisiera, sólo tendría que estirar la mano para tocarla, y Anna se sentía como una mariposa prendida en el muro.

No podían haber pasado más de algunos segundos hasta que finalmente hablara, pero a ella le parecieron horas enteras.

- Entonces, ¿vos estáis tan interesado en mi persona, que me seguís a todas partes? Sí, al inicio era divertido ver a un cachorro enamorado trotando tras de mi por toda la ciudad, pero ahora estáis exagerando, ¿no os parece? ¿De dónde sabíais de la población india? Dudo que esas dos tontas con sus muñequitas estén enteradas. Y hoy realmente fuisteis demasiado lejos, un poco más y hubierais conocido mi puñal muy de cerca... Pero tal vez pronto. Sin testigos.

Anna callaba e intentaba febrilmente calcular sus chances de escape. Di Neri seguía hablando en un tono de compasión burlona:

- Debía haberlo sabido enseguida que no sois tan simple como parecía, cuál es vuestra verdadera profesión. Realmente sois el embustero Flores de Santiago, ¿verdad? Allá tuvisteis suerte, pero aquí todo termina para vos. ¿Quién os mandó? No hace falta que lo neguéis. Mirad, si es posible que haya sido coincidencia que encontrasteis a la vieja, eso nadie lo pudo haber previsto, pero todo lo demás es demasiado obvio. Contadme simplemente qué es lo que sabéis y quién os mandó, y llegaremos a una solución agradable para todos, quizás incluso podamos dejar a un lado los puñales que tanto os asustan.

Esperó la reacción de Anna con una sonrisa finita, pero como ella seguía tercamente callada, volvió a hablar:

- Seguramente entenderéis que visitas repetidas de un hombre joven, particularmente un joven extraño, en un monasterio lleno de muchachas jóvenes... Pues si alguien os vio entrar a hurtadillas, verdad... Imaginaos el escándalo... Aunque por el otro lado, no es nada muy particular para una jovencita... pues esto es lo que sois, ¿verdad?

Anna lo miró horrorizada, pero él sólo volvió a mostrar su sonrisa cínica.

- ¿No pensabais que podríais engañar a todo el mundo? Tan brillante no sois. Bien, a lo mejor esos palurdos no notarán nada, pero esos no conocen nada más que sus armas apestosas. Conmigo no lo podéis hacer. Pero por mí, que esto quede nuestro pequeño secreto. Voy a necesitar algunos

nombres, y tal vez alguna que otra información, quizás un poco de dinero, y vuestro secreto está seguro. Incluso puedo asegurar vuestra seguridad personal. ¿Seguramente habéis escuchado qué es lo que puede pasar a señoritas que viajan solas?

Habló bajo, despacio, casi insinuante, estaba ahora a no más de un pie de ella, parecía que le tapaba la luz del sol. Lentamente, con un movimiento casi perezoso, levantó su mano derecha para acariciar tranquilamente un rizo en la sien de Anna, y luego empezó a deslizar la mano por el rostro hacia el cuello, sobre el collar abierto del jubón. Las puntas de sus dedos tocaban la piel del cuello y del pecho tanto como lo permitía la camisa abierta bajo el jubón. Se sentía como si hormigas de fuego o, todo lo contrario, cuchillas frías de metal le rasparan la piel.

Arrinconada, una onda fría de miedo la inundó, un pánico profundo, aplastador, mezclado con asco, pero con ese tacto prolongado, otro sentimiento empezó a aflorar, una increíble rabia que no le permitía flaquear. Como despertando de un sueño profundo, intentó palpar su vieja daga en el cinturón, pero el trasto viejo nunca había sido muy útil para nada, salvo para provocar comentarios burlones con su decoración barata, así que no se lo había llevado al mercado.

Su mano entonces agarraba una y otra vez la nada, mientras di Neri le acariciaba lentamente el pecho. Por fin le quitó la mano con un golpe y gritó, casi escupió con los dientes apretados:

- ¡Déjame! ¡Antes le confieso todo a Orosco!

- Ah sí, y pensáis, ¿que eso es una solución? Espero que no os equivoquéis.... Tenéis hasta mañana, y voy a tener lo que quiero, sí o sí. No me miréis como una oveja con eso ojotes azules, pensadlo mejor.

Sonrió una última vez, se dio vuelta abruptamente y se fue de paso ligero, silbando una melodía, en la dirección del mercado. Algunos momentos más tarde, Francisca entró en el callejón.

- Vaya, ¿ya sois amigos los dos? ¿O tenéis tanta hambre que no podéis esperar más?

Se echó a reír, pero al ver la palidez y la mirada aturdida de Anna, la preguntó preocupada:

- ¿No os sentís bien?

- No, no muy bien... Habrá sido la chicha del mercado... Mejor me voy a acostar - mintió Anna.

- Sí, seguro, luego os llevo un poco de caldo. Id a acostaros.

Abrió la puerta de la cocina y mandó a Anna a su recámara con un vaso de agua.

Anna pasó el resto del día en su recámara, dando vueltas por la habitación horas enteras. A

Francisca, quien le trajo el caldo prometido, no la admitió de manera cortés, pero firme, sin siquiera discutir. Esta mezcla de miedo y rabia del encuentro en el callejón no desaparecía, más bien se cristalizaba en energía febril. Dentro de pocas horas, formuló por lo menos una docena de posibles escenarios, de completamente locos – matar a di Neri esta misma noche y después huir sola al otro lado de los Andes era uno, cosa tan estúpida – hasta algunos bastante factibles.

Por fin decidió hacer lo más razonable e ir a hablar con Orosco. No solamente porque su manera jovial y paternal, que mostraba frente a casi todos en la ciudad, lo convertía en un interlocutor natural en casi todo tipo de problemas, sino también porque parecía ser un hombre razonable y lógico. Incluso en el caso de que Anna le tuviera que confesar su sexo verdadero, seguramente entendería que un escándalo con el correo real de Santiago no sería útil para nadie. En realidad, ni siquiera necesitaba su protección, quitarle sus armas a di Neri, o lo que éste piensa que son sus armas, sería más que suficiente... Y después simplemente fuera de aquí, y listo. En el fondo la monja muerta no era asunto suyo, que los locales vean solos cómo y con quién mandan su reporte a Santiago... Sí, eso es lo mejor. Negociar una salida, y listo. Este continente es grande. Mañana mismo, antes de la misa, hablaría con Orosco, y no tendría que volver a encontrarse con di Neri, y podría planear el viaje de vuelta.

Ya estaba todo oscuro y la casa en silencio, cuando Anna por fin logró permanecer más de un par de segundos en la cama y por fin se durmió.

Capítulo 10 Estrella de Belén

Anna despertó por golpes fuertes en la puerta de su recámara. Ya había amanecido, y alguien estaba golpeando la puerta, tanto, que toda la construcción de cuero vibraba, porque ya estaban tarde para la misa. ¡Maldición! Se levantó de un salto, se vistió con aún más prisa, agarró su jubón más presentable y corrió hacia la iglesia. Ya no había tiempo para hablar con Orosco, probablemente ya estaría sentado en su lugar de honor. Frente a la puerta de la iglesia, Anna frenó sus pasos y entró junto con los últimos feligreses en el edificio.

Algo era diferente hoy, aunque al inicio le costó determinar qué exactamente: todo parecía como siempre y como en cualquier sitio – el canto, los aromas, los rayos oblicuos del sol filtrados por las ventanas altas, la continua ligera agitación de los mantos de humo en las corrientes de aire...

- Y así cabalgó Santiago Matamoros con los nuestros en la batalla de Clavijo, y por su espada fueron vencidos los moros y la humillación terminada...

La voz del cura retumbaba en la iglesia, una narración larga sobre Santiago y su lucha contra los moros. En el Nuevo Mundo, donde el Imperio Español, en plena expansión, continuamente luchaba contra pueblos nuevos, durante décadas, sin que se pudiera divisar un fin, Santiago y otros santos aguerridos eran un tema muy popular, tanto que Anna ya debía haber escuchado centenares de sermones y canciones, y al Padre local al parecer le gustaba tanto que lograba introducirlo hasta en los sermones festivos como el de víspera de Navidad de hoy. La mayoría de los feligreses lo veía igual que Anna, probablemente ya ni escuchaban, a lo mejor era simplemente eso...

Pero, aun así, había algo más que corrientes de aire y aburrimiento: como la vez pasada, algo parecía acechar en la penumbra de la iglesia, figuras oscuras, flotantes, que se escondían entre los agitados mantos de humo de las mujeres y el brillo metálico de las armas de los hombres. De alguna manera, hoy estaban más inquietos que antes, y Anna volvió a tener la impresión de que en cualquier momento vería el rostro de la monja asesinada. Por precaución se agarró con ambas manos en el banco de madera e intentó concentrarse en averiguar de dónde venía esa sensación tan rara.

Por fin, después de un tiempo, se dio cuenta de que la serenidad en la iglesia no era más que una ilusión. En lugar de permanecer en sus asientos, varias personas se desplazaban silenciosamente una y otra vez, a la primera vista sobre todo mujeres, casi anónimas bajo sus amplios mantos. Pero los hombres hoy tampoco permanecían quietos: algunos soldados entraban y salían, intentado no hacer ruido. Los hermanos Peñalosa una vez aparecían y de repente ya no estaban. En realidad, eso no era nada raro, pero habitualmente los soldados que estaban de guardia o tenían alguna otra cosa que hacer, se limitaban a la zona de entrada de la iglesia, para no molestar durante la misa.

Hoy, al contrario, la inquietud se adentraba mucho más profundo en la iglesia. Anna perseguía algunas figuras con la mirada, y de verdad: di Neri, quien al inicio estaba en frente y casi al borde de la fila – Anna intencionalmente escogió un asiento lo más lejano posible de él – de repente estaba casi en el centro, cerca de unas mujeres tapadas (¿era una ilusión o realmente estaban conversando?), luego mucho más cerca de la puerta, y en algún momento había desaparecido

completamente de su campo de vista.

Incluso Orosco, con su típica armadura, en otras ocasiones siempre sentado en la primera fila, en el centro, hoy se movía, a veces sentado en frente, después entre los soldados en la entrada, luego de nuevo entre la multitud. Hasta el Padre, un hombre mayor de cara benévola y redonda, que generalmente se interesaba poco por los que lo escuchaban, se percató de la agitación, y miraba, claramente molesto, desde su púlpito de madera y variaba su sermón sobre Santiago con advertencias de la santidad de la iglesia y sus ritos, palabras que no produjeron ningún efecto en los feligreses.

Por el otro lado, Anna, al ver al Padre, cuya indignación no podía esconder su bondad, se acordó que no había tenido la oportunidad de hablar con él hasta ahora. Bueno, tampoco había existido ninguna razón para ello, por lo menos no desde su punto de vista, pero ahora... No dudaba realmente que Orosco, con su carácter paternal, actuaría de modo razonable y últimamente le ayudaría, aunque fuera solamente con su huida por los Andes. Por otro lado, confesarlo todo al cura y entregarse arrepentida a las manos de la iglesia... También podría ser una alternativa servible... Por si acaso...

Habría un escándalo, seguro, Francisca tenía absolutamente razón. Tendría que abandonar su identidad de hombre, por lo menos por un tiempo y en Chile, o quizás incluso en todo el Imperio Español, pero por otro lado si Neri estaría desarmado y ella segura... Qué raro que no se le había ocurrido ayer, pues valía la pena considerarlo. Incluso si no podría seguir actuando como hombre aquí y con toda la probabilidad tampoco podría quedarse como mujer, está Italia, Francia, Inglaterra... Las Provincias de los Países Bajos se separaron hace poco de España, seguramente allí podría hacerse pasar por desertor español, tampoco sería completamente mentira...

Esas consideraciones la distrajeron de sus miedos y la hicieron olvidar la atmósfera fantasmagórica hasta que terminara la misa, se abrieran las puertas y los ciudadanos de La Imperial se desplazaran lentamente hacia la mañana veraniega. Pocos días antes de Navidad, la mayoría estaba de un humor espléndido y tenían mucha curiosidad por el pesebre “viviente” de las dos hermanas.

Anna se dejó arrastrar por la multitud y decidió ver si podría encontrar a Orosco o al Padre en la plaza. O si verría a Orosco más tarde en su residencia. El cura ¿no iba a venir a cenar un día de esos? ¿A lo mejor hoy mismo?

Todavía no había salido de la iglesia cuando sus pensamientos fueron interrumpidos bruscamente por un grito estridente, chirriante. Al inicio había sólo una voz (¿Kalfüray?), más tarde varias, todas con la misma expresión de sorpresa y horror. La multitud se paró en algún lugar de la plaza, y Anna se abrió a empujones camino al punto muerto – estaba justamente frente al

pesebre. En efecto, Kalfüray estaba allí, su hermana la tenía en sus brazos, de veras debe haber sido su voz. Pero ¿a dónde miraban todos? Anna sólo logró verlo cuando logró hacerse un camino al pesebre entre los cuerpos.

La caravana de los Reyes Magos ya casi había llegado al establo, pero el suelo frente a ella estaba cubierto de sangre, delgadas, negruzcas corrientes pegajosas se escurrían por el pavimento y llegaban casi a los zapatos de los espectadores. Entre los cascos del camello de Rey Melchor yacía una figura retorcida, vestida de terciopelo. Los ojos de Di Neri, muy abiertos, miraban la nada, y desde centro de su cuerpo mutilado la estrella de Belén se alzaba en su pica de hierro.

Capítulo 11 Un puñal y una carta

Tanta sangre. Todo resbaladizo de sangre cuajada. En esa ciudad fronteriza, ver cadáveres no era nada insólito para nadie, probablemente ni siquiera para los niños. Pero la mayoría eran víctimas de la guerra, o a veces de peleas o duelos. Un cadáver cruelmente mutilado en el centro de la ciudad, en el pesebre frente a la iglesia por el otro lado... La mayoría sólo había escuchado de lo de Madre Isabel, además Orosco prohibía estrictamente los chismes... Pero esto, toda la ciudad había visto esto.

Anna estaba sentada en la mesa grande en la casa de Orosco y, apática, no prestaba atención al ajeteo en su alrededor. Tenía náuseas, todavía parecía tener lo de la plaza ante sus ojos.

...Kalfüray en shock y completamente destrozada, tal vez más por la destrucción de su obra que por la muerte en sí, niños que la consuelan...

...Los ojos muy abiertos de di Neri sobre su garganta despedazada, las horribles heridas y esta estrella ridícula que le salía del vientre....

...Orosco, pálido como un cadáver, da órdenes y expulsa a la multitud de la plaza...

...Francisca, inesperadamente fría y controlada, coordina el transporte del cadáver... Probablemente ya lo tuvo que hacer tantas veces...

O tal vez Anna no es tan dura como como ella siempre había creído, por lo menos eso era lo que le mostraban esos días en el fin del mundo... Le había tenido miedo a di Neri, por supuesto, pero nunca se había podido imaginar algo así, ni siquiera ayer, cuando estaba inventando esos planes ridículos.

Lo que más quisiera era simplemente desaparecer, pero ¿cómo? Y ¿a dónde? Y ¿qué sentido tendría, viendo que algo que apenas lograba perturbar a una amable anciana como Francisca, a ella, el “correo de su Majestad” le provocaba una sensación de horror e impotencia? Este pensamiento no la dejaba en paz.

En algún momento las cosas se empezaron a calmar, el cadáver fue llevado a la iglesia bajo la vigilancia de Francisca para ser lavado, y el padre fue con ellos. Algunos soldados expulsaron la multitud de la plaza, y las hermanas con la ayuda de algunos amigos se pusieron a reconstruir el pesebre. Orosco, visiblemente cansado, se sentó al lado de Anna en la mesa.

- ¡La suerte que vos tenéis! ¿Sabéis que en La Imperial nunca antes habían ocurrido asesinatos tan pérfidos? ¿Y desde que llegasteis vos, ya van dos?

Anna sólo tenía fuerza para negar con la cabeza, y Orosco rio sin alegría:

- No tengáis miedo, no creo que alguien seriamente os culpe de lo sucedido. Es simplemente que vos y el difunto son peces muy gordos para una ciudad tan chica, y no se puede evitar los chismes, incluso cuando fueran puros inventos... Y si se llegara a saber los detalles sobre di Neri...

Orosco vio la mirada tensa de Anna y explicó:

- Desde luego no está equivocado decir que había sido enviado por el virrey para averiguar sobre las posibilidades de cruzar los Andes, seguro que habréis visto que los indios usan esos caminos regularmente, y para el Imperio Español significaría un enorme paso adelante. Pero los papeles de Lima que llevaba consigo también indicaban que había sido obligado a abandonar la ciudad, y posiblemente era por su propio comportamiento. Y que haya tenido que huir hasta aquí, al fin del mundo, por supuesto también dice algo. Es entonces muy bien posible que esos asuntos, sean lo que sean, por fin lo alcanzaron hoy, y en este...

- ¡Lo vi ayer en la calle con una de las monjas, le siguió al monasterio! - soltó Anna de repente. Así su comportamiento tenía sentido...

Orosco, cansado, se frotó los ojos:

- Bueno, como veis, la cosa no es tan simple. Y últimamente no podemos arrastrar la reputación del monasterio por el fango por eso. Y vos, ¿estáis seguro de querer estar implicado en

esto?

Como Anna no reaccionaba, se encogió de hombros y siguió:

- Entonces, os sugiero lo siguiente: antes de que pasara lo de hoy, os quería mandar de vuelta a Santiago, con un reporte preliminar. Es verdad que no tenemos todavía al asesino de Madre Isabel, pero después de muchos ohs y ahs y mucho preguntar en todos lados por lo menos averiguamos de dónde venía el puñal. Resulta que pertenecía a su difunto esposo, al parecer era su vieja arma de guerra, una especie de tesoro de familia. Dicen que Isabel siempre lo llevaba consigo, porque no le había quedado mucho de su marido. Entonces podemos asumir que no era un asesinato premeditado. Tal vez una pelea, tal vez un amante indio de alguna de las muchachas se había introducido al monasterio. De cualquier manera, algo que no tendrá futuras consecuencias. Y eso es lo que vamos a escribir.

Al ver la mirada sorprendida de Anna, sonrió con cansancio y explicó:

- Sé cómo debe sonar, sobre todo para alguien tan joven como vos. Pero cuando hayáis pasado algo más tiempo en la política local, cosa que creo muy posible para alguien como vos, vais a aprender que el objetivo a veces puede ser más importante que los principios. Ya no podemos ayudar a Madre Isabel, ni tampoco al joven de Lima, pero a todos nosotros nos ayudaría mucho dejar descansar el asunto y no causar quebraderos de cabeza al gobernador. Ambas muertes tienen cara de incidentes aislados y con toda probabilidad no tendrán consecuencias para la ciudad, algo para mí, como cabeza secular y militar, es lo que más importa.

Suspiró, se volvió a frotar la frente, como si estuviera infinitamente agotado:

- Mirad, sé que sois un joven inteligente y os pasabais el tiempo aquí observando la ciudad. Si vuestras observaciones os permiten sacar otras conclusiones, me lo podéis decir, nos podrían ayudar con la búsqueda del asesino. En el caso contrario, os sugiero lo siguiente: no puede ser de vuestro interés estar implicado en algo tan delicado o incluso escandaloso tan al inicio de vuestra carrera – un correo puede llegar bastante lejos en Lima o Santiago, creadme. Y con respecto a mí, no puedo perder el control sobre la ciudad – algo que no va a pasar, los dos lo sabemos, pero tampoco podemos permitir que se produzca esa impresión en Santiago. Por eso propongo entonces que vos volváis a Santiago y entreguéis un reporte redondo sobre lo que tenemos hasta ahora. Hasta mañana puedo escribir una carta así sobre Madre Isabel para el gobernador, y también añadir algo sobre di Neri. No olvidéis que estuvo aquí casi desterrado y que no tiene familia. También os entregaré mi reporte regular, pronto vence el plazo, y si además podéis ir al monasterio y averiguar con hermana Isabel si tiene algún mensaje para el gobernador, podríais llevar toda una serie de documentos importantes a Santiago, mostrando vuestra habilidad para misiones extraordinarias. ¿Qué os parece?

Anna asintió con la cabeza, algo insegura: todo avanzaba demasiado rápido y parecía demasiado sencillo, pero quizás era solamente porque ella estaba como aturdida, un mocoso, y Orosco actuaba con la eficiencia de un soldado viejo y con mucha experiencia... Quizás...

- Bien, pensadlo entonces, - dijo Orosco – si estáis de acuerdo, yo podría tener todo listo hasta mañana o pasado mañana. Vos mismo podéis preguntar a hermana Isabel, pero deberíais dejarles a las pobres mujeres algo de tiempo para que se tranquilicen, entonces no lo hagáis antes de hoy en la noche o mañana temprano. Y ya vais a poder dejar todo esto atrás.

- ¿Y vos qué vais a hacer? - por fin Anna tuvo la fuerza de decir algo.

- No os preocupéis – Orosco parecía todavía cansado, pero estaba sonriendo de nuevo – cualquier cosa que averigüemos después, la podemos incluir en el reporte del año que viene, pero si tengo razón con mi teoría, no va a pasar gran cosa. Avisadme entonces, pero si queréis os lo podéis pensar durante un paseo, o en la taberna, ¡antes de que Francisca decida que estáis muy pálido y os mande a descansar a vuestra alcoba!

Le guiñó un ojo al correo y se levantó de la mesa. Anna decidió a seguir por lo menos su último consejo y salió de la casa para dar un paseo.

Pasó mucho tiempo recorriendo las calles, entre personas visiblemente agitadas, algunas de las cuales – así por lo menos era su impresión – bajaban la voz viéndola o la acompañaban con miradas hostiles. También pasó por delante del pesebre, donde una desesperada Kalfüray intentaba devolverle a la escena la dignidad robada por el asesinato.

Sus pensamientos no paraban de dar vueltas y vueltas a la propuesta de Orosco. Le pareció un error desaparecer, así como así, como si estuviera huyendo, o como si tuviera miedo de algo. O como si quisieran deshacerse de ella... Pero por otro lado: ¿por qué? Que Orosco, o Francisca, o incluso las monjas tuvieran algo que ver con los asesinatos era prácticamente ridículo... Sobre todo, porque Anna los había visto a todos en la iglesia, y di Neri debió haber sido asesinado después de haber abandonado la iglesia durante la misa... Y si el puñal realmente era de la propiedad de Madre Isabel, Orosco podría tener razón con su teoría de que podría haber sido asesinada durante una disputa, probablemente con alguien venido de afuera. Lo más probable debía ser efectivamente lo que había dicho Orosco, que un indio, tal vez amante o pariente de una de las muchachas, se había introducido a hurtadillas al monasterio y se había topado con Madre Isabel. Y algo así... ¿no sería fuera de la jurisprudencia española? Orosco seguramente tiene razón, tiene mucha más experiencia y conoce mucho mejor al país y sus gentes.

Y sí, la esperanza de abandonar esa ciudad asesina era demasiado seductora. Ni siquiera las

perspectivas profesionales le importaban, ahora todo le parecía menos importante que la idea de por fin poder dejar atrás esos muros ensangrentados, y también esas pesadillas y esas raras visiones susurrantes de espíritus y muertos, que la perseguían cada vez que pisaba la iglesia... ¿O sería mejor confesar? De todos modos, debería ir con las monjas y preguntar por un reporte al gobernador, y luego quizás sí con el Padre, y a más tardar mañana se verá....

Después de dar varias vueltas por la ciudad Anna empezó a sentirse un poco más tranquila. Va a seguir el consejo de Orosco, y luego se verá. Lentamente empezó a fijarse más en su entorno: había pasado por lo menos tres veces la iglesia, de la cual escapaban sonidos curiosos – más exactamente era el pequeño edificio anexo, en el cual se escuchaba algo así como chapoteo de agua y voces bajas. Indecisa, Anna quedó parada frente a la puerta. ¿Estaba allí el cadáver? Tal vez por lo menos di Neri no la perseguiría en sus pesadillas si ahora lograba enfrentarlo. Cerró los ojos, respiró profundo, los volvió a abrir y entró por la baja puerta.

Capítulo 12 Historias de fantasmas

Entró en una habitación pequeña, iluminada por pocas ventanas, con una mesa en el centro. En realidad, era la casa del cura, pero se notaba por la falta de objetos personales que estaba acostumbrado a utilizarla en los más diversos servicios de la ciudad.

Ahora había varias mujeres en la habitación, que bajo el mando de Francisca estaban preparando a di Neri para el entierro. En el suelo alrededor de la mesa había varias palanganas con agua ensangrentada, las ropas de terciopelo de di Neri, antes tan preciosas, estaban tiradas en el suelo, en un montón arrebujado, juntos con unos trapos manchados de sangre. El cadáver estaba en la mesa, lavado y blanco como yeso en la escasa luz de la habitación. Hasta las heridas abiertas parecían ahora, que ya no sangraban, de alguna manera... limpias, casi clínicas.

Las mujeres hacían su trabajo de manera tranquila, mesurada, limpiando la habitación, doblando

sábanas, con una naturalidad que le volvió a recordar a Anna que aquí estaban en un lugar donde la muerte era algo cotidiano. Lo verdaderamente extraordinario de este caso era el lugar del hallazgo, pero eso no era suficiente para romper su rutina en el trato con la muerte. Nadie miró al correo cuando entró por la puerta y Anna tuvo que buscar a Francisca para poder hablar con alguien. Ésta se esforzó por sonreír, pero sus ojos color castaña miraban sin alegría.

- ¿Tenéis un encargo de Orosco para mí?

- Nnn.. no... Yo... sólo estaba... ¿Ya sabéis algo? ¿Quiere que le diga algo?

- No, no os preocupéis, no había nada extraordinario en el cadáver, nada que él necesitaría saber con urgencia, simplemente era alguien a quien todos conocíamos bien, es todo... ¿De verdad nunca habíais visto algo así? ¿No me digáis que las ciudades del Norte han cambiado tanto desde mis días que algo así ya no pasa? ¿Han cambiado tanto las costumbres?

- Por lo menos no han cambiado lo suficiente para que vuestros muertos permanezcan en sus tumbas – dijo en voz baja una de las mujeres, que estaba levantando los trapos ensangrentados del suelo.

- Oh, Josefa, ¡no empieces con tus historias! – la interrumpió otra.

- Pero es verdad, pasé toda mi vida en ese país maldito, y en todos los lugares a dónde va la gente de mi padre, los muertos no se quedan en sus tumbas y merodean por la noche.

Anna miró detenidamente a la mujer. Ya no muy joven, mostraba, como Francisca, una mezcla de rasgos europeos e indígenas, y Anna sabía que ese tipo de “relaciones”, sobre todo en los primeros años de la conquista, no solían ser voluntarias. ¿Era esa la razón para ese tipo de historias? Mientras tanto, Josefa siguió hablando:

- ¡No me digáis que no habéis oído a la monja muerta por la ciudad en las últimas noches! Anda por las calles y siempre llama a alguien. No me sorprendería si se hubiera llevado a este – indicó en la dirección del cadáver – y a partir de ahora caminaran juntos. Entonces no estaríamos seguros en ningún lugar.

Anna se estremeció involuntariamente, su padre le había enseñado que el coco era una tontera, y ella siempre se había atendido a eso, pero... Tal vez eso era la explicación para sus repetidas visiones y pesadillas, y realmente sólo tendría que abandonar La Imperial para que todo eso parara. La otra mujer hizo la señal de la cruz.

- ¿No me digas que se convirtió en la Llorona? ¿Crees que está llamando a alguien? ¿Acaso a sus hijos? ¿Eran esas las voces nocturnas? ¿Crees que a nosotros también nos alcanzó esta desgracia?

Josefa asintió con una expresión lúgubre.

- Por supuesto, si ya dije que va a todas partes a dónde van los españoles. Lo único que no sé es qué van a hacer los brujos mapuches... Sabéis bien que aquí comienzan las tierras de los brujos.

A esas alturas todas las mujeres en la habitación estaban escuchando a Josefa, algunas asustadas, otras preocupadas, pero nadie parecía tener ni la más mínima duda en las palabras de Josefa.

- ¡Paren ya!

La voz de Francisca sonaba muy fuerte y decidida.

- ¡Sabéis todas muy bien que Orosco no permite esos rumores ridículos! ¡El Padre tampoco va a quedar muy contento si aquí, en su casa, os pongáis a repetir cuentos paganos! ¡Mejor pongados a limpiar! ¡Caballero! - ahora se dirigía a Anna – tal vez lo mejor ahora sea que os fuerais, ¡antes de que se conjuren aquí todos los demonios de esas tierras!

Anna asintió con la cabeza y abandonó la casa sin hablar, pues todo indicaba que a las mujeres les esperaban serios problemas: el régimen de Orosco se imponía en todos los niveles, con la ayuda de sus asistentes, de manera aparentemente natural, pero implacable. Sin embargo, apenas había salido a la calle cuando sintió a Francisca a su lado, quien le hablaba en voz baja, pero con mucha urgencia.

- Vos ¿teníais algo que ver con esto? ¡Sead honesta conmigo!

- No, Francisca, lo juro, ¡yo nunca mataría a alguien! ¡Ni siquiera podría herir! ¡Además, yo estaba en la iglesia!

- Bueno, si te creo, pero ¡espero que vos me creáis que aquí no estáis segura! ¿Habéis considerado mi propuesta?

- Sí, pues, bueno...

Todo era demasiado, y demasiado rápido, el aire todavía olía a sangre, no sabía bien qué decir o pensar, pero Francisca no tenía paciencia para ello:

- Bueno, entonces vengad a hablar conmigo, lo mejor sería hoy en la noche, podríamos hablar tranquilamente.

Se dio la vuelta y dejó a Anna sola de nuevo, así que siguió recorriendo las calles, para también recorrer mentalmente todo lo ocurrido hasta el día de hoy. Había viajado al Nuevo Mundo para conocer cosas nuevas, pero desde que llegó aquí, toda su visión del mundo se había

convulsionada como nunca antes. Estos asesinatos sin ningún sentido aparente, esta atmósfera en la ciudad, personas que nunca resultaban ser tales como parecían al inicio, todo era tan diferente o no tenía ningún sentido. En algún momento se pilló pensando que la llorona y los brujos voladores en este lugar parecían mucho más naturales que muchas otras cosas en las que había creído hasta hace pocos días.

En este recorrido, caminó lentamente en la dirección del monasterio, por un lado, por obligación – todavía tenía que pedirles a las monjas su reporte o mensaje para el gobernador en Santiago – y por otro para para confirmar o refutar su intuición para lo bizarro de esta ciudad. Pensándolo bien, fue allá donde por primera vez tuvo esa sensación rara. Además, cada episodio de esa historia tan rara hasta ahora empezó de una u otra manera en el monasterio... Y, ¿las dos Isabelas no dijeron que ya habían mandado una noticia por los canales eclesiásticos sin que Orosco lo supiera? ¿Qué dirán ahora? Todas razones para volver a aparecer por allí y echarle un buen vistazo a todo lo que estaba pasando en aquel lugar...

Los ya bien conocidos muros la recibieron con una puerta abierta, llanto fuerte y una atmósfera general de ajeteo. Una y otra vez alguien corría por el patio oscuro sin parar y fijarse en el correo, así que éste tuvo suficiente oportunidad de observar el interior del monasterio más detenidamente que en ocasiones anteriores. Las pequeñas celdas que servían a las monjas como dormitorios estaban todas cerradas, de una de ellas se escuchaban sonidos sordos: alguien estaba conversando, pero sin apoyarse contra la puerta era imposible entender algo, y era mal momento para hacerlo.

El llanto fuerte venía de la cocina, una zona con una puerta grande, abierta, donde crecían hierbas, romero, ruda, perejil, frente a la zona donde vivían las monjas. Era aquí donde las muchachas seguían entrando y saliendo. Anna todavía dudaba si debería entrar, cuando Millaray salió. Parecía nerviosa y desmelenada, no tenía nada de su habitual energía vivaz.

- Ah, ¡sois vos, Miguel! ¿Sabéis que de verdad tenéis un olfato para embrollos?

- ¿Pero qué pasó? Justo quería entrar y ofrecer mis servicios....

- Gracias, pero no es necesario. O más bien imposible. Es Kalfüray.

- ¿Todavía está alterada por el pesebre?

- Sí, también es eso, o lo fue al inicio, pero alguien en la plaza le dijo que la última muerte era un castigo por haberle construido este pesebre para el dios de los españoles. Y porque no sabe si pueden haber sido los brujos o un Colo Colo, o el chupasangre Pihuichén – habéis visto toda la sangre en el suelo, verdad - ahora tiene miedo de morir. Está llorando, lleva por lo menos una hora así y no la podemos calmar, siempre llama por su madre y no quiere permanecer ni un día

más aquí.

- Y ¿qué dice Madre Isabel?

- Ninguna de esas ha aparecida por aquí, directamente después de la misa se encerraron en la celda de Diana, cuando por fin logramos traer a Kalfüray aquí, todo ya estaba cerrado.

- ¿Puedo yo ayudar de alguna manera?

- No lo creo, si viera a un español ahora, probablemente se sentiría aún peor. Tenemos que lograr de alguna manera que se calme, y después una de nosotras irá con nuestro padre y pedirá ayuda.

- A lo mejor ¿también deberíamos avisar a Capitán Orosco? ¿Seguramente podría ayudar? Yo puedo ayudarles con eso.

- ¿Qué? ¿Orosco? Sí, por supuesto, si vos decís... Decidme, ¿no tendréis chicha en vuestra cantimplora por casualidad?

Efectivamente, la pequeña cantimplora de cuero de Anna todavía estaba llena hasta la mitad desde el día anterior. Se la entregó enseguida a Millaray, contenta de poder ayudar de alguna manera, y se sentó sobre una tinaja vacía delante de la puerta para esperar el resultado. El llanto se estaba convirtiendo en sollozos y gemidos, se escuchaban Millaray y las otras hablando bajito, hasta que en algún momento todo se quedó en silencio, y una de las muchachas trajo, caminando de puntillas, mantas para Kalfüray.

Justo en el momento en que parecía reinar el mismo silencio profundo como la primera vez que Anna entró al monasterio, la puerta de la celda de Diana se abrió de golpe y ésta salió corriendo, seguida por las dos Isabelas, primero la tía, luego la sobrina. Diana llamó a viva voz a sus hijos:

-¿Diego, Inés, donde estáis? ¡Nos vamos!

- ¡No te atrevas! - eso era la Madre Isabel.

- A dónde vas a ir tú, ¡ramera! - gritó la sobrina, pero la mirada pétrea de su tía la hizo arredrar, y se calló.

- Eso no es asunto vuestro, no olvidéis, ¡no soy monja y no os debo obediencia!

- Aun así, soy responsable por ti y por tus hijos, porque llevas meses viviendo aquí, ¿o ya lo olvidaste? ¡Orosco me culpará a mí si algo pasa a uno de ustedes!

- Ya dejad de culparlo de todo, o ¿él también tiene la culpa de vuestras brujerías e intrigas contra mí?

Isabel ya estaba a punto de contestarle algo correspondiente, cuando vio al correo de reajo. Se dio vuelta abruptamente y refunfuñó:

- ¿Y vos qué queréis aquí?

En un instante, sin embargo, se logró controlar, se enderezó, con una mano se quitó una mecha de pelo de la cara, ordenó con la otra rápidamente su hábito y habló de nuevo:

- ¡Señor correo! ¡Sois verdaderamente el último a quien esperábamos a ver hoy! ¿Os podemos ayudar?

Anna ya había superado la sorpresa del primer momento y decidió a pagarle a la monja con la misma moneda. Levantó la barbilla muy alto y contestó con el arrogante fastidio que tantas veces había visto en los funcionarios reales:

-Estoy aquí en función oficial. Capitán Orosco terminará pronto su reporte a su Alteza el Gobernador Don Antonio García Oñez de Loyola en Santiago, de manera que en los próximos días voy a emprender el viaje de vuelta. Por ello os quiero pedir que igualmente terminéis vuestros respetivos reportes cuanto antes. Lo mejor sería mañana.

Dijo eso y vio con silenciosa satisfacción como las tres quedaron petrificadas. Sobre los rostros de las dos Isabelas se deslizaron en rápida secuencia pánico, sospecha, calculación, mientras en el de Diana se reflejaba sorpresa y algo que probablemente era una inspiración repentina. La Isabel mayor habló primero y sonó excesivamente amable:

- Desde luego, por supuesto, mañana tendré una noticia para su Alteza, después de todo hay mucho que comentar sobre nuestro monasterio. ¿Podéis pasar mañana después del mediodía – o quizás mejor por la tarde?

- Bien, se lo comentaré al Capitán, para que yo pueda viajar pasado mañana.

- ¿Ya pasado mañana?

- Bien, hasta entonces yo también tendré un reporte, creo que el Gobernador, como amigo y protector de mi difunto marido, debería saber más sobre lo que ocurre en el monasterio.

La voz de Diana tenía un sonido frío y exageradamente lento, como si quisiera que todos los presentes entendieran el significado pleno de sus palabras. Sin esperar una reacción, tomó sus hijos por la mano, entró en su celda y cerró la puerta de un golpe. Las monjas, y también las muchachas que estaban en la puerta de la cocina la seguían con la mirada, maravilladas. La cara de la joven Isabel se desfiguró de furia, pero bajo la mirada inmóvil de su tía obviamente no se atrevía a decir algo, y con eso toda la escena se dio por terminada.

Caminando de vuelta a la residencia de Orosco, Anna se preguntaba si encontrarían el cadáver

de Diana al día siguiente.

Capítulo 13 Diplomacia en tiempos de guerra

Orosco no estaba en su residencia, así que Anna se puso a recorrer todos los puestos de guardia de la ciudad con creciente impaciencia y nerviosismo. Todo el tiempo se imaginaba la reacción del cacique al recibir sus dos hijas de vuelta, tan de imprevisto, casi huyendo, y con Kalfüray tan visiblemente afectada. Y también estaba Trangolemu, que ya en los buenos tiempos no quería a los españoles, y al ver a su querida hermana así, ni imaginar... Una crisis sería con toda seguridad inevitable, y quien sabe, podría llevar a una nueva erupción de la guerra. Estaríamos todos atrapados aquí, entre esos muros, como ratas en una caja de madera...

Orosco tenía que enterarse cuanto antes del peligro, pero no se le encontraba en ninguna parte. Era desesperante.

En su lugar se encontró en una de las torres pequeñas en el muro de la ciudad a los hermanos Peñalosa, que estaban conversando en voz baja con otros soldados. Anna ignoró las bromas de Miguel y preguntó a Gonzalo por la situación. Éste le guiñó un ojo, como para darle ánimo.

- No os preocupéis, no estáis solo aquí. Ya le vamos a ayudar.

De repente su corazón empezó a latir como loco escuchando su voz. ¿Por qué le pasaba eso siempre? ¿Por qué uno de esos bribones siempre le causaba tanta confusión? En realidad, los dos eran sospechosos después del asesinato (como la mayoría de los soldados, por cierto), pero sólo Gonzalo le daba esa sensación como de cosquilleo, como de una onda tibia que te levanta y te lleva... Era contradictorio, ¿no? No importaba, no había tiempo para dedicarse a cosas tan absurdas. Mejor concentrarse en el problema urgente de las hermanas.

- ¿Alguien ha visto a Orosco?

- ¿Aquí? No. Lo estáis confundiendo con un soldado raso.

Alguien del grupo le dijo en tono mordaz, pero nadie se rio sobre algo que otro día hubiera sido una broma excelente con ese forastero. Todos los soldados tenían una expresión bastante abatida, y la conversación no quería cuajar. A Anna incluso le parecía sentir sobre sí miradas hostiles y desconfiadas.

- Es que lo estoy buscando urgente, podría tener algo que ver con el asesinato...

Miguel gruñó, pero nadie contestaba.

- Bueno, si saben algo...

Por fin alguien del grupito le contestó, aunque no fue lo que esperaba:

- Entonces ¿qué estáis buscando aquí? O acaso ¿os parece que esas son cosas de gente honesta de la frontera? ¿Que somos igual de traicioneros y mentirosos como la gente de las cortes metropolitanas?

Tiene razón, yo, en vuestro lugar, buscaría más bien o a un salvaje o a un capitalino. Aunque justamente vos...

Se echaron a reír de nuevo, pero esta vez incluso la risa sonó hostil. Era muy obvio que estos hombres, si bien no creían en los malos espíritus de los que hablaban las lavanderas de cadáveres, sí creían en conspiraciones y traición, y que ni rango ni título ofrecían protección de su desconfianza, si uno era forastero. Y como probablemente sabían que ellos también estaban bajo sospecha... Probablemente era justo que sospecharan del correo... Pero sí era mejor irse y no provocar más su enojo... Ahora, con voz firme y expresión segura.

- Bueno, entonces voy a seguir buscando a Orosco, como dije, es importante.

Justo cuando estaba a punto de partir, Miguel le murmuró al pasar:

- Nos juntamos aquí mismo hoy, después de caer la noche y después de la última misa. Por varias razones, para vos es muy importante no perderse esta reunión. Pero no se lo digáis a nadie por ahora.

- Está bien.

Anna asintió con la cabeza. Ahora sí querían al correo para sus planes... ¿O podría ser una trampa? Habría que averiguar... Después de todo lo ocurrido en los últimos días, su capacidad de asombrarse parecía agotada, y se sentía propulsada más que nada por una curiosidad casi impersonal. Era un poco como si estuviera observando a otra persona intentando liberarse de una invisible red traicionera, sin que la afectara personalmente a ella.

Metódicamente buscó a Orosco por toda la ciudad, y dio con él finalmente en la casita del cura, sentado con el dueño en la misma mesa en la que hace poco estaban lavando el cadáver.

Anna miró por la puerta abierta, vio que estaban absortos en una conversación y tosió delicadamente.

- Capitán, pido perdón por la interrupción, pero tengo una comunicación urgente para su Merced.

- ¿Qué, las monjas han vuelto a pelear? ¡Vengad, tomad un vaso de chicha!

Los dos se echaron a reír, claramente no era su primer vaso de chicha. El cura llenó un vaso con la bebida para Anna, uno de esos de transparente cristal verde con decoraciones como gotas de cristal, como los que tenían en las casas elegantes en el Viejo Mundo – aunque no necesariamente en casas de curas pobres. Anna le agradeció, pero devolvió la conversación enseguida a la noticia urgente.

- Si, las monjas todavía se están peleando, pero les tengo que contar otra cosa, es importante y muy urgente.

- Todo lo que ocurre en la ciudad o tiene que ver con ella lo podéis decir en frente del Padre. ¡Pero sentados!

Entonces hay que proceder de otra manera, más lento, más decidido, o esos dos nunca te van a tomar en serio. Bueno. Con movimientos lentos, Anna se buscó un taburete de madera, se sentó en la mesa y tomó un buen trago de chicha. Respiró profundo, observó cómo los dos hombres mayores se burlaban del novato, y dijo lentamente, para que las palabras tuvieran tiempo de penetrar en los cerebros ya algo achispados:

- Las monjas se quieren agarrar a palos como siempre, pero alguien le contó a Kalfúray que el asesinato de di Neri era la venganza de los espíritus paganos por haber construido ella el pesebre. Ahora está muy preocupada y asustada, llora y quiere volver a la casa de su padre de inmediato.

La borrachera se desvaneció en un instante. El cura se llevó las manos a la cabeza, Orosco miraba a Anna sin pestañear.

- Eso es imposible, provocaría una crisis profundísima en nuestras relaciones con el cacique Pucón.

- Millaray me contó que planean mandar una de las muchachas a la población, para pedir que les vayan a buscar, cuando Kalfúray se haya tranquilizado un poco.

Orosco se frotó los ojos, reflexionó brevemente, se levantó y dijo:

- No. Eso es el inicio de una guerra. Voy a ir a hablar con las niñas, a intentar razonar con ellas. Por favor, mantengados a mi disposición, para el caso que necesite de su ayuda. Eso se lo pido a los dos. No lo podemos dejar así. Podéis seguir conversando mientras, el Padre me había

contado que hasta ahora no os habéis presentado con él.

Anna asintió con la cabeza y miró al cura, quien le sonrió muy amablemente. Era la primera vez que lo vio de cerca. Parecía más joven que en la distancia brumosa de incienso del púlpito, pero también más serio – eran probablemente el ralo cabello blanco y la mirada amistosa de sus ojos de un verde pálido, que desde lejos lo hacían parecerse a un anciano y amable gnomo. Más de cerca, se veía que su cara estaba surcada por varias cicatrices que se cruzaban y que le faltaban dos falanges del dedo meñique en la mano derecha. Él vio su mirada y le dijo, como para darle ánimo:

- No prestáis atención a las cicatrices, hijo mío, es que simplemente he visto demasiadas batallas. De paje joven formé parte de las campañas de Valdivia, sabéis, fui uno de los primeros españoles que se atrevieron a poner pie en este país desconocido al sur del Perú. En ese entonces, ¡nadie de nosotros hubiera podido imaginar que el clima se haría cada vez más frío cuando se avanzaba al sur! Fundamos ciudades y buscamos riquezas. Eran tiempos de mucha promesa, que por nada quisiera haberme perdido, aunque no todo se cumplió. Este – estiró hacia arriba el muñón de su dedo mutilado – lo perdí en la primera gran batalla por Santiago en septiembre de 1541.

- Pero... ¡eso fue hace más de cincuenta años! - balbuceó Anna.

- Por supuesto, hijo mío, me falta poco para cumplir los setenta, ¿acaso no se me nota? Bueno, supongo que los soldados de buena cepa, como yo, no envejecen de la misma manera que los funcionarios reales...

- Pero sois un sacerdote, ¿o no es así? Digo ¿un sacerdote de verdad, recibió las órdenes y todo?

- Después de la batalla de Tucapel, probablemente sabéis, Navidad de 1553, era nuestra primera derrota, Valdivia cayó en aquella batalla... Yo era uno de los pocos sobrevivientes, como un milagro, y allí decidí dedicar mi vida al Señor. Volví a Lima, donde ya había sacerdotes, iglesias y monasterios, y me quedé allí varios años. Pero terminé aceptando que el silencio y la calma del monasterio no es para mí. ¿Supongo que habéis escuchado que en la batalla por Santiago – volvió a levantar el muñón - Santiago Matamoros luchó con nuestra gente?

- Sí, eso me contaron en Santiago. - asintió Anna y decidió guardar su opinión sobre ese suceso.

- Quisiera haberlo visto yo también aquel día. Probablemente estaba demasiado ocupado conmigo mismo, no lo escuché hasta después de la batalla. Pero en Lima volví a acordarme de la historia, y entendí que podría servir al Señor en todas partes, en una fortaleza fronteriza tan bien

como en un monasterio en Lima o Madrid. Allí me volví enseguida a Chile, a la frontera, y desde entonces siempre estuve en la primera fila, como sacerdote y como soldado, y ayudé, con espada ensangrentada en la mano, a ensanchar cada día un poco más las fronteras del Imperio Español.

Su mano sobre la mesa se encorvó como si agarrara una espalda imaginaria, pero la voz siempre mantuvo el mismo suave tono instructivo.

- Todos tenemos una razón en la vida, hijo mío. El mío es luchar en el nombre del Señor, el de Orosco, construir una floreciente ciudad cristiana en el país de los salvajes. ¿Ya pensasteis, cuál podría ser el vuestro?

Anna, muda, negó con la cabeza.

- Pensadlo un poco. Vinisteis aquí desde Flandes – ese es vuestro hogar, ¿verdad?. Ni siquiera si os hubierais ido a China, hubierais tenido un camino tan largo. ¡Estoy seguro de que el Señor tiene planes para vos aquí! ¿Os podéis imaginar qué cosa sería? Tendría que ser algo que os hace cantar el alma, ¿sabéis, hijo? ¿Algo en el que vuestro hacer y vuestro ser se siente como una misma cosa?

- Bueno, sí – dijo Anna vacilante – en realidad sí vine al Nuevo Mundo para encontrar algo así. Pero los últimos días, esos horribles asesinatos... Y además creo que algunos aquí me sospechan a mí, porque soy extranjero...

- Sí, son tiempos difíciles, y no estamos en un lugar sencillo. Estamos en una guerra con los indios, sin que se divise un fin, y en los últimos años hubo aquí en el sur varias sublevaciones de soldados, porque quieren que se les pague con oro, y no con promesas, como siempre. Pero incluso aquí, asesinatos tan perversos son ... devastadores. Conocemos batallas, duelos, peleas, pero no monjas asesinadas por la espalda con un puñal....

Durante unos minutos reinó el silencio en la habitación, hasta que el Padre Tomás volvió a hablar.

- Pero hay que admitir que aquí, con Orosco, tenemos al mejor hombre para la tarea. Si hay alguien capaz de reestablecer la paz y encontrar a los asesinos, él es este alguien. Lo conozco desde hace más de veinte años, es un soldado excelente, creadme.

Padre Tomás le guiñó un ojo a Anna.

Y en cuanto a vos, hijo mío, no os preocupéis. Simplemente están nerviosos y desconfiados, pero todo el mundo sabe que Orosco os protege. No hagáis bobadas, eso es todo, y vais a estar seguro. También puedo incluir algunas palabritas sobre el tema en mi próximo sermón. ¿Estáis con nosotros?

- Gracias, Padre, sí, lo estoy. También le estoy verdaderamente agradecido, Padre, como al Capitán Orosco.

Alguien tocó con delicadeza en la puerta, y la cara preocupada de Francisca se apareció en la oscura apertura.

- Bueno, por lo menos están los dos aquí. ¿Y dónde estará el Capitán Orosco?

- Seguramente todavía en el monasterio, tenía asuntos importantes que conversar.

- Bueno... Les estaba buscando para llamarlos a cenar. No olvideis que todavía hay que preparar una misa, y vos, Padre, hoy no tuvisteis tiempo de preparar un sermón nuevo, pensad en eso. Miguel, por favor venid a la cocina después de comer, os quería preguntar algo.

- Sí, por supuesto, Francisca, como siempre tenéis razón. Y mi joven amigo, al parecer, también tiene mucho que hacer.

Padre Tomás, que ahora parecía de nuevo la personificación de amabilidad anciana, se levantó de la mesa, y Anna le siguió. No fue hasta ese momento que se percató de cuánta hambre tenía. No había comido nada en todo el día, primero porque se había levantado tarde, y después por el asesinato y todo el alboroto en el monasterio y aquí. Con el estómago sonando, pero contenta, le siguió a Francisca a la residencia de Orosco. Hoy hubo una especie de guiso de verduras veraniegas, una delicia de muchos colores, con calabaza, frijoles, y otras cosas más, con pan fresco y tibio, y la infaltable chicha. “Soy realmente demasiado glotona” pensó Anna mientras recogía el caldo con el pan, pero esos breves minutos en la mesa la hacían olvidar todo lo lúgubre y horroroso de los últimos días.

Casi se le olvidó que Francisca quería hablar con ella, pero cuando ésta la llamó con un gesto en la cocina, la inundó la sensación vaga que la esperaba una conversación tan importante como desagradable. No tuvo que esperar mucho. Francisca cerró la pesada puerta, invitó a Anna a sentarse cerca del fogón y preguntó directamente:

- Ya, ¿qué decidiste, mi niña? ¿Te vas a San Juan? Te tengo un libro de cánticos, herencia de nuestra familia, lo puedes entregar a mi primo para que te crea y te ayude. Ahora, en verano, es la mejor época para cruzar los Andes. ¿Qué me dices?

- Hmm ... ¿Tal vez en unos días más?

Anna intentó parecer lo más amable y pícara que pudo, pero eso no le sirvió de mucho con Francisca cuando intentó explicarle sus razones:

- Es que yo pensé lo siguiente: Orosco seguramente aclarará la historia con la monja muy rápido, y si soy el primero en reportarlo en Santiago, con toda seguridad eso va a mejorar mi

posición con el Gobernador Loyola. Un protector es siempre útil en la corte, y cuando tenga una mejor posición, voy a estar mucho más segura ...

- Pero para vos es mucho más sencillo simplemente desaparecer y volver a convertirnos en mujer – la interrumpió Francisca.

- Sí, pero cuando tenga un protector en la corte, también voy a estar segura, o incluso más – le contradijo Anna – mirad, voy a intentar ejercer el plan tal cual, por ahora, y si no me funciona, me escapo enseguida a San Juan, ¿le parece?

Anna le mostró su sonrisa más ingenua y dulce, pero Francisca sólo la miró con escepticismo y preguntó:

- ¿Cruzar los Andes, atravesando tierras de indígenas, así nomás, sin ayuda ni preparación, porque de repente tenéis que huir? ¿Y qué pasará si vuestro plan no funciona?

Anna tercamente se encogió de hombros como única respuesta.

- Bueno, por lo menos ya adoptaste alguna que otra manía de hombre.

Francisca dijo esto en un tono exageradamente seco, se dio vuelta y empezó a chacolotear con las cazuelas. Anna ya casi abandonó la cocina cuando Francisca la llamó una última vez:

- ¿Pero me prometes venir conmigo de inmediato si te metes en problemas?

- Lo prometo – dijo Anna aliviada y se escabulló por la puerta.

Con el inicio de la misa nocturna, las disonancias que Anna percibía en la atmósfera se intensificaron. Menos solemne que las misas de domingo o días de fiesta, esta misa tenía en la ciudad fronteriza mucho menos público, y Anna nunca había asistido. Hoy por el otro lado, después de haber cenado con el sacerdote, no tenía buena excusa y se dirigió con el Padre y Francisca a la iglesia. Allí esta última comentó que hoy estaba mucho más lleno que de costumbre: todas las mujeres que habían ayudado a lavar el cadáver ya estaban en la iglesia cuando entró el Padre, y también los soldados que Anna encontró en la torre de guardia estaban allí, apelotonados todos cerca de la entrada. Del monasterio, sin embargo, no había llegado nadie, y Orosco tampoco había vuelto. Tenía pinta de problemas serios con el cacique, de verdad muy mal.

Padre Tomás improvisó su sermón – Anna ya había sospechado que él lo hacía bastante a menudo – y le resultó inesperadamente pacífico, si bien algo impersonal. Habló del amor al prójimo y de la confianza, y también de que había que abrir su corazón a lo extraño para superar lo terrible. Anna lo escuchaba a medias, pues cada vez que el Padre decía algo, se preguntaba qué pensaban sobre eso los soldados, enfurecidos y desconfiados como estaban,.

Capítulo 14. Nuevas de los Césares

Los últimos rastros de armonía o tranquilidad se hicieron polvo mientras Anna caminaba después de la misa a la torre de guardia. Había necesitado tiempo y una mentira inofensiva para poder salir de casa tan tarde, pero Orosco tampoco había vuelto, y así por fin Anna logró escabullirse. Ya era de noche, las calles de la ciudad se veían abandonadas, y sus pasos retumbaban constantemente sobre el seco y duro suelo arcilloso de los callejones. Se acordó de las palabras de Josefa de esa misma mañana sobre la monja muerta que supuestamente recorría la ciudad nocturna, y decidió que tal vez eso era la mejor explicación, una muy terrestre y mucho más fácil que espíritus inquietos. Por otro lado, eso planteaba la pregunta de quién andaba de noche por la ciudad vacía y por qué, y en este caso su imaginación le ofrecía miles de posibles soluciones, unas más cruentas que otras.

Menos mal que ya estaba llegando a la torre, su silueta se distinguía como un macizo negro en el azul oscuro del cielo. Anna se sacudió sus miedos cada vez más absurdos, abrió casi sin esfuerzo la pequeña puerta que se divisaba como una mancha turbia en el muro y subió a tientas la escalera de caracol de madera de la pequeña torre. Mucho más pequeña que la torre en la puerta de la ciudad, era poco más que un mirador techado, una minúscula cámara flotando sobre los muros de la ciudad. Durante el día, ofrecía una vista del río que serpenteaba por el bosque, con algunas poblaciones mapuches esparcidas por el verde selvático, pero ahora se divisaba nada más que una masa negra y densa de árboles, atravesada por una cinta brillante de agua. Dentro de la torre misma se veía aún menos, sólo hasta donde alcanzaban los oblicuos rayos de luna en el suelo – no se encendieron luces para no atraer atención, ni en la ciudad, ni afuera. Aun así, Anna pudo reconocer que en la opaca oscuridad de la cámara se había juntado por lo menos media docena de personas. Entró con calma en el mirador y se apoyó en el marco de la primera ventana al lado de la puerta.

- ¿El correo? ¿Qué diablos queréis vos aquí? - preguntó en tono rudo una voz ronca que Anna no supo reconocer enseguida.

- Él es de fiar, nosotros lo invitamos y respondemos por él.

Eso era Gonzalo, su voz igual de ruda. Bien. En caso de duda Anna no estaba sola.

Poco a poco iban llegando más hombres, siempre en absoluto silencio. Anna reconocía a algunos, a otros, sin embargo, no. Casi todos preferían permanecer en la más completa oscuridad, y no traicionarse con nada. Cuando por fin, no sabría decir después de cuántos minutos de espera, Miguel Peñalosa habló, sonó tan fuerte y tan inesperado en el silencio total que Anna se sobresaltó.

- No tengo que explicar a nadie el porqué de nuestra reunión hoy. El correo está aquí porque lo invitamos, nosotros – Gonzalo y yo – respondemos por él. Es un buen muchacho, y vamos a necesitar un lazo al norte, ahora que di Neri está muerto.

- ¿Pero vamos a poder seguir sin él? – lo interrumpió uno de los hombres sentados en la oscuridad.

- ¡Por supuesto! Todavía somos muchos, tenemos suficientes armas y nuestras relaciones con los mapuches son buenas. Hasta podríamos contar con algo de ayuda de Orosco si no le revelamos demasiado. Eso lo podemos arreglar entre Gonzalo y yo. Pero deberíamos pensar bien cuáles son los pasos a seguir y qué exactamente les vamos a decir a los indios, pues el muerto era el encargado de todas las negociaciones con ellos.

- ¡Hubiera sido mucho mejor si todos supiéramos qué fue exactamente lo que les prometía en esas negociaciones! - sonó de nuevo desde la oscuridad.

- Bueno, es demasiado tarde. Tenemos que mirar cómo retomamos esas negociaciones, para que no se produzca ningún daño.

- ¿Y quién hará eso? ¿Quién irá voluntariamente con esos salvajes? - insistía la misma voz, y Anna por un momento parecía recordar de quién era esa particular voz áspera, pero el recuerdo se le volvió a escapar casi de inmediato, pues se le ocurrió algo mejor, o por lo menos más urgente.

- ¿Por qué no lo intentamos a través de las hijas del cacique? - Por un momento Anna estuvo sorprendida de lo firme y decidida que sonó su voz en la oscuridad – su padre las quiere mucho, yo mismo lo vi, seguramente prestaría atención a sus amigos.

- ¿Esas niñitas tontas? - refunfuñaron varios soldados.

Miguel por su parte reflexionó brevemente y dijo:

- Merece la pena intentarlo. Tampoco tenemos otras opciones, pues nadie más de nosotros tiene libre acceso a la puebla de los indígenas. ¿Vos podéis persuadir a las muchachas?

- Seguro. - contestó Anna brevemente. Breve era ahora su mejor estrategia, para no traicionar su nerviosismo con la voz.

- Bueno, eso está arreglado. ¿Entonces podemos seguir planificando nuestra expedición?

Unas nubes en rápido vuelo taparon la luna, y la pequeña cámara se hundió en las más profundas tinieblas de azul tinta, sólo ocasionalmente interrumpida por rayos finos que por algunos segundos temblando iluminaban una cara, una silueta o una mano en la empuñadura de un arma. Los hombres, sin embargo, no se dejaron impresionar por esa rara lobreguez y las preguntas de Miguel provocaron murmullos de aprobación.

- Bueno. Hagamos una revisión de todo entonces. ¿Cómo estamos con armas y armaduras, José?

- Bien. Hicimos como nos dijo el italiano y guardamos una parte como reserva. Tenía razón, si cada uno lo hace despacio y en poca cantidad, nadie se da cuenta. Y, desde luego, es muy útil tener un proveedor de esas cosas en la ciudad misma. Un par de meses más y tendremos suficiente para equipar bien una expedición a las tierras del sur.

- ¿Entonces será imposible aprovechar este verano? - gritó alguien desde un rincón.

- Incluso si hubiera sido posible con nuestras armas, la muerte de di Neri nos desbarató todo. - ahora Gonzalo se involucró en la discusión – Además no olvidéis que cuánto más nos adentramos al sur, tanto más corto y fresco el verano y peor el clima. Y no falta mucho para Navidad, no tendríamos mucho tiempo para llegar a nuestro destino antes de que caiga la nieve.

- He escuchado que en la Ciudad de los Césares no hace frío, aunque esté en el sur – interrumpió de nueva la misma voz del rincón oscuro.

- ¿Pero cómo puede ser si está en el sur extremo? En Osorno definitivamente hace más frío que aquí - contestó Gonzalo secamente.

- Osorno tampoco es la Ciudad de los Césares, sino solamente una fortaleza española – le volvió la contestar la voz. Obstinado el muchacho.

- Exacto, ¿en una ciudad en la que las calles están pavimentadas de oro, no puede haber algo como mugre o frío! - gritó otra voz.

- ¡Qué estupidez! - Anna nunca había visto a Gonzalo tan enojado – todos habéis estado en el Cuzco, la ciudad más espléndida del mundo ...

- Menos la Ciudad del los Césares – gritó alguien, pero Gonzalo lo ignoró.

- ... ¿y era el Cuzco muy diferente de algún otro lugar del mundo en este sentido? ¿Allí nadie

pasaba hambre, nadie pasaba frío, nadie estaba sucio?

Los soldados callaban, pero gruñidos descontentos en los rincones indicaban que no todo el mundo estaba convencido. Después de algún tiempo Miguel terminó la pausa forzada:

- De cualquier manera, sabemos que no podemos partir enseguida. Tenemos que esperar la próxima primavera y partir luego muy temprano. ¿O a alguien se le ocurre algo mejor?

El silencio total que reinaba le dio algo de confianza, y siguió hablando en un tono algo más conciliador:

- Además, la espera nos permitirá aprovechar otra fuente importante. Antonio, ¿cómo están las cosas en las lavanderías de oro? ¿Allá están dispuestos a ayudarnos?

Una voz desde la oscuridad, seguramente el mencionado Antonio, contestó ronco:

- Sí. Tardó mucho porque tuve que recorrer distintos campamentos de lavado de oro. La gente de por aquí cerca le tiene demasiado miedo a Orosco, para hacer algo sin su consentimiento, pero más cerca de Villarrica logré encontrar a alguien dispuesto a entregarnos oro a cambio de participación en las ganancias. Todavía estamos negociando las cantidades.

- ¡Excelente! ¿Hasta la primavera que viene es suficiente tiempo?

- Sí.

- Entonces permanecemos quietos hasta la primavera, y seguimos actuando como hasta ahora, sin llamar la atención. Si fuera necesario os van a llamar como en esta ocasión.

Las nubes casi desaparecieron, y con ellos el entusiasmo de los hombres. No había nada más de que hablar, todas las discusiones se disolvieron en el nada y los soldados abandonaron la torre con la traicionera luz de luna. Anna era uno de los últimos, y Miguel la tiró ligeramente de la manga para detenerla.

- Estáis de acuerdo ser nuestra conexión con los indios, ¿verdad? Antes no tuve ocasión para avisaros, pero tengo la impresión de que ¿siempre estáis dispuesto a participar en una buena aventura

Su sonrisa resplandeció brevemente en un azulado y escurridizo rayo de luna, y Anna no pudo decidir si esa sonrisa le pareció amable o amenazadora. De cualquier caso, los hermanos Peñalosa eran mucho menos divertidos de lo que pensaba al inicio. Aun así, le seguía gustando cómo Gonzalo no perdía la tranquilidad y su capacidad de no perder la cabeza en una discusión. Ella tendrá que estar a su altura para esta aventura.

- Pero sí tengo una condición. Si voy a participar, voy a necesitar todo vuestro apoyo, y

también hablar con vuestro proveedor. Quiero saberlo todo.

- De acuerdo, Lo tendréis. Mañana hablaremos.

Y en un momento se lo había tragado la oscuridad de la escalera.

Anna caminaba con pasos rápidos por las calles nocturnas. La noche fría – ¿o era la tensión? - le hizo castañetear los dientes descontroladamente, y en sus oídos este castañeteo se mezclaba con el retumbar de sus pasos para formar una cacofonía fuerte que eclipsaba todos los demás sonidos.

Su cabeza todavía zumbaba de la reunión. Era obvio que la historia con la ciudad de los Césares era mucho más seria y llegaba mucho más hondo de lo que había pensado, pero lo que también estaba claro era que ni los soldados sabían bien en qué se estaban metiendo exactamente – aunque la mayoría al parecer creía sinceramente en la existencia de la mítica ciudad. ¿Di Neri sabía de todo esto? ¿Debería contarle a Orosco todo esto? Y Miguel, ¿siempre estuvo tan metido en eso o está intentando ponerse a la cabeza ahora, aprovechando la oportunidad? En el futuro inmediato, los soldados no harían nada, eso lo acababa de ver... ¿No sería entonces lo mejor seguirlos observando un tiempo más? ¿Pero qué si esta conspiración – pues eso era claramente – tenía algo que ver con los asesinatos?

Por otro lado, la muerte de di Neri ocurrió en un muy mal momento para los soldados, también eso lo había visto, y ni siquiera habían mencionado el asesinato de la Madre Isabel, como si no tuviera ninguna importancia... ¿Pero quién más en la ciudad sería capaz de algo así? Después de lo que había escuchado en el monasterio, Anna había supuesto que tendría que existir una conexión entre los dos, pero ahora ya no estaba tan segura... Además, la seguía torturando una vaga idea - quiénes eran los dueños de las voces en la cámara, los había escuchado ya, pero dónde... Pensaba que los debía poder ubicar...

Todo parecía tan absurdo y tan amenazador, y poco a poco empezó a tener la impresión que el oscuro laberinto de los callejones se estaba cerrando sobre su cabeza. Se sintió enormemente aliviada cuando por fin se encontró frente a la residencia de Orosco y lentamente abrió la puerta, cuyo gemido ahora incluso le inspiraba confianza, y de nuevo la hizo sentirse segura.

Adentro la esperaba, en lugar del deseado silencio y oscuridad, agitación sin ruido y una tensión que se sentía casi físicamente. En toda la sala ardían velas, y Orosco, visiblemente emocionado, se paseaba por todo su largo.

- ¿Dónde os habéis metido? ¿No os he pedido esperar?

Sonaba furioso, sin rastro de su habitual actitud paternal. Anna sólo fue capaz de tartamudear:

- ¿Yo? Yo sólo fui... Yo nada más quise...

Pero la expresión de Orosco ya volvió a mudar, de nuevo sonreía, dando palmaditas en el hombro al joven correo:

- No os quise asustar, os pedí que me esperaseis, pero sé que se hizo muy tarde. Estuvimos preocupados. Sentaos, tenemos algo urgente de que hablar.

Apenas terminó de hablar cuando se sentó en la mesa, se llenó un vaso de chicha y ofreció otro vaso a Anna. Ella le obedeció muda: el día de hoy era probablemente el más agitado de toda su vida, y su capacidad de tener miedo o preocuparse pareció simplemente agotada. Se sentó en la mesa sin tocar la chica, y escucho el discurso pesimista de Orosco.

- El asunto es que... la chiquilla, Catalina, simplemente no se quiere calmar. Pasé horas allí, hablé con ella, hablé con su hermana, Magdalena. Fue todo en vano. Así como está ahora, sólo está provocando alboroto entre las muchachas. Y las monjas están tan peleadas, que no sirven de ayuda, todo lo contrario... ¿Vos sabéis que Diana se encerró con sus hijos en su celda y se niega a salir?

Anna asintió con la cabeza sin hablar.

- Tuve que prometerle que volvería mañana para resolver el problema entre ellas. Pero, desde luego, así no pueden ser un modelo a seguir para las muchachas... En breve: Catalina y Magdalena no pueden seguir aquí por ahora, entonces les prometí que mañana podrían volver al población de su padre. Por lo menos por un tiempo, pues sobra decir que estarán muy bienvenidas aquí en el momento que lo deseen. ¿Me podéis seguir?

Anna asintió de nuevo, aunque en realidad no estaba muy segura.

- Excelente. Pues es en este punto que necesitareé vuestro consejo. Me estoy preguntando cómo vamos a mandar a las muchachas a su casa sin poner en peligro nuestras relaciones con el cacique. Las niñas os ven como su amigo, así que si podéis persuadirlas...

- Las puedo acompañar – las palabras le salieron como un disparo – soy el único de nosotros que ya ha estado de visita en la puebla del cacique, y quien nunca ha estado involucrado en un conflicto con los indios de aquí. Como vos mismo decís, las muchachas me ven como un amigo, muy distinto de la mayoría de los soldados de la ciudad. Si me podéis prestar algunos hombres para el camino hacia la puebla, las podría acompañar a la casa de su padre como guardia oficial español y cuidar de que no se diga o haga nada demasiado perjudicial.

Anna intentaba controlar sus emociones, pero su corazón latía como loco, su cansancio estaba como evaporado. ¡Una nueva, tan grande oportunidad de volver a investigar entre los Mapuches! ¡Entonces tenía razón con no escuchar a Francisca y rechazar su propuesta! ¡A lo mejor esta vez podría averiguar más sobre Trangolemu, y también ver bien qué es lo que hacen sus hermanas cuando las monjas no las vigilan! ¡Y todo eso con la protección de una misión oficial! Los soldados con sus conspiraciones y las voces sospechosas en rincones oscuros tendrán que esperar hasta su regreso.

-¿Estáis seguro? En la puebla estaríais solo y solamente podríais fiaros de la amistad de los indios.

- Sí, lo sé. Eso no me da miedo.

- Excelente, ¡entonces resolvimos el problema! - Orosco parecía aliviado y tenía de nuevo esta sonrisa pícaro que Anna ya conocía tan bien, pero de inmediato volvió a estar serio – Lo más

importante, sin embargo, son dos cosas: una, por supuesto, es llevar a las muchachas a casa sanas y salvas, lo cual no debería ser demasiado difícil, y luego – levantó el dedo índice de la mano derecha en el aire, como si quisiera agarrar lo dicho en el espacio – convencer a las dos y a su padre de que La Imperial es el mejor lugar para ellas y que deberían volver aquí, si no ahora mismo, tal vez que lo hagan en algunos días o semanas. ¿Qué me decís, lo podéis lograr?

- En cualquier caso, lo voy a intentar. Podéis contar conmigo. - dijo Anna, mientras en sus pensamientos ya estaba revisando todas las posibilidades que esta inesperada excursión le ofrecía.

- ¡Muy bien! En este caso, Pedro irá de inmediato al monasterio, para informar a las muchachas que mañana viajáis con ellas. Así que, a la cama con vos, porque mañana hay que empacar y viajar lejos.

Capítulo 15. Diplomacia para principiantes

Después de una noche negra, sin ruidos ni sueños, Anna despertó en una ciudad extraordinariamente ocupada. La noticia sobre la salida de las dos hermanas mapuches ya había recorrido todo el pueblo y casi hizo que el asesinato de ayer perdiera importancia. Al parecer todo el mundo estaba dedicado a equipar un grupito de soldados iban a proporcionar una guardia imponente y sobre todo segura. Algunos – en primer lugar, algunas – también hacían las preparaciones para mandarles algo a sus parientes en la población mapuche – entonces había más y más complejas relaciones entre los distintos campos en la zona fronteriza de lo que Anna había supuesto en su ingenuidad.

En el caos de las preparaciones generales, no le costó nada escaparse brevemente para hablar con Miguel Peñalosa, quien estaba en el establo y preparaba junto con otros los caballos para el viaje. Con cara tranquila y bajo el pretexto de querer ver los caballos antes de viajar, se acercó a él y le contó susurrando sobre su misión entre los mapuches. Miguel se rio:

- Es una excelente noticia. ¡Entonces yo tenía razón involucrándoos!

- Según parece me voy a poder quedar varios días, eso debería darme suficiente tiempo para ver si puedo averiguar algo de los mapuches. Así que ahora es el momento para que me contéis todo y para encontrarme con vuestro proveedor.

Esperó su respuesta con la respiración contenida, pero él sólo la miró con una sonrisa rara y le dijo en voz baja:

- La entrada trasera de la taberna en un cuarto de hora. ¡Sin falta!

- ¿La entrada trasera?

- Sí, por la calle paralela, o ¿queréis que todo el mundo os vea?

Poco después, Anna se acercaba, intrigada, a la calle donde, según sus cálculos, debería estar la entrada trasera de la taberna. Miguel ya estaba allí, cerca de una puerta baja, entreabierta. Le hizo una señal con la mano sin hablar. Anna entró, y él cerró silenciosamente la puerta.

Cruzaron un minúsculo patio sucio y entraron al edificio, y también aquí Miguel cerró la puerta de inmediato. Cuando sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, Anna se dio cuenta de que, en realidad, no había nada particularmente interesante: era simplemente el almacén de una taberna, con odres, jarrones y frascos llenando cada hueco en el espacio acotado. El tabernero calvo estaba sentado en un taburete frente a un montón de odres amontonado en un rincón. Ambos hombres la miraban detenidamente, y nadie hablaba. Están intentando intimidar al novato, pensó Anna y decidió agarrar al toro por los cuernos.

- Voy a necesitar más detalles si quieren que cumpla con la misión.

- Lo que llamáis “misión” no es más que una simple tarea de reconocimiento. - Le contestó Miguel.

Entonces mejor me voy y me dedico a mis asuntos oficiales. Sabéis que no tengo mucho tiempo.

Anna asumió el mismo tono de funcionario arrogante que le había funcionado tan bien con las monjas. Y mira, aquí también, como si fuera un truco de magia, pues Miguel cambió de tono de inmediato:

- Tampoco es para tanto, hombre. Es que más que nada necesitamos entender en qué están los indios y si podemos seguir contando con ellos.

A lo mejor solamente le pareció, pero al hablar de los indios, sonidos sordos se escucharon por detrás de los odres. ¿Qué era eso? Y en ese mismo momento, el calvo habló. Su voz ronca llenaba el espacio y hacía temblar los frascos más frágiles.

- Por supuesto os vamos a pagar, y también vamos a dar algo para vos.

Se levantó con sorprendente ligereza y sacó desde algún rincón en la penumbra dos bolsitas de cuero, una un poco más grande que la otra.

- Esta – levantó la pequeña – es por vuestro servicio. Y esta – levantó la otra – es para los gastos que tendréis en la población.

- ¿Veis? Pensamos en todo. - dijo Miguel, visiblemente contento.

- Entonces ¿tengo la libertad de negociar lo que fuese necesario?

- ¡Sí, sí, por supuesto!

- Pero en este caso – Anna miró firmemente a ambos a los ojos – ¿no sería mejor hablar directamente con la persona con la que di Neri llevaba las negociaciones?

La miraron con una expresión tensa, pero sin contestarle, así que ella explicó:

- He visto a di Neri en el mercado con Trangolemu, el hijo del cacique... Por eso supongo que estaba negociando con él... ¿O acaso me estoy equivocando

El tabernero la miraba con el ceño fruncido, mientras Miguel le dijo con una sonrisa seca:

- Veis mucho para alguien quien supuestamente no tiene nada que ver con todo esto... Está bien, hablad con Trangolemu. Pero os advierto, di Neri no habló con nadie de nosotros sobre los detalles de sus negociaciones, y si os metéis en problemas con el indio por eso – es un muchacho bastante impulsivo – o con el mismísimo Orosco, nadie de nosotros tuvimos nada que ver.

- Sí, está bien. Y ahora permitidme, todavía tengo que atender algunos asuntos.

- Sí, mejor. - gruñó el tabernero, que no paraba de mirarla desde su guarida entre los odres.

Apenas había salido, la puerta tras ella se cerró sin ruido. ¡Curiosa pareja! ¡Y este ruidito raro que empezó a salir por detrás de los odres cada vez que se mencionaron los indios! Habrá que investigar eso... Tal vez cuando vuelva... Se le estaban abriendo tantas perspectivas... Sentía un cosquilleo nervioso increíble en el estómago y unas ganas de aventuras que la hacían olvidar todo lo demás. ¡La sencilla tarea de transportar una carta se estaba convirtiendo en una verdadera misión de espionaje doble! Seguía sintiendo miedo del misterioso tabernero, y este Miguel claramente no era de fiar, pero no importaba. Estaban Orosco y las muchachas en la población india... ¡La oportunidad era demasiado buena para perdersela! Lo haría sí o sí, y sería su aventura del Nuevo Mundo, lo que ella había soñado en su vida anterior, en la casa de sus padres. ¡Miles lo estaban buscando, y a ella le cayó en el regazo

Con pasos enérgicos corrió hacia el monasterio para buscar a las dos hermanas. Pero lo único que encontró allí fue un vacío y silencio absolutos, solamente la joven Isabel estaba sentada en el muro, casi escondida entre las ramas enmarañadas de moras. Vio a Anna y sonrió con amargura:

- Bueno, Señor correo... ¿Le gusta nuestra pequeña ciudad? ¿Conocisteis muchas historias divertidas que contar en Santiago?

- Isabel, nunca fue mi intención...

- Sí, sí, lo sé, pero es muy raro lo rápido que las cosas se desvanecen... Hace una semana estuvimos a punto de convertirnos en el primer monasterio grande del sur, y ahora deberíamos estar agradecidas si nos podemos quedar en esta casa.

- Pero... ¿no quisisteis quitaros a las hermanas de encima?

- Pero no a costa de nuestra existencia, Señor Correo. La idea de tener que salir a mendigar realmente no me llena de felicidad. Y las dos lo saben. Creo que incluso les alegra. Pero ¿he oído decir que vuestra carrera avanza? ¿Vais a acompañar a las dos a la casa de su padre?

- Sí, es verdad. Vine aquí a buscarlas.

- En este caso, os deseo mucho éxito en vuestra misión. Que os vaya mejor que a nosotros con los indios. Las dos deberían estar ya en la residencia. El paje, creo que su nombre era Pedro, las vino a buscar.

- Gracias.

Anna quería dejar atrás este lugar fantasmal y sus habitantes tristes lo más rápido posible, pero cuando ya casi estaba en la calle, Isabel la volvió a llamar.

-No olvidéis nunca, Miguel, cuando esos salvajes sonrían, celebran y juegan, en su interior sólo piensan cómo matar y torturaros. Creedme, yo estuve allá. ¡Buen viaje!

Anna escuchó la última frase cuando ya estaba dando la vuelta a la esquina. No sabía bien qué hacer con la amargura de Isabel, parecía sincera, pero ¿significaba eso que tenía razón con su odio hacia los mapuches? ¿O por lo menos con lo que se refería a los peligros? Se acercaba con pasos cada vez más lentos a la residencia de Orosco, donde las hermanas ya estaban esperando. Bien, con eso la decisión estaba tomada, pase lo que pase.

Todavía no se veía nadie más del monasterio, pero el Capitán en persona estaba supervisando el embalaje y el cargamento. Cuando el correo se presentó, se trajeron de inmediato los caballos, las posesiones de las hermanas y algunos regalos fueron cargados en mulas y, dentro de un cuarto de hora, la pequeña caravana empezó su recorrido, acompañada por algunos soldados.

La naturaleza y el brillo del sol eran tan encantadores como en la primera ocasión, pero las hermanas estaban mucho menos dispuestas a conversar. Kalfüray siempre parecía al borde de las lágrimas y no decía nada, y la siempre tan alegre Millaray sólo contestaba justo lo necesario si se la preguntaba algo. Por lo menos no parecían tener nada en contra del correo en particular.

A la altura del cementerio con sus estatuas gigantescas, el ánimo del grupito, que ya era malo, parecía desmoronarse por completo. Más que nunca los gigantes de madera daban la impresión de guerreros terribles que sólo por un malentendido estaban congelados en su cáscara de madera y podrían liberarse en cualquier momento, para atacar la minúscula caravana. Como si todos estuvieran en realidad en un sueño o una leyenda, y La Imperial fuera un intruso allí.

Seguramente Anna no era la única que lo sentía así, a quien este lugar daba una sensación extraña, pues incluso la pequeña tropa de guardia, que hasta ese momento se pasaba el tiempo conversando en voz baja, se calló definitivamente, y hasta llegar la población, los únicos sonidos eran el castañeteo de los cascos de los caballos y el ocasional grito de los pájaros.

La puebla los saludó con una atmósfera de cotidianidad oficiosa, nadie los estaba esperando: que no se haya enviado ningún mensajero al cacique quien pudiera difundir la noticia – o algún rumor, era más o menos lo único que Orosco logró obtener en su conversación con las dos hermanas. Así todo eso simplemente se parecería una visita imprevista, así que el pequeño grupito podría simplemente entrar cabalgando la población y parar en el claro central.

O por lo menos eso era lo que Anna había esperado, pero la llegada sorpresiva de las hijas de Pucón, acompañadas por españoles, causó de inmediato un alboroto en la puebla. Las dos hermanas señalaron a Anna y a los otros españoles que esperaran y entraron en la ruka de su padre, mientras cada vez más gente se estaba juntando alrededor del minúsculo grupo en la plaza. A reojo Anna observó cómo algunos soldados estaban palpando cautelosamente sus puñales, pero antes de que pudiera pasar algo, Millaray se asomó de la ruka y llamó a Anna con un gesto. Al mismo tiempo gritó algo a los mapuches, que aflojaron algo el círculo alrededor de los españoles.

Ahora le tocaba a Anna entrar a la ruka del cacique. Lo hizo a propósito muy despacio, con pasos pausados. Durante su última visita sólo la había visto desde fuera y no sabía bien cómo imaginarse el interior. Ahora vio que la casa de Pucón apenas se distinguía de los otros hogares – nada del esplendor de oro y sedas que les gustaban tanto a los dignatarios españoles. Era más larga que las otras rucas, pero por lo demás igual de modesta como las demás: techo de paja, utensilios de madera y mimbre colgados en las paredes, fogata grande en el centro. Cerca de la entrada, una mujer estaba tejiendo una manta colorida en un telar simple, probablemente para aprovechar la luz del día, más al fondo alguien estaba jugando con niños.

Pucón estaba sentado en la fogata y bebía tranquilamente de una cuenca de madera bien pulida,

al parecer sin prestar ninguna atención a los recién llegados. Si no fuera por su poncho de cacique con elaboradísimos dibujos tejidos, el que se usaba para ocasiones importantes, se podría pensar que se trataba de una pacífica idílica escena cotidiana. En general toda la escena, un anciano almorzando, niños jugando, mujeres tejiendo, tenía algo tan tranquilizante, tan ...burgués, como en una casa patricia alemana. Como si sus vecinos se hubieran disfrazado para gastarle una broma mientras dormía, pensó Anna maravillada. ¡Concéntrate! ¡Malditos nervios! Pensó en el último consejo de Francisca, de no dejarse confundir - „los Mapuches estiman a oradores hábiles y seguros “, se controló, se inclinó profundamente y simplemente esperó.

Su mirada recorría el interior de la ruka, los lechos cubiertos de frazadas de lana, diversos utensilios colgando en las paredes... Algunos recipientes blancuzcos, redondos atrajeron su mirada. No los reconocía de inmediato, superficie blancuzca pulida, forma redonda, algo irregular, bordes ligeramente dentados... Ya quería desviar la mirada para no llamar la atención, cuando, de golpe, le quedó claro: eran calaveras, preparadas como cuencas para beber, y probablemente pulidas por el uso. Como una ola fría y caliente volvió a acordarse de los cuentos de horror del viejo Gatica, y sintió como se le formaban gotitas de sudor en la frente.

Justo cuando estaba intentado suprimir una oleada de pánico que subía en su interior, sonó la voz amable y serena de Pucón (a lo mejor ¿era justamente esa su intención, asustarla un poco?):

- Mi joven amigo, me alegro mucho de volver a veros.

- Mari mari, Lonko – Anna eligió la fórmula de saludo mapuche que conocía y se esforzó muchísimo por no permitir que en su voz se notara la más mínima inseguridad. Pucón asintió con la cabeza con aprobación – vengo acompañando a sus hijas, quienes expresaron el deseo de volver a vuestro lado. El Capitán Orosco ha permitido a sus hijas que pasen algunos días con su familia, sobre todo debido a que se están acercando las importantísimas fiestas de Navidad y el monasterio actualmente no tiene las comodidades para ofrecer a sus hijas una fiesta digna de ellas.

Anna no tenía ni la más mínima idea qué era lo que las dos le habían contado a su padre sobre las razones de su regreso, pero ella por su parte tenía la tarea de hacer aparecer ese viaje lo más despreocupado e inocuo posible. Hasta ahora las dos callaban. Bien. Ahora le queda navegar un último peñasco, así que respirar profundo y...

- También viendo la destrucción imprevista del pesebre navideño de sus hijas...

El cacique levantó una ceja, pero las muchachas permanecían calladas y Anna siguió.

-... El Capitán Orosco ha ofrecido a sus hijas que pasen las fiestas en vuestra casa, y ellas generosamente han aceptado. En cuanto a mí, estoy disponible para vos y vuestras hijas como representante de La Imperial, cuando, y en el caso de que eso ocurra, deseen volver a la ciudad,

donde se las recibirá con los brazos abiertos. Además, recibí una orden del Capitán Orosco, de mantenerme disponible hasta nuevo aviso para cualquier cosa que Vuestra Alteza y vuestras hijas puedan necesitar – si Vuestra Alteza lo permite.

Anna calló, se inclinó y esperaba con el aliento contenido la respuesta del cacique. Bueno, no ha sido tremendamente elocuente que digamos, pero por lo menos se ha podido evitar todo lo desagradable. Pucón la dejó esperar su respuesta, un rato que le parecía interminable. Miró a sus hijas, que no miraban a nadie y tenían una expresión bastante malhumorada, pero tampoco contradecían al mensajero español, luego volvió a mirar al correo, y finalmente asintió con la cabeza.

- Se lo agradezco, caballero. Sé que mis hijas están en buenas manos con el Capitán Orosco y por lo tanto con vos y apreció mucho vuestra buena disposición para cumplir todos sus deseos. Sentios como nuestro huésped. Los guardias que mi amigo el Capitán os entregó para el viaje ya no son necesarios, los podéis dejar volver a sus casas. Una de mis esposas os preparará un lecho digno de vos.

Anna se inclinó de nuevo, esta vez más profundo, y lentamente abandonó la ruka. Durante todo ese proceso se esforzaba por no volver a mirar en la dirección de las cuencas de calavera. ¡Era entonces verdad! Por lo menos algo de lo que le habían contado... O Pucón intentaba desconcertar al correo, ver qué tan fácil se asustaba... Mejor intentar concentrarse en lo pragmático. ¿Por cuánto tiempo Pucón la dejaría quedarse aquí? Tal vez podría averiguar algo sobre sus sospechas, después de todo era una oportunidad única... Si pudiera descubrir algo aquí, para Orosco, o incluso para el Virrey eso podría valer mucho... Si sólo pudiera presentar sus propias teorías con pruebas, podría ser un punto de partida para una excelente carrera en la corte... Y la seguridad, de la que hablaba tanto Francisca... Y una vida de aventurero rico...

Y si no... Se estremeció pensando en las calaveras, pero si eso era el destino que Pucón le había preparado, tampoco importaría si antes husmeaba por la población o no. Intentó alejar este pensamiento, era mejor elaborar un plan de verdad para sus investigaciones, para no andar a tientas??? como un cachorrito ciego. ¿Dónde estaba Trangolemu, por cierto?

Apenas había salido de la ruka cuando las dos hermanas pasaron a su lado y Millaray le susurró:

- Buen intento, Miguel. ¿De verdad creéis que nuestro padre no se va a dar cuenta de lo que verdaderamente pasó?

- Hablemos de eso después – le contestó Anna en voz baja.

De ninguna manera quería empezar un conflicto con las niñas mimadas delante de su padre, y

quizás, más tarde, algunas cosas realmente se dejarían arreglar. Una pena que los soldados se tuvieran que ir. A pesar de su amistad con Orosco, Pucón no aceptaba soldados españoles en su casa. Cuando Anna, después de haber mandado a la pequeña tropa de guardia a casa, volvió a la ruka del cacique, las dos muchachas ya habían desaparecido.

Anna estaba sola en la puebla de los mapuches.

Capítulo 16. Días de verano

¡Maravillosos, exuberantes, infinitos tiempos de verano! Los soleados días poco antes de navidad en la población mapuche fluyeron con una ligereza casi inconcebible. En algún lugar, muy, muy lejano, hervía y bramaba el tardío siglo dieciséis, pero aquí, en el fin del mundo, la sensación del tiempo desaparecía, convertida en un mar de goce interminable.

Anna disfrutaba, como no lo había hecho desde hacía mucho tiempo, de correr descalza sobre el pasto largo, de sentir el viento y los rayos solares en su piel. Hasta sus insaciables ganas de aventuras, las que la habían arrastrado por los continentes, sin descanso, hasta aquí, se habían evaporado. No sentía nada más que tranquilidad y el deseo de fundirse con este pasto ondulante y las mariposas que aleteaban... Alejó forzosamente de sí el pensamiento de tener que irse de aquí en algún momento.

Además, le asignaron un pequeño espacio propio con una cama en una de las rukas. La actitud reservada, hasta hostil, de los habitantes de la puebla, nada sorprendente frente a un „español“, se transformó rápidamente en una tímida amabilidad – sobre todo cuando se supo que él, aunque soldado español, era también amigo de las dos hijas del cacique y los acompañó a casa por su propia voluntad.

Las hermanas se fueron a vivir con sus respectivas madres y, felices de estar de nuevo en casa, no cumplieron sus amenazas de contar todo lo ocurrido en la ciudad.

Sin limitaciones en su libertad de movimiento, Anna exploró la población, que le parecía cada

vez más como un paraíso terrenal reencontrado, e incluso aprendió a chapurrear un poco el idioma, el mapudungun. Era una población bastante grande, pero pacífica. Los mapuches tenían entre los españoles la fama de guerreros salvajes e indomables, que secuestraban y esclavizaban a sus víctimas, pero esto aquí era diferente... Era verdad que Anna vio armas en cada hogar, la mayoría de madera o piedra – sólo algunos, probablemente guerreros de alto rango, tenían armas españolas de metal – pero la ocupación principal de las personas aquí era convertir lana en ponchos y mantas abrigadores, virtuosamente tejidos y decorados, y también un poco de agricultura.

Ahora, en verano, madejas de lana coloreada estaban secándose en todas partes, cercos, setas, hasta ramas secas, y el viento jugueteaba con las mechas rojas, azules y negras. Directamente abajo florecía y proliferaba la incontrolable naturaleza, bajo los árboles enredados por lianas con flores rojas crecían calabazas de carne dorada. porotos de varios colores y alargados ajíes verdes que ardían infernalmente en la garganta – todas cosas cuya existencia en su ciudad natal era completamente desconocida.

Algunos tenían plantas más exóticas, como pequeños campos de trigo y manzanos solitarios, cuyos frutos minúsculos, todavía verdes y duros, provocaron una ola de nostalgia en el pecho de Anna que amenazó a ahogarla por un momento. Cerró los ojos para volver a sentir el presente, el cosquilleo de las hojitas de pasto en las piernas, su pelo corto, que el viento le empujaba en la cara, luego respiró el aroma fresco del bosque, y de verdad, la ola se alejó y volvió a sentirse libre.

Sin embargo, faltaba una persona en este paisaje armonioso: Trangolemu, y las pocas palabras en Mapudungun que ella sabía no eran suficientes para preguntar por él sin llamar la atención. Eso es, si alguien le hubiera contestado con franqueza, pues todavía no estaba segura en quien podía confiar plenamente, pese a la aparente amabilidad de todos.

Además, Kalfúray desapareció poco después de la llegada, pero su hermana recorría todo la población y disfrutaba visiblemente de su libertad recuperada. El primer día se quitó el traje español y se vistió a la manera indígena: el vestido largo casi hasta el suelo, en realidad una manta rectangular, envuelta alrededor del cuerpo, amarrado con un cinturón y fijado en los hombros por alfileres de plata maciza. A Anna le recordaba las imágenes de diosas griegas en sus hermosas vestiduras drapeadas, las que había visto en los libros de historia de su hermano mayor, en su casa de Lübeck. Llevaba su pelo suelto, recogido solamente por una tira de lana decorada con placas de plata. Era como si la criatura servil “Magdalena de La Imperial” cayera como una cáscara seca, y otra persona completamente diferente apareciera debajo - nunca antes Anna había experimentado una transformación tan completa.

Inesperadamente para sí misma, Anna, en este lugar tan extraño y nuevo para ella, se sentía catapultada de vuelta al otro mundo, ya por siempre inalcanzable. Hermosas, dentadas fachadas interrumpidas por los destellos de las ventanas de cristal, muros de ladrillo que brillaban suavemente con el agua de la lluvia, callejones angostos e imponentes puertas ciudadinas... Un caos de voces y aire del mar en las calles, silencio y diligencia entre las paredes de las casas...

La oficina de su padre, con los misteriosos, exóticos aromas, las conversaciones que escuchó allí a escondidas, sobre lugares extraños y lejanos, Brujas, Londres, Narva, Cádiz....

Mientras la pequeña Anna, en su escondite entre el arcón y la estufa de azulejos, soñaba con poder visitar esos lugares algún día, su padre se quejaba de los malos negocios en Rusia. Desde que los príncipes de Moscú conquistaron la ciudad de Novgorod y cerraron la oficina de allá, los negocios iban de mal en peor, y era necesario desviarse a otras ciudades, menos establecidas y con menos conexiones comerciales. El mundo nuevo por el otro lado.... Desde luego, la Liga Hanseática, federación comercial de la que su padre era un representante importante, no se había establecido allí – como lo había hecho en el Mar Báltico – y la competencia mucho mayor y más brutal, pero también las oportunidades.... La voz baja de su padre sonó suave y tierna, exactamente como cuando estaba sentado frente a su comida favorita, un ganso relleno de manzanas, con aromas de pimienta y azafrán. Entonces también tuvo que reír al escucharlo así - no faltaba mucho para que la descubrieran.

A lo mejor su padre no era tan generoso con su hija menor como algunos letrados, que daban a sus hijas la misma educación como a sus hijos varones, pues él en primer lugar era un comerciante calculador, y toda su experiencia le decía que debía invertir todo en su amado hijo y heredero principal, Hinrich. Por otro lado, tanto el como la madre compensaban eso con muchos regalos y más atención, así que Anna, como sus hermanas, creció a ser una joven segura de sí misma, si bien tal vez un poco mimada. Además, madre insistió que todas tenían que aprender a leer y a escribir – nunca se sabe, solía decir ella.

Pero a diferencia de sus hermanas, los libros se convirtieron en una obsesión para Anna, y después de años aún se acordaba exactamente del libro que la llevó a este continente, el libro que nunca debió haber leído: eso no es para mujeres, esa clase de historias, dijo Hinrich arrogante, y padre, serio, asintió con la cabeza, así que lo leo a escondidas, mientras los dos estaban en la oficina. Madre nunca le dijo nada al padre, incluso si había visto algo, tenía cosas más importantes que hacer que ser la espía de su marido.

Anna recordaba vivazmente la sólida tapa oscura, la repujada inscripción dorada, el olor a cuero y polvo, el ligero crujido del cuero al abrir, el título largo y complicado, como debe ser en

un libro erudito: ” *Warhaftige Historia und beschreibung eyner Landtschafft der Wilden Nacketen, Grimmigen Menschfresser-Leuthen in der Newenwelt America gelegen, vor und nach Christi geburt im Land zu Hessen unbekannt, biss uff dies ij., nechjt vergangene jar, Da sie Hans Staden von Homberg aus Hessen durch seine eygne erfahrung erkant, und jetzo durch den truck an tag gibt*“, es decir “*Verdadera historia y descripción de un país de salvajes desnudos, feroces y caníbales, situado en el Nuevo Mundo, América, desconocido antes y después del nacimiento de Cristo en nuestro país de Hesse, hasta que Hans Staden de Hesse lo conoció por experiencia propia y ahora lo presenta en imprenta*” . Luego el retrato de un caballero respetable, barbudo, que podría ser un compañero de su padre, pero después.... Batallas salvajes, plantas y animales extraños descritos hasta el más mínimo detalle, costumbres curiosas, todo descrito tan vivazmente por el barbudo, Hans von Staden, e ilustrado con grabados, que la pequeña Anna creía estar presente cuando él fue capturado por los indígenas, vivía con ellos, cuando escapó en el último momento de la muerte, porque la tribu que lo había capturado, mataba y devoraba ritualmente a sus cautivos.

Aunque finalmente pudo escapar, y niña Anna lo sabía – sino ¿cómo podría haber escrito el libro? - cada vez que lo leía, sentía escalofríos en la espalda, cada vez que leía las escenas, sobre cómo lo preparaban para la ceremonia, y cómo una y otra vez lograba disuadirlos.... y la sala revestida de madera le parecía angosta y oscura, y hasta la ajetreada ciudad con sus viajeros y marineros demasiado pequeña y estancada. Ella también quería aventuras, lejanía, algo nuevo todos los días en lugar de la misma conversación sobre negocios una y otra vez, aunque no se atrevía a contárselo a nadie, ni siquiera a Madre. Hasta que un día salió de la casa y no volvió. Qué raro, que recién ahora estuviera pensando en todo eso, pues en aquel entonces todo esto le había parecido tan absolutamente natural...

Su propia, secreta transformación de Anna Blome en Miguel Flores había ocurrido sin testigos, era un secreto - Di Neri y Francisca habían sido los únicos que habían sospechado algo hasta ahora. Pero esto aquí era algo absolutamente distinto, Anna tenía la impresión que este deslizarse entre distintos mundos era algo normal para Millaray, que incluso era algo que se esperaba de ella. Anna la quería preguntar, pero durante varios días sus caminos no se cruzaron, y Anna prefirió observar.

Casi al mediodía del tercer día, cuando Anna observaba, distraída, los escurridizos, centellantes peces en una corriente cristalina y helada, Millaray la vino a buscar:

-Bueno, Señor correo, ¿me han contado que vos os divertís aquí?

- Sí, gracias, Millaray. Sabéis que Orosco me mandó aquí para el caso de que vos o alguien de vuestra familia necesite algo.

Millaray sólo se rio.

- Ahora que estamos en casa, estamos bien. Mi padre hoy hace un festín para todo la gente de aquí, por nuestro regreso y también porque Trangolemu vuelve hoy. Vos también estáis invitado. Pero que no se os ocurra traer vuestras armas, os meteréis en problemas.

- Está bien. - asintió Anna.

- Excelente. Entonces nos vemos un poco antes de la puesta del sol - dijo Millaray y desapareció antes de que Anna pudiera preguntarle algo.

Decidió pasar el día lo más tranquilo posible, tal vez observar la llegada de Trangolemu y sus amigos desde una distancia segura, averiguar de dónde venían... Con eso también estaría preparada para la fiesta. Para no llamar mucho la atención, hizo lo mismo que di Neri en su momento: cambió el traje español por la – había que admitirlo, muy cómoda - combinación de camisa y chiripa, una especie de pantalón drapeado, como lo llevaban comúnmente los hombres mapuches. En realidad, prefería no quitarse el jubón ni siquiera cuando hacía calor, porque tenía miedo de que alguien pudiera ver la silueta de sus pechos debajo de la camisa pese a la venda, pero ahora eso era obviamente imposible, de modo que se amarró la venda más fuerte que de costumbre y tan bajo que no se pudiera ver en el escote de la camisa. Junto con el lino tosco de la camisa, eso debería ser suficiente para sentirse segura por el resto del día.

Antes de que pudiera averiguar algo realmente nuevo, en algún momento de la tarde, escuchó de repente ruidos fuertes, caóticos provenientes de un prado cerca de la población: gritos y silbidos se mezclaban con tambores e instrumentos de viento para formar una ensordecedora y abrumadora cacofonía.

Sin saber bien qué pasaba, se levantó de un salto y cruzó corriendo todo la puebla, entre las rukas, hacia el prado. Llegando allí, por precaución se presionó contra los muros de la última ruka, para el caso de que existiera peligro de verdad. Ojalá Orosco no mandaría a sus hombres aquí mientras ella, Miguel – es decir, uno de los suyos - estaba en la población, pero ¿qué haría si fuera un ataque de otra tribu? Con cada paso, su pánico se intensificaba, su corazón latía cada vez más fuerte y le daba la sensación de que le saltaría del pecho en cualquier momento. Sólo cuando miró con cautela por la esquina de la última ruka, la imagen se aclaró algo.

En el prado se enfrentaban dos grupos de hombres jóvenes, desnudos aparte de los pantalones amarrados en las caderas y cintas de la lana en la cabeza. Ligeramente inclinados hacia delante, todos tenían en las manos una especie de palo pargo, con la punta algo curvada. En los bordes del prado se había juntado una auténtica multitud, la mayoría era de esta población, pero también algunos extraños que Anna no conocía. Músicos con tambores y una especie de trompetas

redondas y enroscadas, hechas de cuernos de animales, dictaban un ritmo intenso a los jugadores, mientras que los demás espectadores los animaban – como lo hacían los jugadores entre ellos.

Anna vio entre la multitud a Millaray, quien la llamó a su lado con señales.

- ¡Qué bueno que llegasteis, Miguel! Se me olvidó por completo invitaros al partido. Trangolemu está de vuelta, ¡y él y sus amigos están jugando palín!

Viendo la mirada maravillada de Anna, le explicó, muy animada y contenta:

- Es un tipo de juego. Veis, hay dos grupos, y cada uno tiene que intentar mover una pelota de madera – si miráis bien, podréis verla allí, en el centro – con esos palos curvados – sin manos, sin nada – hacia su borde del prado. Suena bastante simple, pero es muy divertido de observar. Casi todas nuestras fiestas y negociaciones importantes empiezan con un partido.

Anna asintió con la cabeza y observó el juego. Ahora, con las explicaciones de Millaray y toda la acción frente a sus ojos, ya no resultaba tan caótico, todo seguía una orden fija, aunque brutal. Los jugadores, todos hombres jóvenes, se movían rápidos por la cancha, a menudo también agresivamente, si se trataba de acercar la pelota a su meta. Una y otra vez se produjeron breves duelos entre los jugadores, que los espectadores acompañaban con gritos fuertes de aprobación, las coloridas tiras de cabeza flameaban encima del ajeteo de los cuerpos incansables, semidesnudos. Cuanto más tiempo duraba el juego, tanto más calentada la atmósfera: maniobras particularmente hábiles fueron acompañadas por los gritos de los espectadores, los tambores enfervorizaban a los jugadores sin respiro hasta que el ritmo pulsante parecía fundirse completamente con los movimientos de los hombres. Era una muestra de energía salvaje e inagotable que corría por canales pacíficos, pero sin dejar lugar a dudas sobre las habilidades de los participantes: un exitoso partido de Palín era también una prueba para los otros que uno era un buen guerrero, rápido, hábil y resolutivo, algo que los mapuches estimaban mucho.

Anna volvió a acordarse de las palabras de Isabel, de que los mapuches escondían la guerra tras sus diversiones, y entendió que en parte tenía razón: sin embargo, no eran rituales secretos, sino una abierta, hasta entusiasta preparación para la guerra, un ejercicio... Exactamente como fuera de la cancha, el rol de líder de Trangolemu en su equipo era imposible de ignorar – estaba siempre en el centro de los acontecimientos y parecía poder dirigir la atmósfera enardecida en la cancha a su antojo. Anna lo observó largo rato, los movimientos seguros de su cuerpo semidesnudo, los gestos breves con los que parecía controlar la partida. Le costó alejar la mirada, tenía una sensación rara en el estómago. Di Neri también había sido muy atractivo, pero esto era completamente diferente. No podía ser el culpable. Cerró firmemente los ojos e intentó concentrarse en su tarea.

Ya. Estaba absolutamente convencida de que Trangolemu no podía ser culpable. ¿Por qué? Lo sentía. Lo sabía. Y además, observar el partido le demostró algo muy importante: que los mapuches apreciaban el valor personal en una batalla, mucho más que maniobras escondidas. ¿No sería mucho más lógico para uno de ellos, digamos, desafiar a di Neri a una batalla abierta, en lugar de asesinarlo por la espalda, mientras todos estaban en la iglesia? ¿O acaso alguien prefirió la utilidad puramente pragmática a la admiración de sus compañeros y otros miembros de la tribu, a su honor de guerrero? ¡Todo eso sería mucho más simple si por fin supiera quién fue este maldito di Neri en realidad! En general, su botín de espía entre los mapuches hasta ahora era bastante magro, ¿Orosco o el gobernador estarán contentos si vuelve con nada más que especulaciones como esa?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el bramido de las trompetas. ¡Terminó el juego! Se lo había perdido por completo, pero al parecer Antu había ganado el partido casi en solitario y ahora abandonaba la cancha triunfante, saludado por su padre y sus hermanas. Los otros jugadores le siguieron de la cancha al claro central de la puebla, donde ya se había preparado un festín. Si algunos jugadores todavía sentían ira o decepción por el juego, esos sentimientos seguramente se esfumarían frente a la abundancia de carne que humeaba y silbaba sobre las fogatas y los jarrones llenos de chicha espumosa. Habría que intentar hablar con uno de los guerreros a solas, a lo mejor Trangolemu, el único que seguro entendía el castellano.

Pero no tuvo oportunidad de hacerlo, porque prácticamente toda la gente de la población y por lo menos unas docenas de guerreros de otras tribus se juntaron de inmediato alrededor de las varias fogatas, sobre las cuales, en palos clavados en la tierra, se asaban ciervos enteros – esos a los que los mapuches llamaban huemules – y una multitud de aves silvestres. En un puesto de honor Anna vio al cacique vestido con un poncho particularmente elaborado, estaba conversando animadamente con Trangolemu, quien ahora estaba vestido de manera igualmente vistosa. A su lado estaba una mujer joven, tranquila, vestida con un manto grueso y muchas joyas de plata maciza, y a Anna le costó reconocer en esa joven ceremoniosa a Kalfüray.

En ese momento alguien le tocó ligeramente el hombro.

- ¿Miguel? ¿Señor Correo? Qué bien que vinisteis.

Millaray también se había puesto todo su ajuar completo: aros, colgantes en las sienes, brazaletes, pechera y cinta plateada para el cabello. Solamente no llevaba manto.

- El traje mapuche os queda bien. vengad, vuestro lugar está aquí.

Llevó a Anna a un asiento no lejos del cacique, y cuando lo pasaron, toda la familia – Pucón, Trangolemu, Kalfüray – les saludó con un gesto sereno, pero amable. Se sentaron y

Millaray le ofrecía a Anna de todo, mientras observaban a los invitados que seguían llegando:

- Tomemos algo primero. Esto aquí es chicha de quellén, sabéis, esas frutas pequeñas, es fresca. Ésta aquí es un poco más madura, del invierno pasado, pero está hecha de manzanas, una novedad. Esto – señaló a un jarrón un poco aparte - es muday, se hace con diferente semillas y granos, y es algo más fuerte que las chichas de frutas. ¡Servios!

En ese momento el cacique hizo un breve discurso, que fue recibido con júbilo general. Anna miró a Millaray.

- Mi padre solamente dijo que la fiesta de hoy es en honor de sus hijos, porque nosotros volvimos de los españoles y Trangolemu de la cordillera. Ahora empezamos a comer.

Millaray sonrió, llamó a una mujer que estaba sirviendo aves asadas, y puso algo para sí y para Anna en un plato de madera. Mientras estaban picando la carne jugosa y la piel crujiente de los huesos, Anna preguntó con el tono más natural que pudo:

- ¿Es por eso que no vi ni a Kalfüray ni a Trangolemu aquí en los últimos días? ¿Porque se habían ido?

- No, sólo Trangolemu. Salió ya hace tiempo, directamente después del mercado – ¿os acordáis? - a la cordillera, alguna historia ridícula. La gente aquí lo estima mucho, piensan que será el próximo gran cacique. A veces todo eso se le sube a la cabeza, y empieza a hacer planos rimbombantes y se va de viaje y cosas así.

Millaray se rio, como si las ambiciones de su hermano no fueran más que juego de niños.

- Con Kalfüray es otra cosa. Os había contado que ella siempre quiso ser machi, como curandera y mujer sabia, ¿verdad? Ahora por fin se impuso, y nuestro padre le permitió seguir con su aprendizaje de machi. Pasó los últimos días con la más respetada machi de aquí, que vive en las afueras de la puebla. La machi ha aceptado a Kalfüray como aprendiz, y como veis, le está gustando mucho.

Y de verdad, sentada al lado de su padre, Kalfüray irradiaba una dignidad y autoconfianza que la muchacha tímida del monasterio no dejaba ni sospechar. Como la mirada de Anna reposó un buen rato en ella, Millaray habló más fuerte y en tono algo ofendido:

Está entonces muy ocupada, y definitivamente no va a volver a La Imperial, incluso en el caso de que mi padre decida a mandarme a mí de nuevo. Vos tendréis que contentaros conmigo.

- Pero no Millaray, ¡yo de ninguna manera quise decir eso! Solamente me sorprendió lo mucho que ha cambiado...

- Bueno... - su ánimo se mejoró un poco, y en sus ojos se percibían ahora destellitos pícaros –

¿Y qué tal vos? ¿Ya tenéis a alguien?

Anna sonrió, tomó un trago de chicha y negó con la cabeza.

- Bien, en este caso podéis echar un vistazo por aquí... ¿Ya conocéis a Pirén?

Indicó con una risa hacia una muchacha, que debía ser de la misma edad que ella. Anna la reconoció, el día anterior le había mostrado cómo funcionaba un telar. Pirén se dio cuenta que la miraban, se ruborizó un poco y les saludó con un gesto tímido.

- Además, estoy yo también...

- Yo creo que no estoy hecho para el matrimonio...

Anna se defendía lo más delicadamente posible. Dios mío, ¿cómo pasó esto, que la cosa se esté quedando fuera de control? ¿Qué haría si intentaran obligarla a contraer matrimonio? Una idea tan absurda nunca se le había ocurrido antes, y para liberarse del susto cambió rápidamente el tema.

- Pero dime, me han contado que los mapuches tienen muchísimos esclavos españoles, pero aquí no he visto ningún español, ni como esclavo ni de ninguna otra forma.

- Sí, es común tener esclavos... ¿No es así en Santiago? Pero mi padre prometió liberar a todos los esclavos españoles en las negociaciones con Orosco, es por eso que no hay nadie aquí. Nuestros guerreros incluso tuvieron que ayudar a traer a esas monjas de Villarrica de vuelta de los pehuenches, de la cordillera. ¡Eso fue toda una historia! La más joven vivía como mujer de un guerrero, un amigo de Trangolemu, ¡sabéis!

- Sí, me han contado algo así.

- ¡Hubo tantas habladurías! Trangolemu tuvo que quitarle a un amigo una mujer, ¡casi se pelearon por eso! ¡Y todo por una pequeñez!

- No creo que Isabel lo viera así. - dijo Anna en voz baja.

Millaray hizo una mueca, miró en la distancia y dijo en tono obstinado:

- Pues conmigo ella era horrible. Y, además, ¿por qué os interesa a vos? Sois un hombre. Y aquí la vida es mucho mejor que en el monasterio.

Anna callaba y miraba igualmente en la distancia. La conversación amainaba, aunque el festín a su alrededor seguía sin cambio.

Perdida en sus pensamientos, pareció escuchar la voz de Millaray de lejos, y tardó en entender que la estaba llamando.

- Si quieres, te lo puedo probar.

- Probar ¿Qué?

- Lo que dije de la monja joven. Por que el marido de ella está allá, hablando con Trangolemu.

Y, sin esperar una respuesta, señaló para que los hombres se acercaran. Estos se acercaron rápido y se sentaron a su lado. Millaray les comentó algo, los dos asientieron con la cabeza y empezaron a contarle algo. Millaray tradujo:

- Pues eso, Antú aquí dice que vivía con la rubita, la tenía como segunda mujer, y que estaban muy contentos, incluso empezó a aprender nuestro idioma.

Antú añadió algo, Millaray se ríó y le contestó. Trangolemu explicó:

- Es que allá en la puebla de Antú todo el mundo estaba convencido de que Isabel estaba encinta, y que no consentiría volver con los españoles, pero su tía, esta vieja ... bueno, vos la conocisteis, insistía e insistía... Y cuando llegamos con la gente de Orosco, casi se les tiró encima, no quería quedarse allá ni un minuto más, y obligó a la sobrina irse con ella. Le avisamos que entre los suyos sólo le quedaría el monasterio, que no la iban a aceptar con un hijo indio, pero no nos hizo caso, y ahora está pudriéndose...

- Pero, ¿eso cuándo fue? - preguntó Anna confundida.

- Como hace unos dos años más o menos.

- En el monasterio no hay un niño tan chico. Ningún niño aparte de los de Diana...

Los tres evadieron su mirada. Antú empezó a garabatear algo con un palito en el suelo, Trangolemu parecía observar a Anna de reojo, y Millaray, después de una pausa, dijo:

- Pues, qué habra pasado.... Si no hay niño y se quedó encerrada en el monasterio.

Anna creía entender, y en esa revelación triste se colgaron, como los eslabones de una cadena, otras memorias funestas de los últimos días, la monja muerta, di Neri y ella solos en el callejón, di Neri muerto entre las muñecas desparramadas del pesebre....

Faltaba poco para que anoheciera, una oscuridad azulada empezaba a cuajar alrededor de las fogatas, chispas doradas bailaban en el aire. Sintió una corriente de aire fría en la espalda, y con ella se le subió de nuevo por el cuerpo esa desagradable sensación de inseguridad y amenaza. Razonó que se debía probablemente más que nada al frío y al alcohol, y a ningún peligro real, pero de cualquier manera decidió hablar con Trangolemu lo más pronto que pudo para averiguar qué era lo que sabía sobre la ciudad de los Césares y di Neri. Ninguna de las hermanas volvería voluntariamente a La Imperial, de eso estaba segura. No le quedaba nada más que hacer aquí.

Capítulo 17. Chemamüll

Hablar con Trangolemu a solas resultó ser mucho más difícil de lo que Anna había esperado: siempre estaba acompañado por sus amigos, un bullicioso, pendenciero grupo de jóvenes. Y ella misma también, como huésped de honor del cacique, estaba en raras ocasiones sin acompañamiento. Además, la preocupaba que la alusión a una boda con Pirén, que Millaray hizo durante la cena, fuera broma sólo en parte: ahora pensaba que la muchacha y su familia pasaban demasiado rato cerca de ella, la invitaban a comer, le mostraban los alrededores de la población.

Una vez Piren la tomó de la mano y la llevó por toda la ruka y el huerto, indicándole objetos y nombrándolos en voz alta en mapudungun. Corregía alegremente la pronunciación de Anna y en general se mostraba muy vivaz, mientras Anna no podía creer sus propios ojos y oídos. Que el flaco, pálido muchachito con el pelo constantemente alborotado pudiera representar un candidato serio para el matrimonio para alguien era una idea que, mirándose al espejo, nunca se había podido ni imaginar. Ni como niña se encontraba particularmente bonita, y como niño tenía pinta de un pollo desplumado, pensaba. Y tampoco era rica (o digamos, no era rico el correo). Pero Pirén y su familia mostraban auténtico interés, y cuando los dos caminaban así por la puebla, tomándose de la mano, Anna se dio cuenta que Millaray se mostraba sorprendida y descontenta. La quiso saludar, pero Millaray se dio vuelta abruptamente y entró al huerto de su madre. ¿Qué le pasa a la niña? ¿No me digas que está celosa?

Cuando por fin llegaron a los confines de la población, Anna se disculpó con una mezcla de palabras y gestos, y se adentró en el denso bosque. En primer lugar, quería distancia y tiempo para reconsiderar sus planes. No solamente que la historia con Pirén era absolutamente inesperada y la preocupaba por posibles consecuencias (por cierto ¿cómo tratarían aquí a una persona que se disfrazara de otro sexo? ¿A quién se le podría preguntar sin llamar la atención?). La vida en la población mapuche también hizo que todo lo ocurrido en La Imperial palidiera en su memoria: la Ciudad de los Césares parecía ahora nada más que una leyenda infantil de soldados

avariciosos, y los asesinatos como una pesadilla lejana que no tenía nada que ver con ella. Tal vez lo mejor era volver a La Imperial y de allí de inmediato a Santiago con la misiva de Orosco, en lugar de hundirse cada día más en esta historia como en un pantano... Se lo tenía que pensar.

El denso bosque verde cedió repentinamente a un claro lleno de luz cegadora, desde cuyo centro la miraban muecas lúgubres. Se heló, pero de inmediato se concentró y miró a su alrededor – obviamente había llegado al cementerio. Los rostros de madera de los chemamüles ancestrales miraban en todas direcciones por sobre su cabeza – eran ellos los que Anna, en el momento del susto, había tomado por muecas fantasmales. Ya era bastante tarde, en algunas horas caería la noche, los rayos oblicuos del sol dibujaban sombras y siluetas curiosas en la madera tallada, y el pasto alto y seco difuminaba sus siluetas y escondía las tumbas, hasta que en algún momento tropezabas contra una. El aire tibio olía intensamente a hierbas, flores y madera vieja. La atmósfera era al mismo tiempo inquietante e irreal, como si estuviera en un mundo soñado, inmóvil, extraño, pero no hostil. Anna se sentó debajo de una de las estatuas y cerró los ojos.

Un sonido inesperadamente fuerte en el silencio casi completo, un crujido y chasquido la hizo dar un respingo. Debió haberse dormido, pues cuando abrió los ojos, el sol ya estaba mucho más bajo y sombras largas de un violeta azulado se mezclaban con las siluetas delgadas de los chemamüles. A Trangolemu estaba de pie frente a ella.

- ¿Ya visitáis ancestros de otra gente? Escuché muchas cosas sobre vos, pero que os intereséis por mis antepasados... ¿Estáis realmente tan desesperado?

- Os estuve esperando a vos - mintió Anna.

- Ah ¿sí? ¿Y por qué específicamente a mí?

- Di Neri está muerto.

- Sí, mis hermanas me lo contaron. ¿Qué eso tiene que ver conmigo? ¿O con vos?

- ¿No os sorprende que yo sepa que vos tuvisteis algo que ver con él?

- Eso no me importa. ¿Qué queréis?

- Yo sé que vos estáis involucrado en los planes de di Neri acerca de la Ciudad de los Césares, os vi juntos en el mercado. La expedición allá tendrá lugar sí o sí, y por eso debo contactaros, para discutir cómo podemos proseguir.

- Vos tenéis una manera bastante amanerada de hablar, ¿lo sabéis? Pero por mí, mientras me siguen pagando... ¿Es esto también vuestra tarea?

- Por ahora sólo debo reestablecer el contacto, pero estoy seguro que se os pagará, es una misión grande.

- Bien.

Trangolemu se sentó al lado de Anna en el pasto y se apoyó contra un chemamül.

- Pero de una ciudad yo no sé nada.

- Pero ¿os vi yo mismo con di Neri!

- Sí, por supuesto, pero él me pagó para asegurarse la protección de las tribus montañosas en ambos lados de la cordillera. Aquí en el sur no hay ninguna ciudad, pues veis vos mismo, no somos gente de ciudades.

- Pero sé muy bien que los soldados en La Imperial están planeando una expedición allá, y ¡bastante pronto!

- En este caso les está esperando una gran sorpresa, os puedo prometer eso. - Trangolemu soltó una risa burlona. - Yo conozco los bosques hasta las islas del sur, y no hay ciudad.

- ¿Y más al sur?

- Los nómades en el extremo sur con más razón no tienen ciudades, viven en sus canoas, por lo que cuentan. Y Girolamo sabía eso muy bien. Aquí definitivamente no estaba buscando nada parecido.

- Entonces ¿para qué necesitaba di Neri el apoyo de las tribus en la cordillera?

- Eso no me importa. Lo que a mí me interesa es mi pago y que los españoles se vayan de aquí. - esa última idea lo hizo sonreír – Lo único que yo sé es que debe ser una cosa muy grande, y es por eso que todas las tribus deben o participar directamente o por lo menos garantizar paso libre.

Trangolemu sacó una pequeña cantimplora de cuero y tomó un trago.

- Chicha. ¿queréis?

Anna se lo agradeció y también tomó un trago. El líquido, espumoso y ligeramente ácido, se le subió por la nariz. Era bastante más fuerte que la que hacia Francisca. Trangolemu preguntó:

- Y ¿vos venís directamente del Rey u otra vez de un intermediador?

- ¿Rey? ¿Habláis de Felipe de España? - preguntó Anna confundida.

- Realmente sois tan ingenuos como parecéis, ¿verdad?

Se reía de nuevo y Anna sentía como la cabeza se le quedaba enardecida de cólera, pero se acordó de algo e insistió:

- ¿Os referís entonces al tabernero?

- ¡No digáis estupideces! ¡A ese gordo le gustaría ser rey! No es más que un desgraciado ladrón. Pero les sirve a los soldados, supongo.

Mientras ella intentaba reconciliar al “desgraciado ladrón” con lo que vio en su reunión con Miguel y el tabernero, Trangolemu siguió hablando despreocupado:

- ¿Cuánto tiempo lleváis ya en Chile?

- Anna reflexionó:

- ¿Medio año más o menos? Antes de eso pasé lo mismo en Perú.

- Entonces ya habéis visto muchas cosas, pero todavía no entendéis todo, ¿correcto? Pues mirad – por cierto, os estoy contando todo esto, porque mis hermanas os tienen mucho cariño y respeto, dicen que las defendisteis de las monjas, y porque no lo vais a sobrevivir si andais repitiendo lo que os voy a contar.

Su voz casi excesivamente tranquila y mirada fría hicieron a Anna sospechar que la última frase no era necesariamente una broma. Él esperó que dirigiera sus palabras y siguió hablando:

- Aquí las cosas son así: los españoles se adentran cada vez más en nuestras tierras, y no van a parar hasta que lleguen al mar. Mi padre cree que ya se van a calmar y se contentarán y que es posible convivir con ellos pacíficamente. Yo no lo creo. Y eso que toda esa tierra se conquista para vuestro rey Felipe, que ni siquiera vive aquí... ¿Para qué necesita él nuestras tierras?

- Bueno – dijo Anna titubeante – se trata de la difusión de la verdadera fe cristiana...

- Si eso es verdad, las monjas no lo hacen muy bien, ¿verdad? Mis hermanas no quieren saber nada más de eso, y sólo para promover vuestra fe no hubiera sido necesario llenar nuestra tierra de ciudades, o esclavizarnos u obligarnos a lavar oro para vuestro rey...

La amargura en la voz de Trangolemu era auténtica y Anna no sabía bien qué contestarle.

- Por otro lado, muchos españoles se están acostumbrando a la vida de acá, compran nuestros ponchos, comen nuestra comida y se casan con nuestras mujeres. No estoy seguro si esto es realmente mejor o si terminarán por desplazarnos de nuestra tierra, así o así. Mi padre quiere introducir parlamentos con los españoles, negociaciones de igual a igual, yo creo que eso sólo va a hacer que los españoles echen raíces aquí. Pero – ahora se notaron destellos de entusiasmo en sus ojos – tal vez podamos liberarnos de vuestro rey con la ayuda de sus propios lacayos. Existe un plan, Girolamo dijo que era suyo, pero no lo creo, tan astuto no era, además no conocía esta zona en lo más mínimo. Alguien diferente es el cabecilla, y este alguien es de aquí, os lo aseguro.

Tomó otro trago de la cantimplora y con un gesto volvió a ofrecérselo a Anna. Ella la tomó y aprovechó la pausa para preguntar:

- Pero el tabernero tiene que estar involucrado, si yo lo vi junto a vos y a Di Neri.

- Sí, porque es un desgraciado que se está haciendo rico con la miseria de la gente. Y sí, es muy rico, y financiaba a Girolamo. A mí sólo me parece justo quitarle un poco de esta fortuna. Pero en el fondo es un ladrón de poca monta.

- ¿Entonces qué creéis, quién es el Rey?

- Mirad, saber exactamente, no lo sé. Lo que sí sé es que en la ciudad se están cocinando varias cosas, y bastante turbias, creedme. Orosco pide que liberemos los esclavos, hasta soltamos los cautivos de ambos bandos, pero el tabernero sigue comprando y vendiendo esclavos como si nada, sólo no se tocan las poblaciones cercanas a la ciudad, roban gente de más al sur ... Los soldados roban y venden armas, y parece que nadie se está dando cuenta, ahora incluso las tribus de la cordillera están muy bien armadas – lo he visto, acabo de volver de allá. Así que, aunque no conozco los detalles específicos del plan, debe ser algo grande y complicado. Tal vez deberíais mirar a los altos mandos en La Imperial

- ¿Qué tal el cura? No les tengo mucha confianza a esos....

- ¿El padre? ¿Estais seguro? Pero si es inofensivo..

- Bueno, si vos decís.... Lo importante para mi es que lo que va a pasar sea tan grande que muchos, muchísimos soldados se vayan de aquí y nosotros volvamos a ganar el control sobre todo esto – hizo un ademán con la mano libre hacia el bosque y tomó otro trago de chicha - y por fin podremos quemar esta jaula de madera, La Imperial. O mejor dicho yo. Mi padre puede seguir haciendo el papel del pacificador, que le está gustando tanto. Pero dudo que le guste a vuestro Felipe.

- ¿Entonces tenéis vuestro propio juego?

- ¿Os sorprende? ¿Habéis visto aquí a alguien quien es siempre honesto?

Anna se encogió de hombros. Ella también era todo menos honesta, y cuanto más conocía a la gente de esa ciudad, tanto más tenía la impresión que la mentira era un principio universal y gobernante. Simplemente preguntó:

- ¿Entonces que quiere que cuente? ¿Sobre vuestro viaje, quiero decir?

- Que todo ha ido como hablamos, la cordillera puede ser cruzada cerca de un lugar llamado Pino Hachado, uno de mis hombres acompañará a los españoles. Pero voy a necesitar cincuenta doblones más.

- Bien, se lo diré a los soldados. No creo que vuelva aquí, seguramente otra persona os vendrá

a buscar.

- ¿De veras?

Trangolemu estaba sentado muy cerca de ella y la miraba muy intensamente, con un gesto le volvió a ofrecer de la cantimplora, y mientras ella tomaba, preguntó de repente:

- Kalfüray dice que debeis ser mujer, ¿Tiene razón?

Anna se atragantó y empezó a toser por lo inesperado de la pregunta.

- Y ¿Por qué dice eso?

Trangolemu sonrió y la siguió mirando de la misma manera curiosa.

- Pues... Mirándoos bien... Tenéis rasgos muy finos, y ni sombra de bigote. Bien podría ser. Por cierto, ahora que lo pienso, Girolamo dejó caer algo alguna vez.. ¿Lo sabía?

- ¿Y qué quereis hacer? - preguntó Anna. Decidió que no tenía sentido negar y era mejor negociar, pero Trangolemu solamente se echó a reír. Era la misma risa despreocupada de sus hermanas.

- ¡No me lo puedo creer! ¡Tenía razón!

Luego se calló y la miró, como si nunca la hubiera observado de cerca. Con una breve sonrisa le aseguró:

- No os preocupeis. No tengo razones para traicionar vuestro secreto. Me interesa...

- ¿Sí?

- ¿Por qué lo hacéis? ¿No os gusta ser mujer?

- Mirad a vuestras hermanas. Necesitan ser acompañadas a todos lados, no pueden nunca ir solas.

- Pues sí, es por su seguridad...

- Y yo sí puedo, y me aceptan hasta los soldados. Jamás podría hacer eso como mujer. Nací en el otro lado del mundo y llegué hasta aquí sola, nadie me dice qué hacer, hago lo que quiero. No me digáis que una mujer sola podría venir a vuestra población así no más, como lo haría un hombre.

- Probablemente no. ¿Realmente lo hacéis sólo por eso, aventuras?

Ahora la miraba con una mezcla de sorpresa y admiración, pero Anna sólo se encogió de hombros.

- No veo nada malo en ello.

No se había dado bien cuentan que ni cómo, pero sintió los labios de Trangolemu sobre su cara. Eran suaves, cálidas y, más que asustada, se sentía confundida, perdiendo el control. Con todas sus fuerzas, lo empujó lejos de sí.

- ¡No era ese el tipo de aventura!

- Ya, perdonad. - Trangolemu se volvió a apoyar contra el chemamül. - Es que entiendo porque les gustáis tanto a mis hermanas, tenéis como esta chispita temeraria. Y ¡Si Millaray me dijo que pensaba en casarse con vos! Ahora pienso que mejor me caso yo con vos...

Soltó una breve carcajada, pero seguía observándola con la misma mirada curiosa.

- Necesito terminar esta cosa con Di Neri primero, se lo prometí a Orosco.- balbuceó Anna.

- Bien, pero en este caso deberías saber algo: La última vez que hablé con Girolamo, él me pidió un salvoconducto para él y su amante. Querían cruzar la cordillera juntos y luego, atravesando la Pampa, a la costa. En vuestro lugar yo tendría mucho cuidado con esa amante, mis hermanas son unas santas en comparación.

- ¿Sabéis cómo se llama?

- No, pero debe estar involucrada en algo muy malo, faltaba muy poco para su huida. En realidad, estaba esperando a esos dos aquí para mi vuelta, querían aprovechar vuestras fiestas cristianas para desaparecer silenciosamente. Tengad cuidado entonces, pues si incluso alguien tan hábil con las intrigas como Girolamo es asesinado por la espalda, la ciudad de los españoles no puede ser un lugar muy bueno.

- Anna asintió y se levantó. Trangolemu la agarró de la mano.

- Pero pensáoslo bien. En lugar de seguir metida en ese criadero de serpientes, estaríais mejor aquí conmigo. Os aceptaríamos en la tribu, y aventuras conmigo no os van a faltar.

- Sí, está bien, me lo voy a pensar.

Sacó su mano de la de Trangolemu, y salió casi corriendo del cementerio, hacia la población. Ya era casi de noche y el bosque se había convertido en una oscuridad densa, levemente crepitante, sólo sobre el sendero bailaban algunas manchas de luz. Esas manchas convertían el sendero, ya de por sí no muy plano, en una carrera de obstáculos.

Los primeros pasos intentó caminar más rápido – esta oscuridad profunda, susurrante, pulsante aumentaba su habitual malestar en la oscuridad a un auténtico pánico – pero su primera caída, en la que se torció el pie muy fuerte, la obligó a caminar con más cautela y lentitud. La mayor parte

del camino, avanzó a tientas paso por paso, prestando atención a cualquier sonido que surgía del bosque.

Sentía sobresaltos una y otra vez, y lentamente empezó a dudar si había escogido el camino correcto. Ya todo estaba absolutamente oscuro, solamente algunos pálidos rayos de luna temblaban sobre el sendero, pero estos confundían más de lo que ayudaban, y ella escuchó la puebla mucho antes de ver las luces débiles de las rukas.

Con una enorme sensación de alivio caminó en la dirección de la ruca donde vivía, en este terreno se sentía segura. Pasando los huertos, justo se estaba dirigiendo a su ruka, cuando de repente fue atacada. Sintió cálidos, desnudos brazos en su cuello y suaves labios en sus mejillas, y cayó con el ataque desesperado hacia atrás contra un cerco de madera y mimbre.

- Miguel, ¿dónde estuvisteis tanto tiempo? ¿Estuvisteis con Pirén?

- Millaray, ¿qué estáis haciendo?

- ¿Dónde estuvisteis? ¿Por qué no me lo queréis decir?

- Estuve con Trangolemu, Millaray, en el cementerio... ¿Por qué lo queréis saber?

- ¿De veras?

Millaray dio a Anna otro beso en la mejilla, la soltó y se sentó a su lado bajo el cerco.

- Simplemente estaba preocupada que podríais de verdad corresponder a la sinvergüenza de Pirén, eso es todo. ¿Y de qué hablasteis con Trangolemu, por cierto?

- De mis tareas aquí, Millaray, nada sobre vos.

Por Dios, cómo se resolverá todo esto... Por lo menos parecía que ni Kalfüray ni Trangolemu le habían contado nada a su hermana. Que bien no podía ver su cara en la oscuridad. Mientras tanto, Millaray seguía hablando.

- ¿Ahora seguramente pensáis que soy ridícula?

- No, para nada, pero ¿por qué me queréis ver tan tarde? Y ¿por qué me atacáis así?

- Es que quería hablar con vos a solas, pero durante el día siempre hay alguien cerca, y esa Pirén siempre merodea por aquí. Entonces me puse a esperaros frente a vuestra ruka. Y no digáis que os ataco.

- Y ¿para qué me esperábais?

Millaray no dijo nada, y en la oscuridad entre el cerco y el bosque no se distinguía mucho más que siluetas vagas. Anna sintió cómo Millaray tomó su mano.

- Mirad, yo seguramente nunca más voy a volver a La Imperial. Kalfüray tampoco, ella se va a convertir en una machi y tiene que quedarse con su maestra. Si mi padre intentara mandarme a La Imperial sola, ¡me voy a escapar! ¡Y Trangolemu me apoyará!

Sí, eso probablemente es verdad, pensó Anna, pero en voz alta dijo:

- Todo eso puede ser, Millaray, pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

Bueno, se dice siempre que mi padre me quiere casar con un español, y vos sois español, ¿verdad? Y os gusta aquí, ¿verdad? Y nos llevamos muy bien... ¡de cualquier manera soy mejor pareja que Pirén! Si ahora también sois amigo de Trangolemu, seguramente os aceptará entre sus guerreros, ¡y ahí tendríamos todo! ¿Qué os parece?

Anna se quedó sin habla por un momento, y cuando todavía estaba pensando en una respuesta que sonara convincente, sintió un aliento cálido en su cara – Millaray estaba intentando besarla.

- ¿Qué diablo estáis haciendo?

- ¿Por qué? ¿No os gusta? ¿O es acaso que Kalfüray tiene razón con sus habladurías y no sois un hombre de verdad?

Pese a la tibia noche de verano, Anna sintió gotas de sudor frío acumularse sobre su piel. ¿Cómo se metió en este embrollo? Hasta ahora todo había funcionado bien, y ahora viene primero Trangolemu, ahora su hermana... Y de Francisca, ni hablar... Tenía que hablar urgente con Kalfüray, nunca se le había notado nada raro... ¿O acaso era una trampa? Pero, ¿de quién? Suprimió el deseo de salir corriendo y solamente separó a Millaray de sí con un suave empujón.

- ¡Dejad esas tonteras! Sabéis muy bien que me voy a meter en problemas si vuestro padre nos encuentra así, ¡después de todo soy su huésped! ¡Además ya os había dicho que no me quiero casar ni con vos ni con nadie! Por lo menos no ahora... - añadió para suavizar.

Millaray calló, sólo se escuchaba su respiración en la oscuridad. Probablemente estaba ofendida, así que Anna lo volvió a intentar.

- Escuchad, realmente os quiero mucho, y me honran vuestras propuestas, pero esa clase de decisiones no se toman sin el acuerdo de vuestro padre y vuestro hermano, ¿seguramente comprendéis esto? Dejemos ese tema para otro día, por favor...

- Bien, pero me tenéis que prometer que no os vais a casar con Pirén. - Millaray sonó algo apaciguada.

- Sí, os puedo prometer eso. - Anna sólo esperaba que el alivio no se notara demasiado en su voz.

- Bien, hasta mañana entonces. Voy a venir a vuestra ruka.

Y tan silenciosamente como había aparecido, Millaray se disolvió entre las negras sombras de la noche.

Capítulo 18. Navidad en la ciudad.

Después del mediodía del día siguiente, Anna ya estaba en camino de vuelta a La Imperial. Había pasado el resto de la noche en vela, pensando. Lo de Millaray era preocupante, si, pero por último sus hermanos se encargarían... Lo de Trangolemu, por otro lado.., No sabía bien qué hacer con eso. Era lo más parecido a un beso que había recibido en su vida, y sí, Trangolemu le resultaba curiosamente atractivo... Quizás, si se hubiera quedado en el cementerio, le hubiera correspondido... ¡Qué idea! Y ¿qué pasa con su carrera que planeaba tan bien? Y ¿qué con Gonzalo? Por mucho que lo pensara, no se le aclaraba nada, Y no sabía bien cómo reaccionar si se encontrara con Trangolemu de nuevo...

Lo primero que hizo en la mañana fue ir a hablar con Pucón. Le comentó que se estaba acercando la Navidad, y que le gustaría mucho celebrar esa fiesta, algo que sólo era posible en La Imperial. En el caso de que sus hijas algún día quisieran volver al monasterio, sería muy fácil para Orosco enviar a alguien para traerlas. El viejo cacique la miró con curiosidad, pero su única hija presente, Kalfûray, no parecía interesada en las palabras del correo, así que el cacique, al parecer cansado de tantas aventuras de sus hijos y convencido de la inocuidad del joven correo, lo dejó ir.

Despedirse de Millaray era mucho más difícil. De nuevo en traje español, camisa, jubón y calzas, se dirigió a la ruca de Millaray, donde ya se habían enterado de que su amigo, el correo, volvería a la ciudad española ese mismo día. Entonces, cuando Anna se acercó a la entrada, donde estaba Millaray junto con otras muchachas, ésta se dio vuelta abruptamente y entró en la ruca sin decir palabra. Anna la llamó, pero sin éxito. En su lugar se le acercó Kalfûray, tanto, que nadie podía escuchar lo que decía:

Dejadlo, Miguel. Realmente se le había metido entre ceja y ceja eso de casarse con vos, va a necesitar un buen rato para superar la decepción.

Se le acercó aún más, de manera que Anna podía sentir su respiración sobre el cuello, le puso una mano en el hombro y le miró en los ojos:

- Vos de verdad sois una mujer, ¿no? ¿Tengo razón? ¿Hablasteis con Trangolemu?

Anna callaba, y Kalfüray sonrió:

- No os preocupéis, voy a guardar vuestro secreto, os lo prometo. Hasta pronto.

Se dio vuelta y desapareció tan rápido como su hermana en la ruka.

Logró esquivar a Trangolemu hasta el último momento.

La vuelta a la ciudad se produjo entonces, pese al espléndido día de verano, de manera algo melancólica. Anna dejó que el caballo trotara a un ritmo tranquilo, casi sin controlarlo, para prolongar el viaje lo más que podía y tener tiempo para pensar.

Demasiadas cosas rondaban por su cabeza y tenía la impresión que era eso lo que le impedía ver el cuadro completo, y ella sólo tendría que ordenar bien todo para finalmente comprender qué era lo que estaba pasando y cómo podría salir de ese desastre sana y salva.

Primero estaba Kalfüray, que de alguna manera debía haber logrado descubrir su secreto. ¿Era porque era una bruja, o casi? O ¿era porque había hablado con Francisca? Y, sobre todo, ¿era eso razón para preocuparse? Por otro lado, Kalfüray nunca le había parecido una persona chismosa, a Trangolemu este asunto parecía hacerle gracia, y hasta darle un poco de admiración, y Millaray definitivamente no dudaba de su masculinidad. Sólo le quedaba esperar que mantendría fiel a su promesa y no la delataría sin razón... Aun así, lo mejor era desaparecer de su vista... Pero tenía que hablar urgentemente con Francisca, sobre todo porque los recientes líos amorosos no la dejaban respirar tranquila. Y lo que más la molestaba era que ni siquiera ella misma sabía bien qué quería. Se sacudió para quitarse los pensamientos y concentrarse en lo importante.

Millaray seguramente olvidaría pronto a Miguel el correo, era demasiado vivaz para perderse en memorias tristes.

La preocupaba muchísimo más lo de Trangolemu, pues no sabía todavía cómo comportarse, ni siquiera cómo nombrar lo que sentía. Ni por qué en ese momento no sabía bien a quién prefería, si a Gonzalo o a Trangolemu... Pues si esto era enamorarse, no se parecía en nada a lo que había leído en las novelas... Por ahora esperaba que meterse de lleno en su trabajo de correo le ayudaría a aclarar sus ideas. Y no por último, alejarse de la puebla mapuche debería asegurar que

su secreto se mantuviera seguro. Además, Trangolemu le había dado algunas pistas que podrían ser muy útiles, había que aprovecharse de ellas: que la misteriosa persona detrás de di Neri, era alguien de La Imperial, que con toda probabilidad no era el tabernero, y era él (¿o ella?) quien dirigía toda esta historia – fuera lo que fuera.

Pero ¿quién era ese alguien? ¿Los dos Peñalosa? ¿O uno de ellos? Parecían especializarse más bien en apuestas y pequeños embustes similares, y además creían firmemente en la existencia de la Ciudad de los Césares ...

¿El cura? Era ya bastante viejo, pero por el otro lado también un personaje bastante rústico detrás de su fachada de viejito pacífico... ¿Realmente estaba tan intensamente involucrado en los asuntos seculares de la ciudad?

¿Una de las monjas? ¿De verdad tenían tanta sangre fría? ¿Para qué? Matar a Di Neri no les servía de nada...

Y ¿quién más podría ser? ¿Acaso Orosco? No era el típico conspirador, y como gobernador ya tenía todo el poder en la ciudad... Y, sobre todo: ¿qué tenían la monja asesinada y el italiano que ver con todo esto? No importaba cómo, o cuánto tiempo lo pensaba, nada parecía realmente explicar toda la situación...

La Imperial la saludó tan ocupada como siempre. Pese a las fiestas cercanas, la atmósfera era exactamente la misma que en cualquier otro día de verano. Incluso el pesebre grande había sido eliminado, con la excepción del pequeño grupo de la Sagrada Familia y los Reyes Magos, que se había decorado con muchísimas flores vivas. Aparte de eso, nada más en la plaza recordaba aquel drama sangriento que había tenido lugar en ese mismo sitio hace apenas una semana.

Tanto más consolador y acogedor era bajar del caballo frente a la residencia de Orosco y dejarse mimar por Francisca. Estar de nuevo sentada en la mesa larga y discutir sobre novedades comiéndose la omnipresente cazuela parecía quitarle el peso de encima.

- Entonces ¿os gustó allá? - preguntó Francisca mientras le servía pescado en escabeche.

- Sí, no estuvo mal. El cacique es un aliado sólido de los españoles, y su hijo, Trangolemu, parece conocer muy bien toda la provincia, hasta el otro lado de los Andes y los lagos del Sur.

- Y ¿pensáis que las muchachas volverán al monasterio?

- No, eso no lo creo, Kalfuray quiere convertirse en machi, y Millaray está disfrutando de la vida. Me sorprendería mucho si una de ellas decidiera volver, y ni hablar de las dos...

- Mmmm.

Se produjo un silencio que Anna no supo explicar bien, así que preguntó:

- Y ¿aquí pasó algo nuevo?

- Bueno, Diana y sus hijos viven ahora aquí, en la residencia, y tampoco tienen planes de volver al monasterio. Para las dos Isabelas eso naturalmente significaría, en el peor de los casos, que se quedarían sin un duro y en la calle – pues tampoco son las propietarias del edificio, Diana se lo podría quitar en cualquier momento. Hay rumores de que quieren mudarse a otra ciudad, quizás a Concepción o Chillán. Orosco está también de bastante mal humor, un monasterio coincidía tan bien con sus planes. Quiero decir, en vuestro lugar yo no lo molestaría con malas noticias, por lo menos no tan pronto.

- Bien.

Anna, hesitando, asintió con la cabeza, algo que no se le escapó a Francisca.

- ¿Estáis preocupada por Orosco u ocurrió algo más?

- Bueno...

- ¿Sí? ¡Ya pues! ¡Contadlo! No os voy a hacer nada, os prometo – añadió y le guiñó un ojo. Millaray quiso casarse conmigo. Y yo creo que su padre estaba de acuerdo. Me costó bastante salir de allí.

- Entonces ¡tuviste suerte, mi niña! - Francisca soltó una carcajada – ¡Imagínate el escándalo de la noche de bodas!

Se reía con alegría, mientras que Anna asentía deprimida.

- ¿Por qué tan triste? ¿Si te has podido liberar del embrollo? Haces como te digo y no volverá a pasar. ¿O entendí algo mal?

- No, no es eso... Sólo que no es todo...

- ¿Sí?

- Bueno, primero, Kalfüray sabe – no me pregunte cómo, pero sabe – y – esperádmeme, que todavía falta – señaló, pues Francisca claramente quería decir algo – se lo dijo a su hermano Trangolemu, y él intentó darme un beso. También me ofreció casarse conmigo...

Anna soltó una risita nerviosa y miró a Francisca, quien la observaba con la boca abierta.

- Y vos, ¿Qué le contestasteis?

- Que me lo iba a pensar. Y es verdad. Es que no sé....

Pero ya era tarde. Francisca temblaba de risa, su boca se abría para decir algo, pero sólo

salían carcajadas o palabras sueltas.

- Entonces... el cacique... y tú... o yerno.. o nuera... y esperan... la respuesta...

- Es que es eso justamente, no sé qué hacer...

- ¿Qué queréis decir?

- Que no sé, me gustó que Trangolemu intentara besarme, me hizo gracia, él me parece atractivo...

- ¿De veras queréis ir a vivir con los indios?

- Es que no lo sé... Trangolemu me agrada, y mucho, pero no sé si debería irme a vivir con él derechamente... Y además... - pausó y miró a Francisca con una expresión insegura -

- Ya pues, soltáadlo

- Es que además se me ocurrió que también me gustaría besar a Gonzalo...

- ¿Cómo que “también”?

- Es que lo estuve pensando mucho, en la noche, y la verdad es que me gustan ambos, y no sé por quién decidirme...

- ¿Estáis acaso enamorada?

- Tampoco lo sé, nunca he estado enamorada....

Francisca golpeó la mesa con la cuchara de madera que tenía en la mano.

- ¡Eso es imposible! Y ¿qué quieres hacer ahora? Supongamos que te decides por Gonzalo, ¿qué va a pasar? ¿Acaso se lo quieres contar?

- Bueno, todavía no le conté nada... Pero es que estuve pensando que a lo mejor podríamos escapar juntos a San Juan....

Anna, nerviosa, hacía rodar pelotitas de miga de pan sobre la superficie de la mesa y miraba con ansias a Francisca.

- ¡Si es que está de acuerdo! ¿De verdad no veis cómo eso va a terminar? Incluso si Gonzalo estuviera de acuerdo – que no está para nada dicho - ¡habría un escándalo enorme, que para todos nosotros tendría consecuencias horribles! Padre Tomás hará un alboroto tremendo, que se escucharía hasta Madrid, y de Orosco no quiero ni empezar. Mejor que vayáis con el indio, allí los nuestros no le van a poder hacer nada.

Tenía la cara enrojecida y alzaba las manos al cielo, como si no se pudiera creer la tontería que acababa de escuchar, pero al ver la expresión afectada de Anna, la preguntó en un tono más suave:

- ¿Es que nunca antes has pensado en una situación así? Y ¿qué harías en ese caso?

Anna negó con la cabeza y murmuró, desafiante:

- De cualquier manera, no me puedo ir de aquí sin más ni más. Necesito reportar algo al gobernador. Sino no puedo seguir siendo correo real.

- ¿Y eso para ti es más importante que cualquier otra cosa? ¿De veras?

La voz de Francisca era suave y preocupada, pero Anna no era capaz de hacer nada más que nuevamente asentir, muda.

- Está bien, descansad primero. Pero os advierto que le voy a pedir a Orosco que os deje ir, y entonces si vais con los mapuches, allá vos. Pero así, la cosa no puede seguir.

Anna, no obstante, no estaba dispuesta a descansar. Se puso ropa limpia en su habitación y se dirigió de inmediato a la ciudad, que ya se estaba volviendo a llenar con el frescor de la tarde. Quería ponerse al corriente de los rumores en la ciudad. La iglesia estaba siendo decorada con flores y cintas para la misa navideña, las cosas necesarias para eso estaban amontonadas en la entrada, y los soldados que tenían libre estaban al parecer todos allá, coqueteando con las mujeres que se ocupaban de las flores.

La conversación con Francisca tuvo el efecto contrario al que esa habrá esperado: en lugar de ahuyentar la idea de una relación amorosa de sus pensamientos, por lo menos en su presente situación, fue el impulso para que tomara una forma concreta. Por primera vez, Anna pensó seriamente sobre la posibilidad de no estar sola. Lo primero que haría sería hablar con Gonzalo, a ver cómo funcionaba – quizás él era muy distinto del hombre que se imaginaba – y después decidir si estar con él o con Trangolemu. Innombrables posibilidades para una vida en pareja rodaban por su cabeza. Nunca antes había estado enamorada, y ahora se preguntaba si era eso. El simple pensamiento, sencillamente el hacer planes mirando las flores amontonadas en el suelo la hacía increíblemente feliz y le daba la sensación de estar casi volando sobre la plaza polvorienta. Los planes ambiciosos de carrera le parecían insignificantes y banales.

De aquí no son más que dos, tal vez tres días hasta la cordillera, y, hasta ahora, ningún español sabía decir bien qué viene después. Campo abierto. La mejor oportunidad de volver a convertirse de nuevo en otra persona. Pensó en sus ojos color avellana con las minúsculas arruguitas por el sol, en cómo le guiñó un ojo – o bueno, a Miguel el correo – pero ¿Era eso realmente tan importante? Desarrollaba planes cada vez más detallados. Si la Ciudad de los Césares existía de verdad, se podía ir allá, y en el caso contrario, siempre está la nueva ciudad de Sebastián Gaboto, Buenos Aires, y empiezan una nueva vida como pareja allá.... ¿Tal vez incluso como pareja de mercaderes? Podría escribirle a su padre, seguramente la perdonaría, aunque sólo fuera por no

perderse la oportunidad de forrarse de plata en el Nuevo Mundo, con lo tacaños que él y Hinrich eran....

Y ¿qué pasa con Trangolemu? Tiene ojazos negros, grandes... Con él sería la vida completamente distinta, lejos de la rígida etiqueta española. Y estaría segura de no tener que pedirle nada a su padre nunca más.

Justo en esos momentos, las dudas volvieron a colarse entre sus gloriosos planes y la detuvieron: ¿quién te dice que Gonzalo reaccionará como tú piensas? ¿Que una vez que ya no podrá ver en ti sólo a su compañero Miguel, no se enojará o, peor, se burlará de ti? ¿Que no te traicionará? ¿Que Trangolemu no cambiaría de opinión, no te dejara en ridículo frente a toda la tribu, y sin posibilidad de volver con los españoles? ¿Tienes tú una idea de lo que pasa con gente como tú, si son capturados? ¿Ya olvidaste las palabras de Francisca? Nada de eso hubiera pasado sin sus estupidas ganas de aventuras, de tomar riesgos, vestirse como hombre...

Anna sintió frío y una extraña sensación de impotencia en su interior. Pensó que debería volver a hablar de eso con Francisca. Por otro lado, se podía imaginar qué sería lo que ésta diría, así que sus pensamientos se volvieron a perder en la nada.

En este momento vio en un grupo de soldados a Miguel Peñalosa. Gesticuló furtivamente, para que se alejara de los demás, pero él reaccionó con una alegría que la hacía sospechar de que ya había empezado con su ración diaria de chicha.

- ¡Ya volvisteis! ¿Cómo os fue en vuestra misión? ¿Mucho éxito?

- Eso se verá - respondió Anna con cautela - pero necesito urgente hablar con vos sobre Trangolemu y di Neri.

La alegría borrachina desapareció de golpe de la cara de Miguel y le contestó en voz baja y seria:

- Después de la puesta del sol, en la misma torre que la vez pasada.

Anna buscó a Gonzalo con los ojos, pero antes de que tuviera el valor de hablarle, escuchó a sus espaldas:

- ¡Señor Correo, es verdad entonces que ya volvisteis! Entrad por favor, necesito preguntaros algo.

El Padre Tomás se les había acercado desapercibido e invitó a Anna de manera amable, pero muy firme a su casita al lado de la iglesia. De nuevo, Anna volvió a pisar el mismo lúgubre cuarto donde habían velado el cadáver de di Neri. Ahora, sin embargo, no quedaba ni un rastro de ello: parecía simplemente una sencilla vivienda, como otras miles en todas partes del Nuevo Mundo.

En la mesa grande de madera ahora había un jarro y uno de esos elegantes vasos de cristal, también una Biblia abierta, en los rincones estatuas de santos, Santiago, Jorge y Arcángel Miguel, todas grandes y pintadas de colores - si bien de un trabajo menos fino que las en la casa de Orosco - además de una estatua mucho más pequeña, de la Virgen. El sacerdote indicó, algo impaciente, hacia un taburete de madera al lado de la mesa, y Anna se sentó. El Padre Tomás, por otro lado, se quedó de pie y caminaba despacio por la habitación mientras la interrogaba.

- ¿Ocurrió algo nuevo en la población mapuche, de que nosotros, es decir Capitán Orosco y yo, deberíamos estar informados?

- Bueno, en realidad nada urgente – balbuceó Anna, sorprendida por su tono, que iba tan mal con su habitual, amable manera patriarcal – pero tuve la impresión de que las hijas del cacique no tienen ningún deseo de volver a La Imperial, y su padre probablemente no las vaya a obligar.

- Eso desde luego es lamentable, pues con toda seguridad significaría el fin del monasterio isabelino. Por otro lado, estas dos niñas nunca me parecieron hechas para una vida religiosa.

¿Por qué lo preocupaba tan poco una noticia tan mala para las monjas? Y si no estaba hablando de las hermanas, ¿de qué estaría hablando entonces? ¿En qué pensaba? Ahora estaba justo frente a ella, apoyándose en la mesa con los puños. La sotana arremangada dejaba ver los brazos hasta los codos, mostrando una piel curtida y tiesa sobre venas prominentes y músculos como cuerdas. Anna se obligó a no mostrarse amenazada y seguir mirándole a los ojos. El viejo (¿De verdad sería tan viejo? ¿No mentía?) habló con un tono grave e insistente.

- Lo que me interesa más bien es si durante vuestra estancia con los indios percibisteis algo que podría ser de relevancia para la vida y seguridad de La Imperial. El Capitán Orosco os considera un joven inteligente, así que: ¿ha ocurrido algo que vos consideráis importante?

Miró a Anna, y en su mirada había al mismo tiempo expectativas y escrutinio, y ella contestó con cautela, sin saber, cuánto exactamente podría contarle sin correr algún riesgo.

- Bueno, su hijo y heredero, Trangolemu, no es tan amigable hacia los españoles como su padre – el sacerdote asintió con la cabeza, como si estuviera confirmando algo que él ya sabía – pero no tuve la impresión de que estuviera planeando algo concreto. Lo creo capaz de aprovecharse de una situación que se le ofreciera, pero hasta ahora – se encogió de hombros – no parece estar haciendo nada concreto. Incluso – aquí el Padre Tomás escuchó con atención – se supone que por encargo del difunto representante de su Majestad el Virrey...

- ¿Os referís a este italiano, el asesinado? – la interrumpió el Padre Tomás.

- Sí, justamente. Para él, Trangolemu estuvo buscando un camino para cruzar los Andes y libre pasaje por el territorio de las tribus cordilleranas. Es decir, hasta él está por ahora tranquilo y no

busca guerra.

El Padre Tomás bajó la cabeza y pensó brevemente, pero no dijo nada, más bien preguntó:

- ¿Y nada más llamó vuestra atención? ¿Estáis seguro?

Anna negó rotundamente. De ninguna manera quería discutir sobre el supuesto “Rey” o el tabernero con este sacerdote raro.

- En cuanto a los asesinatos ocurridos recientemente, ¿estáis seguro que no averiguasteis nada nuevo con los salvajes?

Anna volvió a negar con la cabeza y se esforzó por no evitar la mirada penetrante del sacerdote, algo que no le resultó fácil. Éste la observó un momento y dijo por fin:

- Bueno. En este caso estáis libre de iros. Muchas gracias. Podéis, sin embargo, venir conmigo en cualquier momento si se os ocurre algo. Es importantísimo para nuestra ciudad.

Anna asintió y se levantó lo más rápido que pudo. Quería escaparse y estaba ya casi por salir cuando el sacerdote la detuvo.

- Supongo que pronto volveréis a Santiago. Por ello es muy importante que vayáis a ver a las monjas lo más pronto posible. Las últimas noticias acerca de Magdalena y Catalina seguramente tendrán consecuencias para el futuro del monasterio y de las monjas mismas. Las pobres necesitan tiempo y una oportunidad para buscar una salida y poder mandar un pedido correspondiente al Gobernador.

- Lo haré enseguida, Padre, gracias.

Anna, aliviada, abandonó la casita del sacerdote y cruzó la plaza, por delante de los soldados que todavía estaban coqueteando con las mujeres frente a la iglesia como si nada hubiera pasado. Lentamente caminaba por las calles e intentaba conjurar algo de ánimo navideño. Navidad siempre había sido su fiesta favorita, pero hoy, un día antes de Nochevieja, todo parecía cubierto de una rutina de plomo, sólo un poco más decoración en la iglesia. Ni la alegría de la naturaleza veraniega lograba alejar esta gris pesadez, y Anna se preguntaba por qué sería: por la ciudad, los asesinatos, o acaso algo en ella misma había cambiado. Casi sin darse cuenta llegó así a la ya bien conocida puerta recubierta de moras.

Aquí también, todo parecía como siempre, y sin embargo no lo era. La luz verdosa, filtrada por las hojas, todavía estaba allí, pero en lugar de los antes omnipresentes sonidos – fragmentos de conversaciones, risa de niños, movimiento – ahora reinaba un silencio completo, en el cual hasta el crujir de sus botas sobre la gravilla sonaba como trueno. Nada se movía. Llamó con

cautela:

- ¿Madre Isabel? ¿Hermana Isabel? ¿Hay alguien allí?

Pasados algunos segundos, se abrió la puerta de la celda de la madre superiora y la Madre Isabel se asomó por la apertura. Su cara, siempre severa, había adquirido en los últimos días una expresión derechamente amarga y demacrada, y en su voz se escuchó mucha más molestia que alegría de volver a ver al correo.

- ¿Señor Correo? ¿Qué queréis aquí? ¿No os habíais ido?

- Sí, por supuesto, pero estoy de nuevo en La Imperial, y quise pedir el informe para el Gobernador, el que ibais a preparar.

Ah ya.

La Madre Isabel se puso una mano en la frente, como si se hubiera olvidado por completo de algo e intentara acordarse. Finalmente invitó a Anna:

- Bien, entrad. Pero por favor seáis un poco más delicado, mi sobrina ya se acostó, últimamente no se siente muy bien.

Cerró la puerta detrás de Anna, indicó hacia un taburete de madera en la pequeña mesa y se sentó en la angosta cama. La pequeña ventana al lado de la puerta ahora, por la tarde, ya casi no dejaba pasar la luz natural, así que en la celda ardían dos velas, una en el altar en el rincón, otra en la mesa. Su luz débil sólo alcanzaba a alumbrar su entorno inmediato y dejaba el resto de la celda en una oscuridad que por el contraste parecía más profunda.

Cuando Isabel se movía, sombras negras bailaban en las paredes, como en el día que encontraron a su predecesora. Dejó que pasara algún tiempo antes de hablar, Anna tuvo la impresión que habían pasado varias minutos, aunque era improbable que hubiera sido tanto tiempo.

- Entonces, Señor Correo, si estáis aquí solo, ¿debo suponer que los rumores son ciertos y las muchachas indias no volverán al monasterio?

- Sí. - confirmó Anna y la monja suspiró.

- Bueno. Es decir, por supuesto, que no es bueno para nosotras. Me imagino que os habréis enterado de que Diana también nos dejó. Y además tengo aquí – indicó con un vago movimiento de la mano hacia un rincón, donde probablemente estaba el arcón con los documentos – cartas sin enviar de la difunta Madre Isabel, donde dice que se había peleado con Orosco porque él quería ver a Diana casada, de ninguna manera como monja, ahora debiera estar contento... - suspiró de nuevo y miró fijamente un rincón de la celda – Entonces todo indica que nos vamos a quedar sin

un duro, y mi sobrina de verdad no soporta bien la idea de volver a quedar en la ruina...

De repente levantó la cabeza y miró a Anna, asustada.

- Oh, pero ¡por qué os molesto con nuestros pequeños dramas! Perdonadme por favor. ¿Vos seguramente vais a volver a Santiago bastante pronto?

Anna asintió con reservación.

- Sí, pero todavía no estoy seguro cuando...

- Eso no es grave. Lo que os quería preguntar: ¿tenéis mucha prisa o podéis interrumpir brevemente vuestro viaje en Concepción?

- ¡Sí, por supuesto! Con lo larga que es la distancia, voy a hacer varias paradas. ¿Necesitáis algo en Concepción?

- Probablemente vamos a tener que mudarnos con mi cuñado, que vive allí, y luego intentar encontrar asilo en algún monasterio. Voy a escribir mensajes al respecto, a Santiago y a Concepción. Pero voy a necesitar algo de tiempo para formularlos. ¿Eso no contradice vuestros planes?

- Desde luego que no, no os preocupéis. No me importa esperar.

La Madre Isabel (¿o era ahora simplemente Isabel?) se lo agradeció entusiasmadamente y ofreció a Anna quedarse a cenar. Pero ésta se negó, pues suponía que las dos estaban gastando sus últimas reservas y de ninguna manera les quería causar más daño. Tenía mucho curiosidad por preguntarla sobre su versión de lo ocurrido en la población mapuche, pero decidió que no tenía sentido: no diría nada nuevo, pero sí le causaría pena. Era muy obvio por qué Madre Isabel era ahora tan excesivamente amable, ni sombra de su anterior severidad arrogante, pero a Anna eso daba más pena que satisfacción...

Caminó por las calles, cuyos muros rojizos tragaban los últimos rayos solares del día y lentamente iban adquiriendo un color violeta azulado. Al mismo tiempo se empezaban a sentir los primeros golpes del viento frío, desagradables en el aire tibio, y Anna levantó el cuello de su jubón. No tenía sentido ir a casa ahora, faltaba poquísimo hasta la puesta del sol, la hora de juntarse con Miguel. Se dirigió a la misma pequeña torre donde tuvo lugar la última reunión de los conspiradores, no era difícil encontrarla en la pequeña ciudad.

En la escalera de la torre, un poco arriba de la entrada, se sentó en los peldaños y se apoyó contra el muro - su madera todavía entregaba el calor del día al aire que se estaba enfriando rápidamente. Anna cerró los ojos y se preparó para una larga espera.

En su cabeza zumbaba una multitud de ideas y pensamientos - ¿quién era el Rey del que habló

Trangolemu? ¿El tabernero claramente era un personaje turbio, pero ¿qué tenía que ver exactamente? ¿Será verdad que Orosco quería que Diana se casara? Y si era así, ¿con quién? ¿Por qué él nunca lo había mencionado? Pero ¿para qué, o por qué mentiría la monja? ¿Cuáles eran los papeles del cura y del tabernero en todo eso? Cuanto más tiempo pasaba allí sentada, más estúpido le parecía el haber concordado un lugar de reunión tan aislado, seguramente se podría hablar lo mismo, en voz bien bajita, en algún lugar donde hubiera gente cerca – Miguel y Gonzalo le habían parecido como pequeños pícaros simpaticones, pero los últimos días la hicieron dudar de sus ideas preconcebidas. En realidad, no sabía nada sobre ellos. Además, el día que murió di Neri, tampoco estuvieron todo el tiempo en la iglesia... De cualquier manera, quería ver la reacción de Miguel a sus noticias. Hablando de lugares con mucha gente, la taberna era seguramente un lugar ideal para todo tipo de negocios turbios... Con tanta bulla y ajetreo, nadie te escucha, pero tú puedes escuchar a todos.... Ahora, el calvo era un personaje bastante conspicuo, a lo mejor demasiado conspicuo, y Trangolemu tenía razón, el Rey debía ser otro...

Pese a la avanzada hora y el aislamiento de la torre no escuchó la llegada de Miguel hasta que éste estuvo frente a ella en la escalera con un “¡Ahí estáis!”. Anna miró rápidamente afuera, Gonzalo estaba esperando cerca de la puerta, con una cara de aburrimento, pero llevaba su daga visible en el cinturón. Decidió hablar con él a solas después de la conversación con su hermano. Pero primero subió con Miguel la escalera hasta la pequeña cámara, donde se sentaron en la sombra, de una manera que alguien que caminara por la calle a esa hora no los pudiera ni ver ni escuchar.

- ¿Así que? - preguntó Miguel después de una pausa.

- Me junté con Trangolemu, y me contó algunas cosas, aunque probablemente no todo lo que sabe. Di Neri le había encargado una tarea, y él la cumplió.

- ¿Qué clase de tarea?

- Lo que pensasteis. Buscar para la expedición un camino libre por la cordillera y, además, conducto libre por los territorios de las tribus andinas.

- Pero ¡esas son excelentes noticias! ¿Dijo algo más?

- Di Neri le pagó una parte, y ahora espera más oro para continuar sus servicios. Cincuenta doblones.

Miguel hizo una mueca, pero le contestó:

- Eso seguramente se podrá arreglar.

- Por el otro lado también dijo...

- ¿Sí?

- Dijo que la expedición no era para buscar una ciudad, pues esa ciudad no existe, pero aquí en La Imperial tiene que haber alguien, un Rey, quien está organizando todo esto y tiene sus propios planes.

En la pausa que se produjo, Anna intentó descifrar la expresión de la cara de Miguel, pero en la oscuridad era imposible. Por dentro todo se le helaba, ya no había vuelta atrás, así que siguió hablando:

- Pero también ha indicado que aprovechará la ausencia de los hombres de La Imperial para tomar el control de la zona...

Después de otra pausa prolongada Miguel preguntó:

- ¿Qué es lo que intentáis decir con eso?

Sonaba tranquilo, sin emociones, pero su voz era, de alguna manera... ronca, no como siempre, y Anna le contestó en un tono casi suplicante:

- Miguel, ¿sabéis quién es este “Rey”? ¿Cuáles son sus planes? No pensáis que ¿la cosa ha ido demasiado lejos si ciudad misma, La Imperial, está en peligro?

De nuevo pasó mucho tiempo antes de que escuchara una respuesta, y esta vez Miguel sonaba furioso:

- ¡Qué estupidez! Pensaba que erais más inteligente. Deberíais prestar menos atención a lo que cotorrean indios estúpidos.

Las últimas palabras parecían provenir de bastante distancia, desde la dirección de la salida, y algunos segundos más tarde siguieron los sonidos de pasos que se alejaban. La conversación había concluido.

Cuando Anna salió de la torre algunos momentos después, no se veía el rastro de los hermanos. Estaba anocheciendo rápidamente, y la calle se convertía poco a poco en un conjunto de sombras más o menos densas. Decidió que no tenía prisa para irse a casa. No podía sacarse de la cabeza al misterioso “rey” – mencionarlo obviamente irritaba a Miguel, pero ¿por qué? ¿acaso era él? No le parecía probable, no podía ser un soldado raso o pequeño artesano, se necesitaba poder, dinero, o por lo menos conexiones para poder organizar algo así... ¿quién, en esta ciudad tan pequeña, podría serlo? Ni tampoco podía imaginarse a nadie de los pudientes de la ciudad, no arriesgarían la posición que ya tenían por una aventura tan turbia y poco creíble... ¡La Ciudad de los Césares! ¡Por favor!/¡Anda ya!

Un barullo leve e indistinto era el único sonido esa noche de verano. ¡La taberna! Las habituales habladurías de los soldados y artesanos, interrumpidas ocasionalmente por el rugido del barbudo tabernero... Anna se paró en la calle, un poco alejada de la entrada, y observó detenidamente el escenario. Una idea estaba tomando forma. ¿Y por qué no? La taberna era, de alguna manera, más importante para La Imperial que la iglesia o la residencia del cabecilla militar: aquí no sólo se comía o compraba aceite, aquí se divertía, se intercambiaban novedades y rumores sin miedo a las autoridades. Cualquier habitante de la ciudad pasaba por aquí por lo menos una vez por semana, el barbudo tiene que ser la persona mejor informada de La Imperial.... Y seguramente será uno de los más ricos, con la cantidad de clientes que tiene todo el día, todos los días... Incluso si no fuera el Rey – de lo que Anna todavía no estaba convencida – debía haber alguna conexión, era la posición ideal para manipular a todos desde la sombra, como lo dijo Trangolemu. Y lo mejor era que podía averiguarlo aquí y ahora.

Con pasos lentos, sin hacer mucho ruido, rodeó la manzana donde estaba ubicada la taberna. Esta era bastante grande por dentro, y con la bodega detrás, seguramente ocupaba todo el largo de la manzana... La calle a la que salía debía ser la misma donde se había juntado con Miguel antes de su viaje a la puebla india, pero por la oscuridad no podía estar segura. Maldiciendo la noche sin luna entre dientes, paró a la altura aproximada de la taberna y miró detenidamente los edificios. Estaban todos oscuros y silenciosos. Se acercó un poco más. Le parecía que de uno salía el olor familiar de escabeche y vino, mezclado con sudor viejo. Debe ser ésta, también por la ubicación. Miguel la había esperado más o menos en este lugar... La puerta exterior del muro debe estar cerrada, así que saltó y se agarró con las manos de la parte superior del muro, y con un poco de esfuerzo trepó encima. El patio era oscuro y pequeño, la vez pasada casi no lo había registrado, pero sus ojos ya se estaban acostumbrando a la oscuridad, y pudo reconocer las manchas de la puerta y ventana. También se escuchaba algo de la bulla tabernera. Era eso. Avanzó con cautela y empujó la puerta. Estaba cerrada, y no con un lazo de cuero, sino bien, probablemente con llave. Probó la ventana, y esa sí sólo tenía lazo, seguramente porque era demasiado pequeña para dejar pasar un hombre adulto. Bueno, eso era la ventaja de ser flaco y bajito, ¿verdad? La abrió y trepó, cabeza primero, por la oscura apertura.

Cayó sobre algo blando y elástico, y de ahí, sin hacer ruido, al suelo. Aquí había algo de luz: una puerta semiabierta dejaba entrar algo de la iluminación del espacio principal de la taberna y Anna miró a su alrededor. Sin los conspiradores dentro, el misterioso cuarto resultaba decepcionantemente mundano, con sus jarrones, tarros y odres apilados. A juzgar por el olor y las manchas pegajosas en la boquilla, los odres en que se cayó contenían vino, otros, al parecer, aceite.

Se puso a explorar el cuarto, el ruido y la luz de la taberna le ayudaban con la tarea. Nada. Todos los odres que pudo alcanzar contenían algo blando o líquido, los jarrones y tarros, a juzgar por el olor, escabeche y otras cosas avinagradas. Además, eran demasiado pequeños para albergar armas. Tanteó con la mano en el rincón donde según su memoria el calvo guardaba las bolsas con monedas. Nada. Sólo polvo rancio. Se acercó un poquito más a la puerta para ver si podía escuchar algo, pero incluso si lograra acercarse lo suficiente para distinguir algunas palabras sin asomarse por la puerta, lo único que se escucharía serían las sirvientas preparando comida.... Entonces retrocedió a la segura oscuridad de la bodega, hasta tropezar de nuevo con los odres. ¡Sí! ¿Qué fue este sonido que escuchó durante la conversación con el calvo? Salía de aquí... De puntillas, tanteó con la mano la parte superior de los odres amontonados. ¡Había un hueco detrás! ¡Lo sabía! Con un poco de esfuerzo, bajó algunos odres de la pila y, con los ojos acostumbrados ya la penumbra, atisbó el rincón que había detrás. No se veía nada. Se colgó encima de la pila para ver mejor, justo cuando se oscureció la luz de la taberna. ¡Alguien estaba a punto de entrar! Con un movimiento rápido se lanzó al rincón oscuro y cayó esta vez sobre algo duro, tuvo que controlarse para no gritar de dolor.

- ¡Malditos sacos resbalosos! Siempre se caen... - era una voz femenina, debía ser una de las sirvientas de la taberna.

- ¿Eh?

- Tus malditos sacos de cuero, se les sale el aceite, y se caen y una se resbala...

- Se llaman odres, y si los amarras bien, no se les sale nada. ¡Déjalo y apúrate con la carne! - el calvo rugía hasta hablando con sus empleadas, pero la mujer no se asustó.

- Ya voy – hubo un tintineo seco, como de alguien manipulando un tarro de greda, sonidos de pasos y luego silencio.

Anna se asomó con cautela. No había nadie. Ya. Tranquila. Palpando en la oscuridad, levantó el objeto duro que le golpeó el hombro al caer. Resultó ser dos cosas como anillos de hierro, unidos y amarrados con soga gruesa. Había más de esos en el suelo. ¡Grilletes! ¡Trangolemu tenía razón! ¡El gordo traficaba esclavos, aquí, en plena ciudad! ¿Cómo nadie pudo haberse dado cuenta? ¡Podría destruir toda la estrategia de Orosco! ¡Había que contárselo! Pero ¿qué tenía que ver con la conspiración de los soldados? Y, ¿No debería haber armas? Anna palpó el suelo y la pared en la oscuridad, pero en vano. Los odres llenos de sustancias blandas y madera algo aceitosa, nada más, no puertas escondidas ni nada. Simplemente nada.

Bueno, por lo menos tendría algo que contar a Orosco. Anna se deslizó por la ventana hacia fuera y se dirigió hacia la casa de Orosco. Excepto que tuvo que pasar por la taberna, y algunos

soldados vieron al correo y no pudieron no invitar al pobre a tomar unos tragos. No quiso levantar sospechas, y, inicialmente un poco nerviosa, cruzó el umbral.

Aprovechando las nubes de vapor que flotaban en la taverna, Anna se deslizó al rincón cerca de la entrada y se sentó en un taburete. Se acercó el plato y el vaso lleno de un vecino, y este, sin ofenderse, gesticuló por otro nuevo. Tomó un sorbo largo, como lo hacían los soldados que venían para beber y no para conversar. No necesitaba conversación ni demasiada atención. Iba a observar a todos con una mirada nueva, como si no los conociera, tal vez se le ocurriría algo... Era una posición excelente para observar todo lo que estaba ocurriendo en la taberna. El barbudo estaba sentado, como siempre, en su trono al lado del la fogata grande. La mujer seria de cara larga que estaba repartiendo comida en cuencos de madera era seguramente la misma que había entrado en la bodega hacía poco. La había visto ya en algún lugar, ¿dónde? Parece que era una de las mujeres que lavaron el cadáver de Di Neri... Gatica, el de la cara roja, estaba sentado en una de las mesas, rodeado de algunos soldados y artesanos atrasados, tomando chicha y comiendo. Varias mujeres también estaban en las mesas, con sus vasos de chicha y hablando, riendo. Con un pinchazo de preocupación observó que los dos Peñalosa estaban sentados en una de las mesas, bebiendo y bromeando como si nada. Entre Miguel y Gonzalo, estaba sentada una mujer joven, que se reía muy fuerte y abrazaba a los dos. Anna de nuevo sintió un pinchazo en sus entrañas, entre herida y molesta. En realidad ¿por qué? Piensa que eres hombre, y ni siquiera sabes si le gustarías como mujer. Además, es un punto a favor de Trangolemu. Se comportaba con más dignidad durante la fiesta. Sacudió a la cabeza y decidió concentrarse en si podía escuchar algo útil.

No tardó mucho en comprender que no. Entre las distintas voces hablando todas a la vez, las risas y los golpes de las vasos sobre las mesas, lo único que podía distinguir eran gritos. Nadie habla de secretos y conspiraciones a gritos. Ya estaba casi desesperada cuando se dio cuenta de algo. ¡Aquella figura oscura al lado del calvo no había entrado por la puerta! Hace un momento no había nadie allí, tampoco lo había visto en una de las mesas, y si hubiera entrado por la puerta como todos, ella lo hubiera visto entrar. Eso sólo podía significar una cosa, que cierta gente podía entrar por el patio trasero, pero ¿para qué? El oscuro (como lo bautizó Anna) claramente no estaba allí para comer o conversar – aparte con el calvo, claro. La mujer seguía llenando vasos y cortando panes como si nada ocurriera, los soldados seguían comiendo y bebiendo, y sólo Anna se sentía inquieta viendo a esos dos conversar, sin poder escuchar nada. Hizo como si se arreglara el gorro para poder por lo menos observar bien al recién llegado. No era un hombre joven, su figura y movimientos parecían más de un hombre maduro – debería hacer más fácil la tarea de reconocerlo, la mayoría de los soldados con suerte si cumplían los 25. Pero no lograba reconocerlo. A quien más se parecía era, quizás, el Padre, el corto pelo blanco que se asomaba bajo el gorro era muy parecido. Pero no llevaba sotana, no podía estar segura... Mientras tomaba

un sorbo de su vaso, el hombre desapareció de nuevo.

La bulla tabernera seguía, y Anna, cansada de un día largo, por fin decidió abandonar la inútil observación y se encaminó a la casa de Orosco. Ya estaba oscuro, debía ser pasado de medianoche.

Estaba lo suficiente sobria y tranquila para encontrar su camino sola en la ciudad nocturna, pero no tanto para evitar sentir que ocasionalmente un muro tambaleaba o alguna figura monstruosa acechaba en un rincón oscuro. Debían ser los efectos del alcohol y sus eternas sospechas. Así que aprendió después de rodear un par de esquinas a ignorar los ruidos y a poner un pie delante del otro lo más firme que pudo. Casi llegando a la residencia de Orosco, no prestó ninguna atención a los sonidos como de golpes secos en el techo, hasta que algo detrás de su espalda estalló con una fuerza ensordecedora. Todavía aturdida por el susto y el alcohol, se dio la vuelta y vio la estatua del Arcángel Miguel, la misma que siempre estaba en la casa, en el mismo lugar donde había caminado hace un momento.

Capítulo 19. Por fin termina

- ¡Por Dios! ¿Qué está pasando aquí?

Francisca abrió la puerta y salió corriendo, mientras Anna todavía miraba, estupefacta, la estatua en el suelo. El estallido había sido abrumador, y pocos segundos después, todos los habitantes de la casa estaban en la puerta, incluso Diana y sus hijos. Pese a, o quizás justamente por su estado de shock, Anna no pudo parar de reír: todo el mundo llevaba camisetas de dormir, estaban medio dormidos y asustados, nunca los había visto así.

- ¡Dios mío, entrad ya!

Francisca abrazó a Anna y la llevó al interior de la casa – eso era absolutamente necesario, pues el joven, flaco y visiblemente borracho correo empezó repentinamente a temblar y a duras penas lograba mantenerse en pie.

- ¡Silencio!

Orosco frunció las cejas. Dejó que Anna y Francisca entraran y salió a la calle para revisar la estatua. Pero al parecer no había mucho que ver, porque se levantó después de algunos segundos.

- ¿Cómo llega esto aquí? Pedro, ¿dónde se suponía que estaba esta cosa? - esta pregunta sorprendió a su paje, quien todavía parpadeaba con sueño.

- ¿Esta? La debían revisar y limpiar, por las carcomas. Ni sé muy bien dónde estaba últimamente...

- Ya. Entradla primero, mañana veremos quién aquí está tirando mi propiedad por todas partes. ¿O acaso alguien os estuvo persiguiendo?

Anna, que ya estaba en la casa, tomando algún brebaje misterioso de un vaso que le dio Francisca, también era capaz de solamente parpadear y balbucear, por lo abrupto y directo de la pregunta:

- Nno... yo creo que no...

- Excelente, entonces volveremos todos a entrar y nos acostamos, y mañana veremos qué fue lo que pasó con esa estatua. Diana, lleva a los niños a la cama.

Apenas terminando de hablar, subió antes que nadie la escalera hacia los dormitorios, sin mirar atrás ni esperar respuesta, así que a todo el mundo le quedó claro que el episodio se daba por terminado. No les quedaba otra que seguirle. Francisca le ofreció a Anna llevarla a su recámara, „para tranquilizar al pobre muchachito“ y acompañó al correo, todavía aturdido, hacia arriba por la escalera. Tenía algo que decirle a Orosco, pero no se acordaba bien... No importaba...

En la recámara, Francisca cerró la puerta de cuero tan bien como era posible y preguntó en tono susurrante:

- ¿Os sentís bien? ¿Estáis herida?

Anna negó, muda, pero Francisca no paraba:

- ¡Espero que veáis que aquí para vos es realmente peligroso! No creo que alguien conozca vuestro secreto, porque ¡aquí ya andaría el diablo suelto! Pero si sois herida, y alguien os tiene que desvestir, ¡vuestro secreto seguramente se descubrirá! Y ¿qué vais a hacer entonces? ¿Sabéis lo fácil que será culparos de los asesinatos, sobre todo de Girolamo?

A Anna no le gustaba admitirlo, pero Francisca tenía razón. En la irritada, nerviosa atmósfera de La Imperial, una noticia así podría provocar cualquier acusación, de asesinato a brujería....

- ¡Y qué queréis que haga? Prometí a Orosco quedarme aquí hasta que se resolviera el crimen, para poder llevar el reporte final a Santiago... - protestó débilmente, pero Francisca se emocionaba cada vez más y, gesticulando, susurraba casi a gritos:

- ¿Y? ¿Qué te trajo tu visita insensata a los mapuches? ¿O crees que todavía podrás hacer una carrera en la corte si la próxima vez la estatua se te cae en la cabeza? Ya encontraremos una solución, pero tú tienes que salir de aquí... No me importa si vas con el indio o a Santiago, pero vete. La gente aquí se cansó de esos asesinatos, cuanto más rápido todo esto se olvida y el forastero – es decir tú – se va, tanto mejor para todos. Yo misma escuché a Orosco decir eso. Entonces ahora sea buena niña y acuéstate y mañana veremos si Orosco te dejará partir.

Anna, que a esas alturas se sentía como anestesiada, asintió y obedeció, pues el brebaje herbal de Francisca, fuese lo que fuese, resultó ser, tal vez por la combinación con el susto y el alcohol, un potente somnífero. Ya se sentía bastante confusa antes de que Francisca terminara su discurso. Apenas ésta abandonó la recámara, cuando Anna cayó profundamente dormida.

La mañana del día siguiente, Anna deliberadamente se tomó tiempo. Simplemente permaneció en la cama y dejó que el sol le acariciara la cara. Con los ojos bien cerrados permitió que los rayos cálidos se deslizaran por las mejillas y pensó sobre lo ocurrido en las últimas semanas. Desde su huida precipitada de Lübeck hace años, no le había pasado nada parecido. Pese a los peligros y la guerra perpetua en la que se encontraba el nuevo mundo, todo le había parecido una aventura tremenda. La vida disfrazada de hombre, los viajes, la gente, las ciudades espléndidas, los muchos idiomas, la sensación de estar, como correo real, en el centro de los sucesos realmente importantes para todo el mundo, en lugar de encerrada con un libro en una casa burguesa de Lübeck... Era como vivir su propia novela, pero mucho mejor, mucho más interesante...

Nunca había estado en peligro, o por lo menos nunca lo había sentido así. Sólo esta curiosa pequeña ciudad, roja como la sangre, demasiado fría para el Nuevo Mundo, había puesto todo su mundo patas arriba. Su nueva identidad en peligro, gente muere sin que se supiera por qué, todos tenían secretos y la involucraban cada vez más... Por primera vez sentía que su curiosidad despreocupada no le servía de ayuda, todo lo contrario, podría ser su perdición.

Abrió los ojos y miró directamente al cielo azul, manchado por hojas oscuras. Era necesario distinguir entre sus miedos y dudas – y dejar esos a un lado por un momento – y la situación en la ciudad como se divisaba después de lo ocurrido últimamente. Era obvio que eso de la Ciudad de los Césares era una estupidez inventada para engatusar a los soldados, pero algo indudablemente estaba pasando. El tabernero traficaba esclavos y posiblemente armas, pero Trangolemu no lo tenía precisamente en gran estima como adversario. Probablemente tenía razón, ¿para qué

necesitaría un traficante una expedición que involucraba una buena parte de los soldados de la fortaleza? Demasiada atención a sus negocios turbios seguramente iba en contra de sus intereses... Pero ¿quién más podría ser? ¿De verdad el Padre? ¿Por qué? Tenía aun menos razones para hacer algo así, y ¿traicionaría a sus mejor amigo, el comandante? Tampoco estaba segura de que era él el desconocido en la taberna... Ni tampoco se le ocurría nadie más en la ciudad a quien creería capaz de montar una conspiración así de compleja... ¡Pero alguien debe haber sido! ¡Alguién estaba organizando todo ese circo con los soldados! ¡Alguién tiró anoche la estatua! Cuánto más lo pensaba, más estaba convencida de que no había sido casualidad. Que alguien la vio ayer en la taberna y sospechó algo. ¿Pero qué? ¿Qué pensaban que sabía?

Su mirada vagaba por las paredes y se detuvo en un rincón donde una araña de lomo rayado, como un tigre, agarraba una mosca con las patas delanteras, preparada para chuparle la sangre. Las observó un rato, la mosca inmovilizada y la araña que se retiraba lentamente a la sombra, y decidió terminar todo aquí y ahora. Al diablo con la carrera en la corte. Lo mismo con los consejos de Francisca. No tenía ninguna posibilidad de aclarar este asunto sola, como tontamente había pensado hace pocas semanas. Ni tampoco tenía ganas de terminar como la mosca. Se acabó.

Pasó el resto de la mañana con las preparaciones: se lavó la cara en la palangana, se puso ropa limpia, metió todas sus cosas en su saco y pensó exactamente qué era lo que debía decir.

Puntualmente para el almuerzo bajó a la sala grande, donde todo el mundo ya estaba sentado en la mesa. Anna se paró frente a la mesa y miró a Orosco firmemente a los ojos.

- Capitán, ya llevo demasiado tiempo aquí. Mañana temprano quiero emprender el viaje a Santiago, y por tanto le quiero pedir que todos los papeles que debo llevar al gobernador estén listos hasta ahí. No voy a poder esperar más.

- ¿Realmente queréis viajar sólo por el campo ahora? ¿En plena época navideña? - preguntó Francisca preocupada, pero Orosco sólo sonrió y asintió.

- Si así lo queréis. Pero antes preguntad al Padre Tomás y a las monjas, si tienen noticias que os quieran entregar.

Con eso la cosa estaba decidida, y Anna pasó el resto del día recorriendo la ciudad y anunciando su partida. Sentía al mismo tiempo vértigo y alegría, como si con esa partida todos sus problemas, dudas y miedos se disolverían en el aire, y la renovada atención a su persona también le halagaba un poco: una y otra vez la paraban y en la calle y le preguntaban y si eso de la partida era verdad y si tal vez podría llevar una noticia a Concepción o Santiago, o incluso más al norte. Anna siempre decía que sí, en parte porque estaba de un excelente humor, en parte porque la

mayoría estaba dispuesta a pagar por el servicio.

Su camino al monasterio tomó un poco más tiempo que de costumbre, demasiado divertido era parar y charlar con los vecinos, pero por fin Anna cruzó otra, y esta vez ojalá la última, vez, el bien conocido umbral de las moras. Las dos Isabelas, ahora sí completamente solas, estaban ocupadas con los quehaceres domésticos, los mismos que antes hacían las muchachas: la sobrina barría el patio y la tía pelaba papas. Sus vestidos necesitaban un buen lavado y sus cofias improvisadas, tiradas hacia atrás, sólo servían para recoger el pelo. Al entrar por qué venía el correo a esa hora temprana, ambas parecían agitadas y aliviadas y prometieron enseguida preparar varias misivas hasta la mañana siguiente. La sobrina dejó caer la escoba y corrió a buscar papel limpio, algunas hojas seguramente quedarían en algún rincón. Anna se preparó para irse, pero en el último momento dijo:

- Isabel, vi a Antú en la población india, me dijo que se acordaba de ti y que os llevabáis bien...

Isabel abrió brevemente la boca, pero después de una pausa sólo dijo:

- Ahora ya no importa, lo que cuenta ahora son las misivas.

Entró rápidamente, y Anna salió a la calle, preguntándose si había hecho bien en decírselo.

Para colmo, se topó con el cura en la esquina de la plaza. Había esperado poder evitarlo, pero ahora era imposible. El viejo le señaló con la mano que le siguiera, y se dirigió a su casita al lado de la iglesia. Anna le siguió, observando su silueta de reojo. A veces estaba segura que el hombre en la taberna ayer era él, a veces le parecía imposible. Sobre todo la coronita de cabello plateado que adornaba la cabeza del sacerdote le parecía sospechosa, estaba casi segura que el color era el mismo, pero ¿no debería haberlo visto mejor desde donde estaba?

El cura abrió la puerta de la casita, le señaló al correo que entrara y cerró la puerta. Los ruidos del pueblo llegaban ahora como desde muy, muy lejos, y Anna de repente se sintió muy sola.

El sacerdote viejo se sentó en la mesa y la dejó esperando de pie. La miraba de una manera escéptica, y fría, sin hablar, como para recordarle que el drama sangriento todavía no terminaba. Después de un prolongado silencio por fin dijo:

- Me comentan que os devolveis a Santiago. ¿Es verdad? - Proseguió sin esperar respuesta – Entiendo que no es el plan original y pedisteis al capitán que os dejara ir. ¿Puedo saber por qué?

- ¿Teneis alguna razón urgente para irnos? ¿Algo para hacer – o decir - en Santiago?

- No, nada urgente, es que aquí... esto puede tardar... y yo... tengo que seguir con mi trabajo... me preocupa que pueda perder el puesto, que digan que tardo demasiado en tareas fáciles... Sólo eso.

El viejo la observaba, como queriendo escudriñar lo que tenía en la cabeza. Dejó pasar algunos segundos más.

- Está bien, si Capitán Orosco os deja ir, así será... Vengad mañana, o mejor dejad que venga el paje de Orosco, voy a tener una misiva para los Franciscanos en Santiago.

Anna salió y cruzó despacio la plaza. Estaba casi segura de que el cura era el hombre en la taberna. Le debe haber seguido. Irse de aquí era lo mejor, no tenía nada que perder. Menos su vida, claro, y esa la quería conservar un rato más. Después de esas experiencias, aunque no trató de evitar conscientemente a los conspiradores, tampoco los buscaba, y sí era curioso que nadie de ellos intentaba acercarse. Como su partida era generalmente conocida, pensaba que intentarían aprovecharse. Ojalá el único significado de esto era que la conspiración no transcendía La Imperial y ella nunca más tendría que volver a escuchar algo sobre el tema....

El día siguiente empezó en una atmósfera de celebración solemne. El tiempo había cambiado, con el cielo nublado y el aire mucho más fresco. Todo el mundo se levantó prácticamente antes de los primeros rayos del sol, porque para el correo iba a ser un día muy largo. El plan era, aprovechando las largas horas de sol, cabalgar lo más cerca que se podía en un día a Concepción – probablemente a un puesto militar -, pero eso era bastante ambicioso y suponía levantarse temprano, cabalgar rápido y tener suerte. Por otro lado, era todavía mejor que pernoctar sola en el bosque, con todos los peligros que esperaban tras cada arbusto.

Desde muy, muy temprano, incluso antes de la salida del sol, mientras Anna hacía los últimos preparativos para el viaje con la ayuda de Francisca y Pedro, empezó a llegar gente a la residencia de Orosco, llevando cartas o peticiones para Concepción o Santiago. Entre ellos estaba la joven Isabel, quien indicó a Anna con un gesto que quería hablar a solas. Juntas subieron a la recámara, supuestamente para recuperar algunas cosas. Allí Isabel susurró, angustiada:

- Tenemos dos misivas que vos tenéis que entregar. Por favor, es de suma importancia, sabéis qué nos podría pasar, ¿verdad?

Su tono insistente y expresión casi desesperada afectó a Anna, así que asintió sin titubear. Isabel esperó su respuesta antes de seguir hablando más rápido y en voz más baja:

- Ésta, con el sello de mi tía, es para el Obispo Diego de Medellín en Santiago.

- Su Alteza falleció... - balbuceó Anna – Ya hace tiempo... Todavía no deciden quién será su sucesor... Pensé que era sabido...

Isabel palideció y abrió fuertemente los ojos. Se pasó la lengua por los labios, como si estuvieran resecos.

- No lo sabía. Pero por favor, entregadla a alguien en la administración, a un secretario, alguien. Tiene que haber alguien tomando decisiones. Y además significa que es aún más importante que llevéis esto aquí – sacó un pequeño, plano paquete, elegantemente doblado, de entre los pliegues de su hábito - a Hermano Javier del monasterio franciscano en Santiago. Es sólo para él personalmente, ¿entendéis? El monasterio se encuentra en el límite sur de la ciudad, al otro lado de la Cañada, muy fácil de encontrar, y es importantísimo que le llegue a él en persona. ¡Por favor, no digáis nada a nadie!

Volvió a mirar a Anna a los ojos con insistencia, susurró “gracias“ y desapareció rápidamente de la recámara. Anna, curiosa, le siguió con la mirada, escondió el paquete en su saco y también abandonó la recámara. En la oscura escalera, justo en la curva, una figura negra, de aroma dulce, se presionó contra ella, y Anna tardó algunos segundos para entender que era Diana, envuelta en un manto de humo. Ella también susurraba, en una voz bajísima y nerviosa:

- ¡Miguel, querido! ¡Yo también tengo un paquete que tiene que llegar a Santiago, urgente! Es para mi primo, Fernando de Quiroga, él vive más o menos a medio camino entre la catedral y la iglesia franciscana. Todo el mundo allá lo conoce. Pero es importantísimo que aquí nadie, especialmente el Capitán, sepa de esto...

Calló y miró a Anna con una mirada inquisitiva de sus ojos enormes, de verdad casi negros. Ésta empezó a sentirse inquieta bajo esa mirada sin pestañear, como de cristal líquido, y se acordó de las palabras de Trangolemu en el cementerio. Seguramente se refería a Diana... Ahora entendía la impresión que esa mujer dejaba en las personas que la rodeaban, pero al mismo tiempo, lo que más quería era evadirla... Mientras tanto, Diana sacó de entre los pliegues de su vestido, exactamente como Isabel, un pequeño paquete, o más bien algo que se sentía en la semioscuridad de la escalera como un pequeño bulto de cuero. Era algo alargado y redondo, como un tubo, tan ancho como profundo. Diana se lo puso en la mano y exhaló:

- ¡Gracias! ¡Con esto salváis la vida a mí y a mis hijos! Pero recordad, ¡nadie puede ni siquiera sospechar de su existencia!

Le dio a Anna un beso rápido en la mejilla y desapareció, con un crujido de su traje, como un torbellino negro, hacia arriba por la escalera. Casi automáticamente, Anna escondió también este paquete en su saco y bajó la escalera, donde ya la estaban esperando. Orosco le entregó un

aplanado bolso de cuero, que contenía todas las noticias que La Imperial tenía esta vez para el mundo exterior, entre ellas sus propias y las del sacerdote.

- ¿Supongo que tenéis el reporte del monasterio? Aquí dentro no está.

- Sí, no os preocupéis, La Hermana Isabel estuvo aquí hace poco.

Orozco hizo una mueca, pero sólo por un momento, y lo único que dijo fue:

- Excelente, entonces estáis listo.

Francisca además le entregó una bolsita de lino con víveres para el viaje, pan todavía tibio, queso y una pequeña cantimplora llena de chicha. Anna se despidió cordialmente de todos – algunos, como Francisca, incluso derramaron algunas lágrimas – se subió a su caballo y empezó el viaje, justo cuando los rayos solares se estaban asomando sobre los techos de la ciudad.

En el primer cruce lo sintió como un golpe: cuando atravesase la puerta de la ciudad, no volvería a ver a Gonzalo nunca más, y entonces de verdad todo habría terminado. Terminará antes de tener la oportunidad de empezar siquiera... Ella nunca tendrá la oportunidad de hablar de su primer enamoramiento. Tenía que hablar con él ya, enseguida, o no lo haría nunca. Tal vez sólo necesitara unos pocos minutos, y todo se aclararía. Si estuviera de acuerdo, si a lo mejor ya se hubiera dado cuenta de algo, podrían hacer planes para un reencuentro, quizás en un par de días en Concepción. Y si no, qué importa, después de todo, nunca la volvería a ver – eso también se podía arreglar.

Con cada chasquido de los cascos del caballo buscaba de nuevo a Gonzalo con la mirada. Pero su figura alta y musculosa no se veía por ningún lado– exactamente como su hermano, por cierto. Hasta el último momento, hasta pasar por la gruesa puerta, Anna esperaba un encuentro casual, pero era como si se los hubiera tragado la tierra.

Y Trangolemu... el volver a la ciudad española, con sus ruidos y sus olores, la hizo considerar si de verdad estaría dispuesta a abandonar todo, toda su vida anterior de nuevo, solamente porque se sentía atraída por él, o quizás verdaderamente enamorada... No estaba muy segura...

Quién sabe, a lo mejor es mejor así, se le ocurrió de repente cuando por fin salió de la ciudad polvorienta, y su caballo pisó el sendero bordeado por el pasto fresco. Dependiendo de una misma, sólo con su fiel caballo era de cualquier manera mejor que con un tramposo, pícaro aventurero, que seguramente llevará a su maldito hermano consigo a todas partes. Además, por fin podía dejar atrás esta rara ciudad roja, la que ahora, en los rayos del sol que a veces lograban asomarse entre las nubes, resplandecía en un rosa casi idílico. Pese al pensamiento amargo de no volver a verlo nunca más, de no saber nunca si su enamoramiento podría haber sido real, se sentía aliviada.

El idilio y buen humor, no obstante, no duraron mucho tiempo – cuanto más cabalgaba por el exuberante bosque verde, tanto más inquieta se sentía de nuevo. Intentó concentrarse y entender qué era lo que le causaba esta sensación – el murmullo de las hojas y los arroyos, las nubes densas, los ocasionales rayos del sol que encontraban su camino a través de la doble manta de nubes y hojas.

Estaba clarísimo – no eran el bosque ni sus habitantes, sean reales o imaginarios, los que no la dejaban en paz, sino el contenido de sus alforjas. Pese a su alegría de haber dejado atrás La Imperial, le era al parecer imposible dejar atrás todo este episodio, su curiosidad y también su testarudez eran demasiado fuertes.

En algún momento simplemente decidió leer las cartas para poder ver, una última vez, si de verdad había algo en esta rara, confusa, angustiante historia. Tenía algo de miedo por las posibles consecuencias, sí: Desde luego un correo no tiene el permiso de leer la correspondencia que le fue entregada, pero nada en las últimas semanas había sido cómo se suponía que debería de ser. Y, además, argumentó, en una de las cartas podría haber algo sobre su identidad – en el caso de que di Neri hubiera hablado – y ¡ella tenía que saber eso! Una misiva perdida es mejor que una cabeza perdida... o lo que el gobernador haría en un caso así....

Encontró entre los arbustos un claro pequeño y seco, y uno que – que era importante para el caso de que alguien pasara - no era inmediatamente visible desde el camino. Troncos caídos prácticamente se ofrecían como banco, así que se sentó y puso todas las misivas que tenía en el pasto a sus pies en forma de abanico.

Volvió a guardar las cartas de la mayoría de los ciudadanos en las alforjas y revisó lo que quedaba frente a ella: las dos cartas de las monjas, una del Padre Tomás, otra de Orosco y el paquete curioso de Diana, mucho más largo y delgado que todas las otras cartas. Después de hesitar un poco, se decidió por la mano nerviosa, como telarañas sobre papel, de la Madre Isabel.

Ambos escritos estaban elaboradamente plegados, y Anna los desdobló lentamente, con mucho cuidado, recordando cada paso para poder volver a doblarlos de la misma manera. Las cartas estaban escritas sobre las últimas páginas del Amadís – el papel era carísimo y raro en Chile, aquí todavía no había una papelería propia. Ja, se alegrará la joven Isabel cuando lo descubra – pensó Anna y se dedicó al contenido de los escritos. Primero echó una ojeada a la misiva al obispo. Era, como era de esperar, bastante formal y profundamente triste: Isabel describía la situación del monasterio, los ingresos desaparecidos, la decisión de Diana, y pedía urgente al obispo el traslado de ambas mujeres a un monasterio existente en otra ciudad, además de interceder a su favor delante el Gobernador o incluso en Lima.

Mucho más interesante era la carta para el Hermano Javier: aquí, la mano de Isabel debió temblar, tanto, que algunos pasajes eran casi ilegibles. Al parecer, el Hermano Javier era un amigo de Isabel, y no dudó en contarle de sus miedos: describía las peleas entre ella y Diana, incluso decía que Diana tenía más de un amante – más o menos lo mismo que decía su sobrina, a lo mejor expresado con más delicadeza. Pedía, incluso insistía, el apoyo de los Franciscanos en el rescate – eso era lo que decía la carta, rescate – de la tía y la sobrina. La segunda parte de la carta era más confusa, sonaba como si Isabel estuviera convencida de que Diana era más que simplemente vividora y probablemente estaba involucrada en algún tipo de conspiración. Sí sabía exactamente qué era esta supuesta conspiración, es decir, si se trataba de la Ciudad de los Césares o era algo distinto, no sabía o no podía ponerlo por escrito – solamente escribió que los bienes de Diana iban a ser utilizados para ello, que eso era una razón de conflicto entre los conspiradores y que la monja tenía miedo de ser un estorbo para ellos. Nada sobre di Neri o los mapuches... Por desesperada que Isabel estuviera, no habría omitido ningún detalle, si le hubiera parecido importante...

Anna dobló ambas misivas en su forma original y reflexionó si la última carta aclaraba algo el asunto o, al contrario, dejaba todo todavía más confuso. Maldiciendo su propia curiosidad, decidió seguir con el reporte de Orosco. Ésta estaba cuidadosamente doblada y amarrada en forma de cruz con un cordel, con un sello sobre el nudo. Miró con mucho cuidado: la cera del sello estaba adherida sólo en un pequeño trozo de papel y se separó con un ligero tirón. Después, soltó la carta del cordel sin romper el nudo, dando pequeñas sacudidas. Por fin. Ahora pudo desdoblar el papel, y lo que leyó la confundió aún más. Orosco describía el asesinato de la monja, pero culpaba a los mapuches, y además decía que lo había resuelto – ¡si nada de eso era verdad! Hace poco, él en persona le había dicho lo contrario, aunque probablemente no esperaba que ella escudriñara las cartas...

Volvió a leer la carta más detenidamente, y se dio cuenta que no contenía ni una mención de di Neri, ni de su asesinato, ¡ni siquiera de que había estado en la ciudad! ¿Cómo era posible, un emisario de Lima, de la corte virreinal? Alguien debía haber sabido de esto, ¿no? Lo leyó de nuevo – no, no era un error, efectivamente sonaba como un reporte rutinario desde los territorios del sur, nada además de una monja asesinada por indios salvajes, lamentablemente un fenómeno frecuente, como comentaba el Capitán, y también una razón para pedir más dinero y armas. Ni una palabra de los sucesos que hicieron que toda la zona se pareciera a una colmena espantada.

Cuidadosamente introdujo la carta doblada de nuevo en el lazo de cordón y tomó la de Padre Tomás. Estaba dirigido al secretario del obispo, Hernán de Miranda, y su contenido era casi idéntico al del reporte de Orosco, con la única excepción de que utilizaba el asesinato de Madre Isabel como pretexto para pedir más dinero para la „conversión de los paganos“. Por lo demás, el

obispo podía estar tranquilo, La Imperial estaba en un estado excelente y las monjas sólo algo excesivamente miedosas. Pero éstas siempre pueden ser enviadas a alguna otra ciudad, donde se podrían recuperar del agotamiento de la vida en la frontera. Pues, si era el jefe de la conspiración, lo escondía muy bien, parecía tan preocupado con la burocracia eclesiástica...

Sin saber bien qué pensar de todo eso, Anna dobló la última carta cuidadosamente y puso todos los papeles en la bolsa, esperando que en Santiago nadie se diera cuenta. Así como estaban las cosas, sólo había dos explicaciones posibles: o ella malinterpretó completamente lo que le había ocurrido, y tomó un episodio absolutamente cotidiano de la vida fronteriza por una catástrofe y un gran misterio. Los dos dignatarios principales resolvían el asunto solos, y no había de que preocuparse. O, y eso le daba miedo de verdad: el gobierno de la ciudad, el secular y el eclesiástico, le habían mentado a ella, tal vez también a la población de La Imperial y ahora estaría mintiendo al mismísimo gobierno en Santiago – lo cual debería significar que la conspiración podría ser, después de todo, real e incluso seguiría en pie...

Sea por su ingenuidad o por falta de conocimiento de la situación en la frontera, en cualquier caso, ella había cometido un error al juzgar lo que había visto con sus propios ojos... Eso también significaría que no podría confiar en sí misma y su propio juicio, que no era tan lista tampoco...

Anna permanecía sentada inmóvil en el tronco, mirando fijamente la bolsa con las cartas, cuando su mirada se desvió y cayó sobre un último objeto en el pasto. ¡El paquete de Diana! Lo levantó y lo examinó por primera vez con la luz del día. Era, como había supuesto inicialmente, no de papel, sino más bien de un cuero muy fino, amarrado con cordones, también de cuero – un lazado muy sencillo, el mismo que se usaba en camisas o zapatos, de modo que Anna no necesitó más de un minuto para soltarlo.

De su interior cayó uno tubo delgado de papel y metal, el cual al levantarlo resultó ser el puñal que había asesinado a Madre Isabel, y una carta enrollada alrededor. Con una mano elegante pero desequilibrada, como si la escritora estuviera nerviosa o confundida, decía allí en los bordes de un libro de cánticos:

„ ¡Fernando, querido!

Ya que todavía no estás aquí, debo suponer que no vendrás nunca. Por eso esta noticia. El viejo me sigue molestando y nunca más me dejará ir, y la muerte de mi madre, en lugar de resolver los problemas, terminó por empeorarlo todo, porque no queda nadie para prevenir la expedición y la coronación, sobre las que te había comentado en mi última carta, y porque yo ahora estoy absolutamente sola. Por todo eso decidí escapar al otro lado de la cordillera, un indio, amigo de tu amigo Girolamo de Lima – temo que nos equivocamos con él, pero te lo puedo contar en otra ocasión – me va a ayudar. Todavía no sé muy bien qué es lo que voy a hacer en la pampa, pero

seguramente va a ser una vida muy diferente a la de aquí. Tal vez pueda ir a Mendoza, y si no ocurriera ninguna catástrofe, alguna vez a Lima.... Pero todo eso son sueños de futuro... Por eso justamente te escribo – te estoy enviando el puñal de Papá, ya no lo quiero, hay demasiados tristes recuerdos en ese trozo de hierro. Voy a dejar a los niños aquí, por favor manda a alguien a buscarlos y deja que los eduquen en un monasterio – debería quedar suficiente dinero de Martín para pagarlo. En el caso de que su familia los quiera, tienes mi permiso para enviarlos a España. Por lo demás no creo que nos volvamos a ver, pero yo espero que tú, por amor hacia mí y respeto hacia Martín, cumplas esta única promesa. Adiós. Diana

Pensativa, Anna volvió a enrollar la carta alrededor del puñal y a meter todo en el tubo de cuero. Este último mensaje, pese a su tono melodramático, quizás el más interesante de todos, no la sorprendía tanto, pensándolo bien, pero bueno... Aunque su primer impulso era salir corriendo del claro, se forzó a considerar muy bien cuál debería ser su próximo paso. Su seguridad seguramente dictaba simplemente entregar las cartas a sus destinatarios, como si no supiera nada, y luego – mejor si es ese mismo día – escapar hacia Lima. Esta preciosa ciudad sobre el río Rímac y las rocas del mar, la perla del Nuevo Mundo, de la que se había enamorado tanto...

Una brisa fría acarició su cara, Anna se levantó, metió todo en las alforjas, revisó que todo estuviera bien guardado, se subió a su caballo y cabalgó de vuelta al Sur, a La Imperial.

Capítulo 20 Los cazadores y su presa

En el transcurso de la media hora que tomó la cabalgata de vuelta a la ciudad, el cielo se oscureció completamente, de manera que los rayos solares no penetraban más y todo parecía cubierto por un velo grisáceo – los árboles, el camino, ya hasta los muros de la ciudad, ahora de un rojo apagado. La lluvia no podía estar lejos.

La puerta de la ciudad estaba abierta – qué descuidado, pensó al entrar – pero la vida adentro

parecía como siempre a esa hora: la mayoría trabajando, los otros, pocos, deambulaban lentamente por las calles en un intento de escapar a la atención de las autoridades y llegar hasta la taberna sin ser vistos. Niños jugaban en la plaza con las muñecas del pesebre de Kalfüray. Las pocas personas que la vieron le seguían con la mirada, pero sin señales de curiosidad, y nada en especial pasó hasta que desmontó frente a la casa de Orosco.

La sala grande estaba absolutamente vacía, sólo de la cocina llegaba algo como chacoloteo de platos. Anna llamó, por si acaso:

- ¿Capitán? ¿Pedro? ¿Francisca?

Como no había respuesta, avanzó hasta la cocina y abrió la puerta. Allí, los niños de Diana estaban sentados en la mesa, por lo demás aquí tampoco había nadie.

- ¡Inés, Diego! ¿Qué estáis haciendo aquí solos? ¿Dónde está todo el mundo?

- Buscando a Mamá – contestó Inés y se metió un trozo pegajoso de carne de membrillo en la boca.

- ¿Cómo, buscando a Mamá? - preguntó Anna y se maravilló si Diana realmente estaba tan desesperada que realizaría sus amenazas de la carta tan pronto.

- Bueno, no la encontraban, así que Francisca nos dio nuestro regalo de navidad y tenemos que esperarlos aquí. ¿También queréis algo?

Diego, todo un caballero, estiro su manito, ofreciéndole a Anna un trozo de la masa dulce y pegajosa en la palma.

- Gracias, Dieguito, después me lo comeré. De verdad, ¿todo el mundo se fue? ¿A dónde? - Anna se esforzaba por sonar lo más tranquila posible, y le costaba mucho.

- Sí, todos. No nos podemos ir de aquí hasta que alguien vuelva. ¿Os mandaron a cuidarnos? Porque yo sé hacer eso solo, ¡sabéis!

- Sí, ¡claro que lo sé! Pero ¿sabéis dónde están ahora?

Los pequeños se encogieron de hombros y seguían masticando, y Anna decidió intentarlo en la casa del cura. Cruzó la plaza y presionó contra la puerta de la casita al lado de la iglesia. Se abrió sin la mínima resistencia. En su interior se reveló un caos completo: libros abiertos, documentos desparramados, hasta muebles tirados por el suelo. En el centro de esta confusión estaba Francisca y al parecer intentaba reestablecer algo de orden.

- ¡Miguel! ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Estáis loco? ¿Por qué volvisteis?

- Eso ahora no importa.... estaba buscando a Orosco ... Pero ¿qué está pasando aquí?

- Imaginaos, ¡Diana ha desaparecido! ¡Debe haberse aprovechado del ajetreo causado por vuestra partida para abandonar la ciudad! Y ¡dicen que no estaba sola! Y ¡dejó a sus hijos, los pobres pequeñines, aquí solos!

- Sí, los vi en la cocina, pero no me parecieron muy asustados...

- Desde luego, si no saben nada, pobres chiquillos... Me voy a tener que encargar yo de ellos....

- Sí, sí, por supuesto, eso es muy generoso de vuestra parte, pero ¿qué es lo que está pasando aquí? ¿Por qué este desorden? ¿Dónde están todos?

Anna estaba empezando a perder la paciencia, Francisca estaba tan alterada, que parecía imposible sonsacarle algo. Estaba como colapsada internamente y envejecida de golpe. Anna llevó a la mujer, siempre tan dueña de sí misma, a una silla, le ayudó a sentarse y buscó un vaso de agua. De alguna manera logró a tranquilizar a Francisca un poco, para que por fin volviera a contar.

- Pero si eso es lo peor, ¡que no lo sé! Cuando Don Tomás – Capitán Orosco – se dio cuenta de la desaparición, empezó a buscar algo, después llamó al Padre Tomás... ¡Nunca había pasado nada semejante! Y veis en qué caos ha terminado todo... Tiene que haberse llevado algo...

- Y ¿sabéis qué pudo haber sido?

- Creo que papeles y regalos del cacique...

- ¿Qué clase de papeles? ¿Del Padre Tomás o de Orosco?

- No lo sé, si yo no sé leer, mi niña... pero los buscaron en todas partes... mirad, cómo quedó todo... Y cuando no encontraron nada, se enojaron muchísimo, en mi vida no he visto algo así. ¿Sabíais que el Padre tenía armas? ¡Tenía varios puñales y un arcabuz! ¡Todo escondido aquí, detrás de los libros! ¡Detrás de la Biblia! Y él siempre hacía sermones tan bonitos sobre el amor al prójimo...

Gesticulaba furiosamente, pero sus ojos oscuros miraban con un dolor indefenso, y Anna comprendió que Francisca se estaba hundiendo cada vez más en su pánico y desesperación. Parecía tan pequeña y frágil sentada en la silla entre muebles revueltos... Preocupada por la salud de la mujer, aunque, había que admitirlo, quería por fin entender qué estaba pasando aquí, la interrumpió abruptamente:

- Pero ¿adónde se fueron? ¿Salieron a buscarla?

- Sí, agarraron sus armas, ordenaron que Pedro les siguiera y salieron a caballo.

- ¿Cuándo?

- Ni lo sé muy bien.... me parece que ya hacía tiempo después de que os fuisteis. Y vos... ¿no los visteis?

- No.... claramente no se encaminaron hacia el norte... ¿Quizás a la población Mapuche? ¿Qué dijisteis, quién se escapó con Diana?

- Eso tampoco lo sé... Todo es tan horrible... Sólo escuché que estaban hablando de que alguien había desaparecido... ¿Qué vamos a hacer ahora?

Anna en realidad no necesitaba pensar nada, pero dejó pasar algunos segundos para no parecer muy precipitada y asustarla más. Cuando por fin habló, lo hizo en el tono más firme y decidido que pudo.

- Mirad, escuché rumores entre los indios, y el Padre bien podría formar parte de eso, estoy casi segura de haberlo visto en la taberna disfrazado.

Francisca pestañeaba, con una expresión perdida, sin decir nada. Anna siguió con el mismo tono.

- Pero lo vamos a resolver. Les voy a seguir la pista. Si hubieran cabalgado hacia el norte, yo los habría visto, de manera que deben haberse ido hacia el sur. En esa dirección están también los asentamientos de los mapuches, e incluso si no los encontramos allí, Pucón seguramente me prestará algunos hombres para buscar a Diana. Lo mejor es que vos os quedéis aquí y asegureis que todas las cosas en la ciudad sigan su camino y no aflore el pánico. ¿Qué os parece?

- Por favor tengad mucho cuidado. Es como si todo el mundo aquí se hubiera vuelto loco.... Por favor intentad traer a alguien de vuelta, sano y salvo, ¿sí?

Anna asintió y consideró brevemente los próximos pasos a seguir. Después de mandar a una de las mujeres que estaban en la iglesia, se buscó un caballo fresco en el establo de Orosco y amarró las alforjas bien a la silla – a esas alturas estaba absolutamente segura que los gobiernos en Santiago y Lima ofrecerían una recompensa nada despreciable por informaciones de primera mano sobre todo este embrollo, y de ninguna manera se iba a separar de las cartas, ni por un segundo. Los dos Peñalosa no se veían por ningún lado, así que decidió salir sin más refuerzos.

Justo cuando estaba sacando el caballo del establo, llegó Francisca corriendo, sin aliento, pero más compuesta, y gritó:

- ¡Pero no solo! ¡De ninguna manera solo! ¡O también me vais a desaparecer! Vos – eso estaba dirigido a un soldado solitario, que justo en ese momento intentaba caminar desapercibido por el callejón – ¡buscaos un caballo, vais a acompañar al correo en la búsqueda del Capitán y del

Padre! ¡No discutais! ¡Buscaos un caballo ya, no hay tiempo que perder!

Ninguno de los dos pudo resistir a la enérgica desesperación de Francisca, así que el soldado se buscó un caballo y siguió a Anna a pocos pasos de distancia en su camino fuera de la ciudad.

Como suponía que el camino hacia el norte no era una opción – se hubiera topado con alguien allí - tomaron el camino hacia el sur, el mismo que ya había tomado dos veces en su camino a la puebla de Pucón, y que ahora, con el mal tiempo y la incertidumbre, parecía tan distinto.

Era por lo demás muy probable que Diana también hubiera tomado este camino, en lugar de atreverse directamente al territorio enemigo para luego cruzar la cordillera. Por mucho que quisiera evitar encontrarse con Millaray, su hermano y su padre después del fracasado intento de matrimonio, Anna entendía perfectamente que Trangolemu y sus hombres eran su mejor opción para buscar a la mujer y a los que la perseguían – sobre todo, si realmente fuera necesario ingresar a los territorios de otras tribus, donde nadie la conocía y donde su apariencia la convertiría en un blanco caminante.

Mientras tanto, una lluvia fina y fría había comenzado y cubría todo, el camino, las hojas, las flores, con un finísimo velo gris. Los golpes rítmicos de las minúsculas gotas sobre el tosco lino del jubón era por mucho tiempo el único sonido que lograba escuchar. Caían sobre el duro tejido acolchado y se quedaban en la superficie, mientras su pelo corto se mojaba cada vez más y delgadas corrientes de agua se deslizaban por su nuca hacia abajo, debajo de la camisa y por la espalda. Cada vez que una nueva gota helada se buscaba un camino por su piel, se estremecía involuntariamente.

El soldado, a quien conocía sólo de vista, intentó comenzar una conversación varias veces, pero cada vez que escuchaba su voz, Anna empezaba febrilmente a intentar recordar, si la había escuchado durante la junta de los conspiradores en la torre, de modo que la conversación no cuajaba.

Por lo demás, todo estaba hundido en un silencio sepulcral, sin movimiento, sin ruido, y sobre todo sin un rastro de una huida apresurada o de los perseguidores, así que Anna empezó a dudar si no podría existir otro sendero que no había tomado en cuenta. Según sus cálculos, deberían llegar pronto a la población mapuche, y efectivamente, los chemamules más grandes ya se asomaban sobre las cimas de los árboles. Si algo no pasaba pronto, tendría que preguntar al soldado si existían más caminos.

Justo cuando el claro del cementerio empezó a distinguirse entre los arbustos, la monotonía del sendero vacío fue interrumpida por un objeto oscuro que atravesaba el arcilloso suelo rojizo. Anna oteó a través del velo inquieto, temblante de la lluvia – podría tratarse de una pierna

humana. Bajó del caballo de un salto y corrió hacia el lugar, justo donde un angosto camino se desviaba hacia el cementerio. Estirado sobre este sendero, con sus brazos tirados sobre la cabeza, estaba el pequeño Pedro.

Anna se inclinó hacia él. Estaba tumbado de espaldas, con una expresión de sorpresa helada en el rostro, y sus ojos color avellana miraban fijamente el cielo gris. Una herida enorme se abría en su garganta, pero la lluvia había lavado casi toda la sangre. Su cuerpo estaba cubierto por una red de gotas de agua y su piel se sentía fría al tacto. Anna sintió como la cubría una repentina ola de náuseas.

Con un esfuerzo controló el impulso de vomitar, se levantó y corrió hacia el cementerio. Todavía no era tarde, ni siquiera mediodía, pero el grueso manto de nubes y la lluvia cada vez más fuerte habían convertido todo en un escenario lúgubre en blanco y negro. Como estacas filosas, los chemamules perforaban el cielo, pero nada se movía. Y un silencio absoluto. Nada más que el chapoteo de sus pasos sobre el camino mojado. ¿Dónde está este maldito soldado?

Era probablemente por ese perturbador, traicionero silencio y semioscuridad que sólo vio a Miguel cuando éste la miró directamente a los ojos. Paró de golpe, esperando escuchar su saludo, pero no vino nada. El soldado, que por fin estaba llegando, chocó contra ella y soltó un sonido raro, como si se estuviera ahogando. En este instante Anna comprendió que la garganta de Miguel tenía la misma herida grotesca como di Neri antes, y que sólo estaba de pie porque alguien lo había apoyado contra un chemamul. Un puñal, clavado en el collar de su camisa, fijaba el cuerpo muerto y mojado en la estatua de madera, como si este cadáver debería ser lo primero que cualquiera que llegara a este cementerio viera. ¿Quién hizo esto? ¿Los indios? O, al contrario, ¿alguien que intentaba asustarlos? ¿Qué estaba haciendo Miguel aquí? Con toda su fuerza Anna desvió la mirada del cadáver y miró al soldado que estaba detrás de ella – él también miraba, desorientado, en silencio a su amigo muerto.

Un apenas audible medio gemido, medio quejido interrumpió el monótono chapoteo de la lluvia, y ambos miraron, sin querer, primero a Miguel y luego uno al otro.

- ¿Fuisteis vos?

Anna se sintió muy tonta preguntando eso en el mismo instante en el que terminaba de pronunciar las palabras, pero la respuesta del soldado sonaba igual de desconcertada.

- No... Pero si él no puede...

Con los ojos muy abiertos, indicó con la mano hacia el cadáver, cuya garganta destrozada y sangrante parecía una parodia grotesca de la boca directamente encima.

- Nnno... Tiene que haber otra persona... Tenemos que revisar todo aquí. Pero ¡con cuidado!

El soldado asintió lentamente, pero no daba señales de moverse, así que Anna ignoró sus miedos de asesinos, espectros y espíritus del cementerio, y empezó a revisar su alrededor: los sonidos venían de la dirección de unos arbustos. Cautelosamente separó las ramas mojadas y escudriñó el interior. En una especie de nicho formado por ramas bajas estaba, retorciéndose en el pasto, Gonzalo. ¡Está vivo! ¡Gracias a Dios! Sentía un alivio enorme, pero no había tiempo para pensar sobre ello.

Junto con el soldado sacaron a Gonzalo con cuidado del arbusto y lo apoyaron contra un chemamul. Le costaba respirar, pero parecía consciente, aunque claramente no reconocía a sus salvadores. En su brazo derecho se abría una herida gigante, que todavía sangraba – si no se vendaba lo más pronto posible, se desangraría.

Por primera vez en mucho tiempo, Anna estaba feliz de tener un jubón a la antigua, amarrado con un cordel en lugar de cerrado con botones – en realidad sólo lo tenía porque los estúpidos botones siempre se perdían en los viajes, pero ahora el cordel de cuero le sería muy útil. Lo sacó del jubón y lo utilizó para amarrar el brazo de Gonzalo arriba de la herida. También la limpió – gracias a la lluvia no había mucha suciedad en la herida– y la inspeccionó con más detención. Además de la herida grande en el brazo, el hombro y el pecho estaban cubiertos por heridas y quemaduras pequeñas. En su conjunto, no tenía cara de ser una herida de corte – ¿podría quizás ser de un arcabuz? ¿Acaso los indios tenían armas de fuego? Pero ¿por qué un español le dispararía a Gonzalo?

Mientras tanto, el soldado estaba de vuelta, con una pequeña cantimplora de cuero que presionó contra los labios de Gonzalo.

- Aguardiente – explicó al ver la mirada inquisidora de Anna – levanta a cualquiera.

Y efectivamente, después de un par de tragos, Gonzalo tosió y miró a los dos, confundido.

- Miguel, Carlos, ¿que estáis haciendo aquí? ¿Dónde están los otros?

- ¿Quiénes son los otros, Gonzalo? ¿Qué haciais vos y vuestro hermano aquí?

- ¿Dónde está Miguel? ¿Está herido? -

Gonzalo intentaba levantarse y salir a la búsqueda de su hermano.

- Tranquilizaos primero, no le podéis ayudar – dijo el otro soldado – Carlos – intentando bloquear con su cuerpo la vista de Gonzalo, para que no vea el cadáver de su hermano.

- Sí – intervino Anna – explicadnos primero, ¡qué fue lo que pasó aquí! ¿Acaso os dispararon? ¿Quién hizo esto? Y ¿por qué estáis aquí?

Aunque le costaba respirar, Gonzalo agarró con el brazo bueno la cantimplora y volvió a hablar después de unos tragos largos.

- Diana nos pidió ya el día de ayer que la acompañáramos un rato. Nos dijo que en la ciudad la importunaban constantemente con ofertas de matrimonio – sabéis que es una viuda rica – y tenía que escapar... La muerte de Girolamo la asustó muchísimo, dijo que debía haber sido un rival, y tenía demasiado miedo ...

Respirando con mucho esfuerzo, se limpió la frente, pero siguió hablando después de una corta pausa.

- Nos dijo que Girolamo le había dado alguna información secreta sobre la Ciudad de los Césares, y esto sería nuestro pago por acompañarla. El hijo del cacique la vendría a buscar aquí, para cruzar con ella la cordillera de los Andes, y nosotros nos quedaríamos con el conocimiento de la ubicación exacta de la Ciudad de los Césares.

- ¿Os referís a Trangolemu? - preguntó Anna – a mí me contó que la ciudad no existe.

Gonzalo soltó una carcajada amarga, pero la risa se transformó rápido en tos y después en jadeos desesperados.

- No me sorprende. Ya estaba aquí cuando llegamos, y no tenían mucha prisa para contarnos estos supuestos secretos. Miguel empezó a enojarse, pero los dos comenzaron a discutir y no nos prestaron ninguna atención.

- ¿Fue él quien os hirió? ¿El indio? - interrumpió Carlos.

- No... Mientras todavía estaban discutiendo – entiendo muy mal la lengua de los indígenas, para mí fue demasiado rápido – ¿supisteis, por cierto, que esta zorra lo habla perfectamente? Mientras todavía estaban hablando, irrumpieron Orosco y el Padre, como poseídos. Todo el mundo gritaba, y luego Orosco se abalanzó sobre Diana. La quisimos defender, y en ese momento el Padre me disparó... No sé muy bien qué pasó después... todo era bastante confuso...

El esfuerzo de hablar lo debilitaba visiblemente, y Anna no quería atormentarlo más de lo necesario. Sólo quería saber una cosa más:

- Ahora no queda ni rastro de ellos, sólo el cadáver del pequeño Pedro. ¿Adónde pueden haber cabalgado? ¿A la población? ¿O directamente hacia los Andes?

- Creo... una de las pocas cosas que entendí... querían ir al Budi...

- ¿Budi? ¿El lago? Pero ¿para qué?

- Algo que Pucón no debe saber... me imagino que querían huir...

Su voz era apenas audible, seguir interrogándolo no sería nada más que torturarlo. Anna se volvió hacia el soldado:

- Hay que atenderlo con urgencia. Francisca seguramente sabe qué es lo que hay que hacer. ¿Qué pensáis, lograréis llevarlo vos solo de vuelta a La Imperial? Yo voy a seguir hacia el lago para ver si encuentro allí a alguien.

- Sí, sí, eso lo puedo hacer. No podemos hacer ahora mucho por los otros, ¿verdad?

A juzgar por su tono, Carlos no tenía interés particular en arriesgar su pellejo por un asunto confuso y estaba más que dispuesto a volver a la ciudad segura. Le prometió retornar con esfuerzos al cementerio para retirar los cadáveres, tan pronto que la lluvia hubiera disminuido un poco, pero era obvio estaba muy apurado por abandonar ese terrible lugar.

Entonces, los dos sacaron el cadáver de Pedro del sendero y ayudaron al malherido Gonzalo a subir al caballo – tan desangrado y mojado como estaba, no podía caminar sin ayuda. Juntos lo subieron al caballo de Carlos, donde se afirmó, inclinándose hacia delante, con el brazo bueno en la nuca del animal. Anna se despidió de él con un breve apretón de mano – quería desesperadamente acariciarle la cara, pero un apretón debería ser suficiente para esta despedida por siempre. Carlos caminaba al lado del caballo, afirmando las riendas, y de esa manera se moverían muy despacio, paso por paso, sobre el camino lodoso hacia La Imperial.

Anna les siguió algunos momentos con la mirada, pero cuando quedó claro que esta manera de transportar al enfermo era, si bien lenta y medio tambaleante, relativamente segura y que los dos llegarían sin grandes sorpresas – y sobre todo vivos - a la ciudad, respiró profundamente, se dio vuelta, saltó a su caballo y cabalgó en la dirección contraria, al lago Budi.

Capítulo 21 Cisnes

Anna nunca había sido una gran amante del mar – quizás cosa rara en una niña de una ciudad porteña como Lübeck - y el viaje aparentemente interminable en el barco oscuro, angosto,

maloliente, además convirtió su falta de interés en un auténtico rechazo, de modo que estaba muy contenta con la vida en la ciudad y prefería llevar a cabo sus encargos de correo a caballo. También era por eso que había rechazado la oferta de Millaray de mostrarle el famoso lago salado. Pero ahora no tenía remedio.

Intentando no pensar en sus desganadas y esperando no tener que meterse al agua, dejó que el caballo trotara por el sendero, y miraba si podría descubrir algo relevante acerca de los fugitivos. Pero aparte de unas ramas rotas – algo que en realidad podría tener cientos de explicaciones – no veía nada, y no le quedaba otra que esperar que Gonzalo, pese al dolor y las heridas, hubiera escuchado bien.

La lluvia iba disminuyendo, el aire tenía sabor a sal, el viento era más fuerte y frío. Se deslizaba una y otra vez con empujones helados bajo el jubón abierto, hasta que la camisa mojada se sentía como lija sobre la piel. El bosque denso y verde, sin embargo, no permitía divisar ningún cambio por mucho tiempo, hasta que se hallara de imprevisto con su caballo en la angosta franja de arena en la ribera del lago. Un sol resplandeciente iluminaba la superficie tranquila y plana del agua, que se extendía hacia ambos lados hasta donde alcanzaba la vista. En el horizonte, sólo una delgada tira de tierra separaba el lago del mar. Pequeños islotes, cubiertos de densa vegetación, se asentaban como oscuros, peludos animalillos sobre el espejo brillante del agua. Tallos de carrizales cortaban el agua cerca de la ribera como innumerables, finísimas cuchillas. Entre ellos flotaba una multitud de cisnes de cuello negro, que al parecer no sufrían en lo más mínimo con las ráfagas de viento.

El lago irradiaba una tranquilidad casi mágica, como si un ser humano nunca hubiera llegado a pisar este rincón del mundo. Gonzalo debía haberse equivocado – no sorprendente con esas heridas, pensó Anna, mientras escudriñaba la pacífica escena. Un sonido apagado, algo como un chapoteo o un crujido, la trajo de vuelta de su ensoñación. Miró en la dirección de la que venía el sonido y con mucho esfuerzo logró distinguir minúsculas figuras negras en la ribera. Sin pensar ni un segundo espoleó su caballo y lo dirigió hacia allá.

Conforme se iba acercando, reconocía más detalles: cuatro caballos pastando en la ribera, cuatro figuras humanas inmóviles en el borde del agua, algunos wampus, los barcos de los mapuches confeccionados de un solo tronco, volcados en la arena. Los cuatro adversarios, como si estuvieran congelados, con armas en los brazos estirados, irradiaban tanta tensión, incluso desde la distancia, que Anna decidió bajar de su caballo, para no ser atacada por error.

Desmontó, enganchó las riendas de su caballo en una rama y por precaución metió el puñal de Diana atrás en el cinturón. Después caminó el resto de la distancia, siempre cuidando que entre ella y el grupo armado siempre había algunos árboles o arbustos – pues no le quedaba duda de que

los cuatro iban armados hasta los dientes.

Fue Diana quien la vio primero. Con su elegante vestido negro y el agua hasta los tobillos estaba increíblemente hermosa, casi mágica, parecía surgir directamente de las profundidades del lago. Un hombre vestido con traje mapuche estaba con ella, un poco adelantado, mirando en la misma dirección. Anna intentó fijarse en su cara, y reconoció con un pinchazo agudo en el pecho que era Trangolemu.

Frente a ellos, con la espalda hacia Anna, estaban dos hombres – uno era Orosco, y el otro, quien le resultaba casi irreconocible, era el Padre. Llevaba un desgastado jubón de cuero sobre su sotana remangada, un puñal colgaba de su cinturón, solamente la tonsura dejaba adivinar que se trataba de un clérigo. Los cuatro estaban armados con arcabuces, listos para disparar. Nadie hablaba, pero Anna creía ver un tenue humito salir de las mechas encendidas de los arcabuces.

Diana se estremeció al ver a Anna y, como un rayo, Trangolemu disparó en su dirección. Anna se tiró de inmediato en la arena y una pesada bala de plomo cayó a apenas un pie de distancia de ella.

- ¡Soy yo, Miguel! ¡Vine aquí para buscaros!

- ¿Estáis armado, Miguel? - gritó Orosco sin moverse.

- No, sólo os vine a buscar ... - a Anna simplemente no se le ocurría nada que decir en una situación así.

- ¡Salgad de vuestro escondite! - gritó Trangolemu, y añadió una maldición que dijo a Anna que estaba más que simplemente molesto.

Salió lentamente por detrás de los arbustos y permaneció de pie, un poco alejada de ambos grupos, con tanta distancia como para siempre tener a todos en la mira y al mismo tiempo estar a salvo de los ataques con cuchillo. Ya había divisado la tensión y furia flameante en las caras de Diana y Trangolemu, pero no fue hasta ese momento que vio la expresión de los otros dos hombres: Toda la majestuosa generosidad y bondadosa severidad, de la que hacían tanto alarde en La Imperial, se habían desprendido como piel de serpiente. En lo que hacían pensar más ahora eran perros de caza que han olfateado sangre, los mismos ojos brillantes y cuerpos tensos como cuerdas estiradas. Ambos sonreían, mostrando sus dientes, y de repente Anna se pudo imaginar fácilmente a esos dos como protagonistas de todas las historias crueles que había escuchado sobre las „hazañas“ de los soldados durante la conquista de Chile.

- Miguel, hijo mío, llegáis justo a tiempo para ayudarnos a salvar a Diana de las garras de este salvaje.

Orosco hablaba fuerte y con insistencia, como si estuviera dando órdenes a todo el mundo, y Anna vaciló algunos segundos sobre qué debía de hacer, hasta que la voz de Diana, temblando de rabia, la trajo de vuelta a la realidad:

- Miguel, seguro que leísteis la carta a mi primo que os entregué. Por lo contrario, no estarías aquí, ¿verdad?

Anna sintió calor, pese al viento frío, y cómo se le enrojecían las mejillas, pero nadie más se interesaba por su delito. Orosco solamente preguntó:

. ¿Qué carta?

Diciendo esto, impulsivamente dio un paso hacia Anna, pero un grito de Trangolemu y el arma, que apuntaba directamente a él, lo hicieron parar ahí mismo.

- ¿Qué carta, Miguel?

Mientras Anna todavía pensaba cuál sería la mejor manera de explicar por qué había estado husmeando en las comunicaciones oficiales, la voz de Diana sonó de nuevo, esta vez absolutamente controlada y fría:

- Una carta a mis parientes en Santiago, sólo la última de varias, ya hace tiempo que saben todo. ¡No podréis matar a tantos para borrar vuestras huellas!

- ¡Bruja! - gritó el Padre.

- ¿Yo? Justamente yo, ¿bruja? ¿Acaso fui yo la que trajo a ese estafador italiano? ¿Acaso yo le corté el pescuezo?

- ¡Cómo os atrevéis! ¡Matricida!

- ¡Eso también fue vuestro cómplice! ¡Lo sabéis tan bien como yo! Y, además – indicó con un movimiento de cabeza en la dirección de Anna – ¡otros también lo saben, incluso en Santiago!

- Miguel, ¡qué estáis esperando, maldita sea! - tronó Orosco – venid aquí, ¡por lo menos un puñal vais a tener, como cualquier soldado!

- ¡El debilucho queda donde está! - gritó Trangolemu, y en la dirección de Anna, algo más tranquilo – ¡que no se os ocurra moveros! Y tú – ahora hablaba con Diana, mientras seguía observando a Orosco, al Padre, y Anna – ¡quítale su puñal!

Con unos pocos y ligeros pasos, Diana llegó al lado de Anna y le quitó su puñal viejo, que colgaba delante en su cinturón. Pero el puñal de su madre, el de la bola de plata, permaneció, invisible para ellos, atrás en el cinturón.

- ¿Ésta es vuestra arma?

Diana, triunfante, levantó la cuchilla vieja, ya un poco herrumbrosa, y Trangolemu soltó una carcajada. El Padre enrojeció de rabia y casi ladró a Orosco:

- ¿Por qué siempre te buscas idiotas tan inútiles? Primero a ese estafador limeño, luego estos soldados cabezas huecas, ¿y ahora esto?

- ¡Ahora no! - Orosco le cortó la palabra.

- ¿Se supone que ésta es tu estrategia? ¿Quieres construirte tu reino propio así? ¿Con esta clase de imbéciles?

El sacerdote braceaba furiosamente y parecía haberse olvidado por completo de la presencia de los otros. Trangolemu no necesitó más que un pequeño salto y un ligero golpe en la cabeza para dejarlo prostrado en el suelo. Orosco quiso disparar, pero vio que el arma de Diana apuntaba hacia él y comprendió que estaba sólo.

En otro momento, a Anna le hubiera dado mucha vergüenza el haber sido nada más que un mirón inútil en una pelea así, pero en esos últimos segundos había pasado demasiado, y demasiado rápido. ¿Era verdad que el capitán estaba en el centro de todo? Y ¿de qué reino hablaban? ¿Era a eso que se refería Trangolemu?

- ¡Pero ayuda ya, Miguel!

La voz de Orosco sacó a Anna de su indecisión, y le ayudó a levantar al sacerdote inconsciente del borde del agua y llevarlo a una duna baja, cubierta algo por plantas costeras. Orosco se sentó a su lado, mientras Trangolemu y Diana, todavía armados, quedaron de pie. Por si acaso, Anna se sentó al lado de Orosco en la arena.

- ¿No vais a seguir insistiendo en ejecutar vuestros malditos planes, o sí?

Diana miraba a Orosco con una mezcla de cansancio e impaciencia, pero este sólo movió ligeramente la cabeza.

- Mi querido muchacho, si vos también queréis participar en esta aventura de la Ciudad de los Césares...

- No tiene sentido, el chico ya sabe que la ciudad no existe – lo interrumpió Trangolemu de inmediato.

¡Chico! ¡ Trangolemu no le llevaba más de un par de años! Incluso si lucía más joven vestida de muchacho....

Su indignación creciente se volvió a frenar abruptamente cuando percibió la mirada de Orosco sobre ella. Era distinta, mucho más despierta que en otras ocasiones, calculadora, pero también

más fría. De alguna manera le recordaba cómo la miraba Di Neri. Se preguntó por qué nunca había visto esta mirada en Orosco. ¿Ingenuidad? ¿Descuidado? Cuando él volvió a hablar, su voz sonaba tranquila, mesurada, como si hubiera pronunciado ese discurso muchas veces.

- Pues bien, muchacho, espero que no estés decepcionado de sobremanera por la Ciudad de los Césares. Pero sólo mira...

Hizo un ademán amplio con su brazo, ignorando la tensión y el descontento visibles de Trangolemu.

- ¿No es esto increíble? Y ¿no se compara con nada de lo que se puede ver en otros lados?

Esperó que Anna asintiera y volvió a hablar.

- Aquí somos muy diferente a la gente de Santiago o Lima, y ni hablar de Madrid... Y aquí estamos muy, muy lejos de todo. ¿Por qué tenemos que dejar que nos gobiernen? Y ¿quién más apto que aquellos hombres que dieron su juventud, hasta su vida misma por traer la fé católica hasta aquí? ¿Quién más apto que yo o Tomás aquí?

Hizo un gesto hacía el sacerdote, que estaba volviendo muy lentamente en sí, pero Trangolemu lo interrumpió con la misma calculada frialdad:

- Eso no lo voy a permitir.

Orosco lo ignoró y siguió hablando:

- Al soldado común y corriente, por supuesto, no lo interesa nada de esto, necesita oro, tesoros, aventuras. Una ciudad desconocida es perfecta para esto. Se obsesionan tanto con ella, que no se dan cuenta de nada de lo que ocurre a su alrededor. Admite, tú también estabas entusiasmado. ¡Conspiraciones así, reuniones nocturnas, expediciones secretas son exactamente lo que un hombre de tu edad necesita!

Al ver la mirada sorprendida de Anna, soltó una carcajada:

- Por supuesto te he visto allá, ¡no creerás que vaya a dejar que esos dos idiotas hagan algo tan importante como reclutamiento y planeamiento solos! Por cierto, ¿están vivos todavía?

- Miguel ya no, Gonzalo está herido...

- Ya, quién sabe... su avaricia ya era demasiado, no se pudo evitar... Sobre todo, como intentaban ayudar a esta...

Indicó hacia Diana, quien casi se lanzó sobre él, pero Trangolemu la detuvo.

- ¡Entonces contadle de mi madre! ¡De lo que vos hicisteis! - gritó furiosa.

- Pobre Isabelita – Orosco se volvió a encoger de hombros – tanto quería ser abadesa, no hablaba de otra cosa. Un poco más tarde, en otra fase de mis planes, hubiera sido muy apropiado – cualquier reino católico necesita iglesias y monasterios grandes – pero ahora necesito su herencia, sus tierras y dinero para mis planes. Y ella no quería escuchar eso. Si yo le ofrecí a esta – de nuevo un ademán en la dirección de Diana – mi mano en matrimonio. Podría haber sido una mujer honrada, más tarde incluso reina... Isabelita no quería escuchar nada de eso, me llamó un viejo impío, pidió una autorización del gobernador en Santiago sin consultarme – bueno, vos ya sabéis eso. Y luego esta se tuvo que meter con ese desgraciado de Lima. Él debía ayudarme a encontrar aliados en las provincias, tal vez incluso en Lima, para independizarnos de Madrid. Supuestamente era hombre de confianza de algunos parientes de la princesa Beatriz Coya, la mujer del Gobernador de Chile, Martín García de Loyola, una princesa inca de verdad, de sangre real, y nos hubiera podido poner en contacto con posibles aliados enemigos de España... Pero él, en lugar de cumplir sus promesas, empezó a verse como futuro magnate, aunque ya tenía una mujer en alguna parte. A Isabelita eso le gustó, obviamente, aún menos. Sobre todo, porque este inútil se introducía casi todos los días en el monasterio y seducía las muchachas de allá. Junto con esa intentaban convencer a Isabel que se quedara con los niños, mientras ellos se retiraban a la hacienda de Diana. Bueno, vos ya visteis cómo terminó esto.

Anna, horrorizada, miró a Diana, cuya pálida cara se había congelado en una máscara de cera. Entonces ¿las dos Isabelas tenían razón? Pero Diana no se movía, y también Trangolemu la miraba como si hubiera escuchado algo nuevo para él. Orosco se encogió de hombros y siguió en el mismo tono calmado:

- Después, él era imposible de controlar, amenazaba con revelarlo todo al Gobernador si no se le daba lo que él quería. No había una buena solución para este problema. Bueno, a lo mejor debí haberlo hecho un poco menos... llamativo, pero el sermón de Tomás era una oportunidad tan excelente ... Y además contribuyó a fomentar los rumores sobre fantasmas en las calles...

Sonrió a Diana y dio a Anna una palmada en el hombro.

- Una pena, mi amor, que no me hicisteis caso, se podría haber evitado todo esto... Y ¡no hubiera sido necesario involucrar a este esperanzado y prometedor joven aquí! Porque entendéis, hijo mío, que esto tendrá un desenlace fatal o para nosotros o para estos dos, ¿verdad? Aparte del mentiroso bastardo muerto, nuestros planes para el futuro de La Imperial son demasiado diferentes para simplemente poder volver a nuestros asuntos, como si nada hubiera pasado...

Anna intentó contestarle algo, pero Orosco le puso una mano en el hombro y levantó el dedo índice de la otra mano.

- No, Miguel, sabéis que los dos hermanos soldados ahora también están muertos, o heridos, y

este joven aquí – indicó con un dedo hacia Trangolemu – tampoco está haciendo lo que su padre espera de él...

- Dejad a mi padre fuera de esto – contestó Trangolemu irritado.

- No creo que sea posible, amigo mío – Orosco se estaba riendo – ¿u os parece que algo de lo que vos habéis hecho hoy podría pasar por un acto de amistad entre españoles y mapuches?

- ¡Sin vos y vuestros planes dementes, nada de esto hubiera pasado! ¡Nada! ¡Yo solamente quería vivir con mi madre!

Las palabras de Diana, que comenzaron como un siseo bajo, agudo, se intensificaron hasta la última frase en un grito histérico, y forcejeaba con su arma.

- ¡Sin vos dos nada de eso hubiera pasado!

- ¡Ramera!

Inesperado para todos, el Padre, hasta hace poco inconsciente, dio un salto y se abalanzó sobre Diana. La sotana negra de él y el vestido de seda negra de ella se fundieron en la arena en un remolino color carbón, del cual a veces manos y caras pálidas saltaban como pequeños relámpagos. El arcabuz de Diana salió volando y cayó fuera del alcance de ambos.

Anna quiso levantarse, pero Orosco la detuvo. Trangolemu tampoco se movía. Lo miró, preocupada, y vio en su cara la misma expresión de arrogancia distanciado-divertida, que ya había visto varias veces, como en el mercado de La Imperial.

En algún momento, por fin, uno de los cuerpos que giraban sobre la arena se distendió. Diana empujó al sacerdote hacia un lado y se levantó con mucho esfuerzo. Cuando el cuerpo del Padre se dio la vuelta por la caída, todos vieron que un puñal pequeño estaba insertado hasta el mango en su torso. Todavía respiraba, con inhalaciones difíciles, ruidosas, pero incluso para Anna, con su falta de experiencia de combate, era obvio que no podría durar mucho más.

Cuando Diana se dio cuenta de que ninguno de los tres se había movido durante su lucha con el cura, se levantó de un salto y agarró su arcabuz. Con la cara desfigurada de rabia gritó a Trangolemu:

- ¿Por qué estás ahí parado? ¿Por qué no los matas?

- Ya te dije, vuestras peleas no me interesan. Quiero que todos os desaparezcáis de aquí. - le contestó Trangolemu desafiante.

Orosco soltó otra carcajada amarga, y Diana, furiosa, le disparó. Un chorrillo de granos de arena cayó del cañón del arcabuz, pero nada más pasó, y el arma inútil cayó de nuevo al suelo.

Diana miró a los hombres sentados y parados frente a ella, su rostro clásicamente hermoso todavía desfigurado por la furia. Finalmente saco de un tirón su hermoso brazalete de oro de la muñeca y se lo ofreció a Orosco.

- ¡Ahí está! No tengo nada más. Quería dárselo a él – indicó con la cabeza en la dirección de Trangolemu – para que me ayudara a cruzar los Andes, pero ahora, que estamos varados en la costa, ya no tiene sentido. Vale más que vuestra casa, y si me dejáis ir, es vuestro. ¿O qué pensáis vos, Miguel? Si lográis protegerme de esos dos, ¡será vuestro y seréis un hombre rico! ¿Qué os parece?

Los otros dos miraban a Anna con una expresión burlona, pero ella sólo se encogió de hombros.

- Si vos misma me quitasteis mi arma, y como no conozco bien el terreno, no creo que pueda servir de mucho. Además, tengo que estar en Santiago en una semana.

- Ah, qué bien. ¿Qué proponéis entonces? - preguntó Diana.

Volvió a tenerse bajo control, y mostraba de nuevo su habitual arrogancia. Tal vez nadie esperaba una actitud tan burlona en un momento así, pero la verdad era que esta pregunta hizo callar a todos, hasta que Trangolemu interrumpió bruscamente el silencio.

- Españoles, podéis arreglar esto entre vosotros. Para mí no hay nada más que hacer aquí.

Se dio la vuelta y con algunos pasos enérgicos desapareció de la vista de los tres. Enojada, Diana le gritó:

- ¡No podéis hacer eso! ¡Me habéis dado vuestra palabra de honor!

Como no los miraba por eso, Orosco aprovechó el momento para levantarse, caminó tranquilamente sobre el cuerpo sin vida del sacerdote, y se acercó despacio a Diana. Esa retrocedió, pero rápidamente se controló y permaneció donde estaba, enderezándose lo más que podía. Anna intentó entrometerse una vez más:

- Capitán...

- No seáis patético, Miguel. Nosotros dos también tenemos de qué hablar después.

Cuanto más se acercaba Orosco, más retrocedía Diana, hasta toparse con un wampu volcado en la arena. Buscó un camino por los bordes del barco, a tientas, para por lo menos poder posicionarlo entre ella y Orosco, pero era obvio que no podría llevarlo al agua sin perder a Orosco de vista. Éste se le seguía acercando, lentamente, con fruición, y con pasos seguros. Su arcabuz ya hace tiempo que estaba tirado en alguna parte en la arena, pero ahora, con movimientos lentos, se remangó, estirando los dedos con gozo.

Anna vio por primera vez sus brazos, musculosos y cubiertos de cicatrices como los del cura. De nuevo tuvo, como hacia algunos minutos, un breve vistazo de otro, completamente desconocido Capitán Orosco, que se escondía tras el benevolente, socarrón soldado viejo como detrás de una máscara. Actuó sin pensar. Como un rayo, saltó y se interpuso entre Orosco y Diana.

- ¡Capitán, esperad! ¡No creo que esto sea lo correcto!

- Fuera de aquí, Miguel, antes de que os vaya mal a vos.

- Pero mirad, Trangolemu – el indio – se fue, Diana se irá a Mendoza, cruzará los Andes... Yo tengo que partir a Santiago... Nadie jamás sabrá algo de lo que sucedió aquí...

- ¿Os estáis burlando de mí, Miguel?

Orosco se volteó abruptamente hacia Anna, mirándola con una mezcla de rabia y desprecio. Le sacaba casi una cabeza de altura, e incluso desde una cierta distancia su postura cambiada, amenazadora le infundía miedo.

- ¿Qué creéis, dónde estáis? ¿O todavía no habéis entendido cómo funcionan las cosas aquí?

De reojo Anna vio que Diana aprovechó esos segundos para escaparse. Como una nube negra voló sobre la arena en la misma dirección en la que Trangolemu había desaparecido. Orosco le siguió con la mirada por algunos momentos, su cara deformada de rabia.

- ¡Maldito enano! ¡No creas que te dejaré vivo si esa maldita bruja se me escapa!

- Capitán, seáis razonable, si no quiere ir a Santiago, por qué os molesta...

- ¿Antes de que yo pudiera asegurarme del apoyo de las tribus cordilleranas y declararle guerra a este lacayo imperial en Santiago? ¿Realmente sois tan estúpido como parecéis?

Se había calmado algo, ya no gritaba, ahora se estaba acercando a Anna con pasos medidos. Ella retrocedió hasta quedar con la espalda contra una roca baja. Orosco se le seguía acercando. Hablaba marcadamente lento y medido, algo que contrastaba tanto con su expresión furiosa y sus manos que se movían como acalambrados. Así, infundía aún más miedo.

- No puedo permitir que alguien se entere de mis planes antes de que yo esté listo para dar el primer golpe. Y para eso, voy a necesitar varios meses más. Porque no quiero terminar muerto, como le pasó a Lope de Aguirre. Hubiera sido tan perfecto si simplemente te hubieras ido a Santiago. Nuestros reportes habrían tranquilizado a todo el mundo por lo menos por medio año, pero tú, ¡tú tenías que leer la carta de esta condenada ramera!

Ahora estaba tan cerca de Anna que ella creía poder sentir su aliento. Él repitió:

- Hubiera sido – para todos – perfecto, si hubieras viajado a Santiago, pues ahora hasta tú

debes tener claro que ni tú ni tus preciosas misivas jamás saldrán de esta playa. ¿No te fue suficiente el aviso con la estatua?

Anna se apretaba contra la roca calentada por el sol del mediodía, mientras Orosco se iba acercando. Se parecía a lo de di Neri, hace días, y esta vez quería reaccionar mejor. Rebuscó su cuerpo rápidamente con los ojos: no le quedaban armas, pero su fuerza física y resolución no le dejaban mucha esperanza. Sus manos se levantaron lentamente, hasta la altura de la garganta, y por un momento Anna pensó que estas manos flotantes eran independientes de la cara que la miraba fijamente, un monstruo volador, que se le acercaba implacablemente. *¡Ahora no te vayas a desmayar!*

Se apretó un poco más contra la piedra y sintió algo extraño en la espalda. ¡El puñal de Diana! Que justamente ahora estuviera llevando consigo un arma asesina, cuando estaba viviendo sus últimos momentos en este mundo...

Seguía mirándole a los ojos, y mientras tanto, palpaba con una mano por el arma, que estaba metida entre la camisa y el jubón. Orosco en este momento ya estaba casi encima de ella, y en cualquier momento podría aplastar su cuello entre sus manos.

Ni ella misma estaba consciente de cómo logró sacar rápidamente el puñal y atacar a Orosco. Seguro que no había tocado nada vital, pero él dio un grito ronco, más bien por sorpresa, y agarró su brazo izquierdo. Estos pocos momentos fueron suficientes para echarse a correr.

No puede haber sido mucho más que unos cien pies que tenía que correr hasta su caballo, pero le pareció interminable. Sus pies se hundían en la arena, el sudor le entraba en los ojos, el jubón molestaba, no se daba cuenta de que todavía agarraba el puñal con su mano. Sólo logró ver una figura inmóvil en el borde del bosque cuando ya, de un salto, se había subido al caballo. Trangolemu... después de todo se quedó aquí... ¿Acaso no quería perderse el resultado de la pelea entre sus archienemigos? ¿O era algo más? Levantó un brazo, como diciéndole que se vaya, pero no se movió más y Anna creyó entenderlo.

Aliviada, espoleó su caballo y lo dirigió hacia los árboles, fuera de la playa. Orosco se quedó atrás, y se sentía algo más segura. Si se apura ahora, con un poco de suerte, todavía podría alcanzar el puesto fronterizo Paicaví antes de que caiga la noche, y allí ya es casi la civilización, y ella estará segura de Orosco y sus secuaces.

De ninguna manera volvería a mirar atrás.

No pasó mucho tiempo, uno, quizás dos minutos, hasta que se escuchara sobre el lago silencioso un estallido estrepitoso - los cisnes, asustados, se levantaron como nubes vibrantes,

graznando sobre el agua. Pese a su intención, Anna volvió la cabeza para ver.

Trangolemu había salido del bosque y miraba el lago. Pero no fue él quien había asustado a los animales. Una figura femenina, toda negra, estaba de pie sobre la misma roca, donde Anna se había defendido de Orosco y tenía algo – ¿un arma? - en sus manos todavía estiradas. Abajo, sobre la arena, había dos figuras inmóviles – una en una sotana y la otra en ropaje de soldado.

Anna espoleó una vez más su caballo y abandonó la playa. Frente a ella estaban Paicaví, la seguridad de las ciudades españolas, el Gobernador, que se interesaría mucho por lo que ella tendría para contar. Su futuro de correo real.

Epílogo

Sólo unos pocos años después de lo ocurrido en La Imperial, los mapuches se levantaron. Vencieron el ejército español en la batalla de Curalaba la Nochebuena de 1598 y mataron al Gobernador de Chile, Martín García de Loyola. Todas las ciudades españolas al sur del Bio Bio, entre ellas La Imperial, fueron quemadas y arrasadas, y por trescientos años, el sur de Chile y los mapuches permanecieron inalcanzables para el Imperio Español, un enemigo peligroso y objeto de deseo. Solamente la Ciudad de los Césares permaneció con vida, como leyenda. Se la seguía buscando hasta el siglo XIX.

Anna, por el otro lado, jamás volvió.